# Crónicas pandémicas

**TALLER DE ESCRITURA Y ARGUMENTACIÓN**
**Escuela IDAES | UNSAM**

Comisiones 1 y 2 (Turno Mañana)
Docentes: Magalí Coppo y Iara Hadad

Escuela IDAES
UNSAM

Con el espíritu de agudizar el sentido de escucha y observación, aprovechando los estados de sensibilidad y emoción que la "nueva normalidad" despierta, lxs docentes del Taller de *Escritura y Argumentac*ión, materia de primer año de las Licenciaturas en Antropología Social y Cultural y Sociología de Escuela IDAES | UNSAM, convocaron a sus estudiantes a escribir crónicas pandémicas. El resultado de esta experiencia de encuentro y reflexión colectiva a partir de la escritura y reescritura, es la publicación de estos textos en una serie de cuadernillos, compilado y editado por lxs docentes de distintas comisiones, que se irán entregando periódicamente. Aquí se presenta el tercer número de Crónicas pandémicas coordinado por Magalí Coppo y Iara Hadad.

**CRÓNICAS PANDÉMICAS**

Magalí Coppo (Ed.)
Iara Hadad (Ed.)
Lucas Abeldaño
Sofía Baroni
Patricia Cabrera
Yésica Caruso
Carolina Cascio Williman
Juan Chumbita
Luciano Cogoma
Cintia Continelli
Micaela Córdoba
Enzo Cordobes
Rebeca Crespo Díaz
Milagros Della Fonte
Andrea Díaz
Sol Di Renzo
Victoria Domergue
Andrea Flores
Delfina Garacho
Micaela Gueler
Vanda Hertcert
Ariadna Jara
Candela Lestani Kochen
Lucía Loitegui
Manuel López Boero
Analía López Díaz
Guadalupe Losada
Luna Maggi
Mariana Mateo
Mariano Mansilla
Valeria Micciche

© 2021, de cada autor por su texto.
Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales - Escuela IDAES | UNSAM

# ÍNDICE

A modo de introducción

CONVIVENCIAS
*Una familia multiespecie en pandemia*
*Tiempo compartido*
*Caleidoscopio de una mudanza obligada*

FUGAS DEL ENCIERRO
*Hoy se danza*
*La ola de la pandemia la ahogó. Aprendió a nadar bailando*
*¿Se puede actuar por videollamada?*

PASIONES SIN PAUSA
*La vida scout en pandemia*
*La pasión azul y oro lejos del templo*
*Lo pasional es invisible a los protocolos*

HABITAR EL ESPACIO PÚBLICO
*"La del fondo", ese lugar de celebración y encuentro*
*Saludos pandémicos*
*Lados de un triángulo del conurbano. Pandemia, Frío, Morón*
*Un café para Rita*

PRIMERO HAY QUE SABER SUFRIR
*La lucha contra la soledad de los más aislados*
*Todo se desvaneció, eso es el dolor*
*Alicia en el país de la tecnología*

DESPUÉS, AMAR
*Traspasar las fronteras del amor*
*Enemies to lovers*

LOS OFICIOS
*Comerciantes en pandemia*
*El día laboral en pandemia de un profesor de tenis*
*Payaso en pandemia*
*Piel a distancia*

LA EDUCACIÓN EN FOCO
*Educación virtual en pandemia: se puede aprender*
*Ecos de una primaria transformada*
*La educación (y la vida cotidiana) en pandemia*
*25 horas al día*

LAS PREGUNTAS ABIERTAS
*Sistema médico y Covid: adaptaciones*
*Sueños a la distancia*
*Ritos, protocolos y Covid*

# A MODO DE INTRODUCCIÓN

**Por Iara Hadad y Magalí Coppo**

El compendio que aquí presentamos anuda un conjunto de pequeñas historias. Capturas elaboradas por los y las estudiantes de *Escritura y Argumentación* durante el primer cuatrimestre de 2021.

Escritos breves, acaso tan caprichosos como incisivos. Postales de experiencias. Instantáneas de ese "mientras tanto" en el que nos sucumbe el tiempo en pandemia.

Encontramos en estas crónicas intentos por eclipsar el sonido monocorde de la cotidianidad pandémica, la obturación del aislamiento social preventivo y obligatorio (ASPO), la aparente pausa de la virtualidad. Intentos logrados no sin consternación y algunas dificultades, desafíos e incluso angustias.

¿Cómo observar manteniendo la distancia? ¿Cómo contar sin explicar? ¿Cómo narrar sin deambular? ¿Qué más decir de aquello que vemos?

Un sinfín de sensaciones que docentes y estudiantes experimentamos de manera colectiva en una nueva edición del taller que supimos llevar adelante bajo la modalidad virtual.

En estos tiempos de protocolos, debemos decir que no hay pautas rígidas para la escritura ni recetas mágicas para la elaboración de crónicas o de buenas historias. Sólo, quizás, algunos preceptos, una serie de máximas o sugerencias puestas en jaque por las restricciones sanitarias y, claro está, ese "tener algo para decir" que sugería sabiamente Roberto Arlt.

Y entonces el desafío es aún mayor: la invitación es a *observar* cuando parece haber poco para observar; a *escuchar* cuando parece primar el silencio o un bullicio ensordecedor; a *estar* cuando justamente se insiste en no estar, ni juntos, ni cerca, ni amontonados.

¿Cómo des-naturalizar lo que de por sí no nos resulta "natural"? ¿Cómo escribir desde el agobio, el impedimento, la urgencia, la necesidad?

Las historias a continuación son el fruto de estas y otras reflexiones, del ejercicio -siempre inacabado- de una mirada sociológica o antropológica sobre lo que vivimos, de una apuesta por contar más de lo que se ve.

En estos veintinueve relatos (organizados en nueve apartados) los y las autoras juegan con sus sentidos, exploran la posibilidad de mostrar, de problematizar sin teorizar, de plasmar sus voces, sus reflexiones y sus miradas a través de lo que observan, advierten y reconstruyen. No recurren a teorías ni a paradigmas para dar cuenta de lo que sucede, de lo que *nos* sucede. Explicar no es preciso. Argumentar, tampoco.

En *Convivencias*, el primer apartado, el texto de Carolina Cascio Williman abre este volumen. Allí, su autora aprovecha el aislamiento para mirar hacia dentro las dinámicas cotidianas de su familia multiespecie compuesta por cinco perros, dos gatos, una cotorra, tres palomas y tres humanas. A través de una descripción densa y precisa nos adentra en las rutinas, reglas y rituales de una convivencia ensamblada entre especies y generaciones de mujeres en medio de la pandemia. "Tiempo Compartido" es la crónica en la que Luciano Cogoma reconstruye un día con Lihuén, su hijo de dos años, tras la vuelta al trabajo presencial luego de meses de confinamiento. Escrito desde los ojos de Lihuén nos encontramos con un bello relato sobre la convivencia entre padre e hijo en contexto de pandemia. "Caleidoscopio de una mudanza obligada" cierra esta sección. Patricia Cabrera, autora del relato, apela a la figura del caleidoscopio para retratar un mosaico de imágenes y situaciones que advierte en el patio de la casa de su madre, aquella a la que decide mudarse repentinamente en un acto de resistencia ante la imposibilidad de ver el sol durante el ASPO.

Titulamos *Fugas del encierro* al agrupamiento de relatos que muestran puntos de escape de la monotonía pandémica. Allí, "Hoy se danza", dice Cintia Continelli mientras narra los modos en que el living de su casa se convierte en espacio de baile y experimentación de Martina, su pequeña hija. Una clase de danza devenida virtual y piruetas devenidas punto de fuga del encierro. Si de bailar se trata, en "La ola de la pandemia la ahogó. Aprendió a nadar bailando", Sol Di Renzo ofrece una crónica en la que la protagonista "surfea" la ola de la pandemia a través del baile. La pandemia fue más que una gran ola, dice la autora: fue un tsunami que nos sumergió a todos y a todas en el encierro, pero ella, su personaje principal, logró llegar a la superficie. Aprendió a nadar bailando, libre. Entre las posibilidades para la expresión y el arte, Milagros Della Fonte escribe a partir de una pregunta de carácter casi existencial, "¿Se puede actuar por videollamada?". En su texto, escrito en primera persona, nos acerca a los modos en que pudo resignificar y practicar sus clases de teatro de manera virtual, dando lugar a dudas, temores, desconfianzas pero también aprendizajes, creaciones y balances.

El tercer apartado reúne relatos que hablan de *Pasiones sin pausa*: prácticas movilizadas y sostenidas por el deseo y el compromiso pese a los condicionamientos impuestos por la crisis sanitaria. Y entonces Victoria Domergue nos cuenta cómo es "La vida scout en pandemia", sus dilemas y bemoles aunque también las formas en que los dirigentes y *scouts* persisten y sortean las dificultades del distanciamiento y la virtualidad a partir de aferrarse a los principios y valores que guían sus prácticas. En "La pasión azul y oro lejos del templo", Valeria Micciche narra cómo vive su fanatismo una hincha de Boca Juniors que se encuentra, fruto de la pandemia, lejos del templo de sus pasiones. En su crónica, el aguante futbolero propio de la cancha se entremezcla con imágenes de una tribuna virtual. La crónica de Manuel López Boero, "Lo pasional es invisible a los protocolos", cierra este apartado. En su crónica hípica, narra una jornada más o menos habitual en el Hipódromo de Palermo, donde las ilusiones y los nervios puestos en *la redonda* nos recuerdan a "La sed del jugador", de Roberto Arlt, en la cual este referente del género nos enseña a mirar la pasión en aquello que hace temblar las manos y arder la frente. Nuestro cronista nos invita a sumergirnos, así, en ese mundo en el que los *jockeys* y las yeguas se entremezclan con Popeye, la Marsellesa, cazuelas de mariscos

que se ofrecen en una *Essen* y teorías sobre Perón. Los personajes que retrata Manuel en esta "obra de teatro en vivo ", un justo homenaje a la familia del turf, resultan nuevas pinceladas (casi cien años después) de "la tribuna del circo" que Máximo Sáenz (Last Reason) detalla en "Elogio del hombre que juega a las carreras": un programa con numerosas inscripciones, un día de sol y poco más alcanza para que el mundo sea "una papa".

El siguiente apartado, *Habitar el espacio público*, reúne un conjunto de miradas sobre lo que acontece ahí, "a la vista de todos" o a plena luz del día. En "La del fondo: ese lugar de celebración y encuentro", Andrea Flores reconstruye los modos en que los y las vecinas del barrio re-significan y habitan en estos tiempos de pandemia la plaza apodada popularmente *la del fondo*. En busca de comunión y espacios al aire libre, esta plaza se convierte en lugar privilegiado de celebración y encuentros entre grandes y pequeños/as. En "Saludos pandémicos", otra plaza es el escenario de la crónica de Candela Lestani Kochen, que nos muestra qué sucede en un festejo en el parque Los Andes, del barrio de Chacarita, acaso la primera ocasión para el reencuentro entre Meli y sus amigos. La autora retrata, a partir de los modos en los que se reconocen estos jóvenes, lo que hay (comportamientos, actitudes, reacciones y sensaciones novedosas) y lo que no (empujones, besos, ciertos ofrecimientos) en una fiesta de cumpleaños. Como contrapunto, "Lados de un triángulo del conurbano. Pandemia, Frío, Morón", de Mariano Mansilla, es una sublime postal de una ventosa noche en la Plaza de la Cultura de Morón. En su crónica, el autor retrata cómo viven las personas en situación de calle que, a la vista pero inadvertidas, protegen sus pequeños tesoros del frío punzante que sentencia de muerte a la esperanza. Finalmente, en "Un café para Rita", Analía López Díaz retrata encuentros y desencuentros en el cruce de Corrientes y Gurruchaga, en el barrio de Villa Crespo. Allí, su autora sigue los movimientos de una cola que cobra vida mientras crece, se encoje, se mueve de manera sinuosa y desprolija: el *take away* de un café es el refugio de estos transeúntes que circulan por la *red carpet* de hojas amarillas chamuscadas, donde absurdos y contrapuntos se hacen lugar en este cambalache "bohemio".

Un quinto apartado, que llamamos *Primero hay que saber sufrir*, aloja crudos y despojados relatos sobre la experiencia de adultos mayores en pandemia. Enzo Cordobes habla de "La lucha contra la soledad de los más aislados", a la luz de los modos en que su abuela y bisabuela experimentan los días en pandemia y aislamiento social. En su texto reconstruye sus rutinas y acciones en el marco de un entorno que se muestra amenazante y obliga a reconfigurar los lazos de cercanía con sus parientes "de arriba" en pos de preservar su salud física. Este clima es retratado también por Sofía Baroni en su breve relato titulado "Todo se desvaneció, eso es el dolor", en el que hace lugar a la angustia y desazón que experimentan Maris y Ángel producto de las medidas de aislamiento social. A través de su narración vemos cómo se han reconfigurado sus hábitos, aquello que han perdido, dejado de hacer, aquello que añoran y aquello que temen o lamentan. Finalmente, "Alicia en el país de la tecnología" es la crónica en la que Mariana Mateo, su autora, nos muestra la metamorfosis de una coqueta señora de 65 a años que a la par que se mira en el espejo las raíces canosas y añora su tratamiento mensual de manos y pies, su cafecito diario y su clase de pilates, aloja pensamientos

sobre la muerte de coetáneos y aprende a sobrellevar sus rutinas a través de aplicaciones en su celular.

Pero el naranjo florece y por eso guardamos un sexto apartado a dos crónicas sobre el amor y el enamorarse en un contexto de aislamiento y peligro. *Después, amar* nos presenta "Traspasar las fronteras del amor", el relato escrito en primera persona por Lucía Loitegui. En él, la autora nos cuenta de qué modo es posible traspasar las fronteras erigidas por el encierro (generalizado pero también mental, como dice la cronista) para escapar de los miedos y ansiedades y, potencialmente, resurgir de las cenizas. Por su lado, con una pluma fresca, Luna Maggi retrata en "Enemies to lovers" escenas de amor y desamor en primera persona, "distracciones tan maravillosas como efectivas", donde tienen lugar protocolos, distancia y espontaneidad.

El séptimo apartado lleva por título *Los oficios*. Aquí, Andrea Díaz describe el día a día de una pareja de "Comerciantes en pandemia". Repara en sus miedos, angustias, periplos pero también en sus esperanzas y esfuerzos por hacer frente a nuevos hábitos de venta y consumo. La crónica de Juan Chumbita narra "El día laboral en pandemia de un profesor de tenis": es la historia de Marcos, quien lidia con las transformaciones que afectan el ejercicio de su profesión. Un relato de esfuerzos, sacrificios, re-acomodamientos, idas y vueltas y también, solidaridad. Micaela Córdoba da voz a Sebastián -también conocido como Carmelo, en Plaza Armenia-, y narra cómo es ser "Payaso en pandemia". Así, nos ofrece una postal sobre el-detrás-de-escena y los *dimes y diretes* que atraviesan al arte circense callejero. Para cerrar esta sección, en "Piel a distancia", Delfina Garacho retrata los olores y movimientos que copan una sala de espera y el consultorio médico. Dota de espesura la descripción de ese ambiente que se huele y se siente, a partir de lo que nos lleva a (re)vivir cierta reconfiguración en el ejercicio de la profesión de una dermatóloga que no puede tocar la piel.

*La educación en foco* es el título del anteúltimo apartado. En él, Yésica Caruso escribe "Educación virtual en pandemia: se puede aprender". Su crónica reconstruye la jornada escolar de Ariana. En su relato, destaca la importancia de haber podido sostener los aprendizajes a través de la enseñanza virtual pero a su vez ahonda en las implicancias operativas y emocionales de la rutina virtual. Las exigencias, los calendarios, las responsabilidades y los deberes no sólo afectan a Ariana, sino que irradian al conjunto familiar, también expuesto al estrés, el cansancio y las frustraciones propias de estos tiempos de pandemia. "Ecos de una primaria transformada" es la crónica en la que Micaela Gueler, su autora, nos muestra ciertos bemoles de los impactos que las medidas decretadas por el Covid tuvieron al interior de las comunidades escolares. Así, podremos ver alcances y fugas de los protocolos de distanciamiento y de las continuidades pedagógicas de los y las estudiantes de una clase de primer grado. En "La educación (y la vida cotidiana) en pandemia", Lucas Abeldaño, su autor, cuenta cómo la jornada laboral de Luciana, una joven maestra, se ve interceptada por la virtualidad. Lo mismo ocurre con la jornada escolar de Felipe, su hijo. Madre e hijo comparten el hastío de sentirse acorralados por dispositivos electrónicos y pantallas, a los cuales recurren no sólo para trabajar y estudiar sino también para despabilarse. A modo de cierre, "25 horas al día" es la crónica en la que Ariadna Jara nos muestra el

imperio de los deberes docentes de una profesora "virtual": un señorío que se arma y se desarma acorde a las necesidades pedagógicas de la jornada. No faltan los servidores de un montaje que nos habla de todo lo que pasa para que algo pase: un hijo que hace el café por la mañana, otro que prepara el almuerzo, otro que levanta la mesa; tampoco los nombres e historias de carne y hueso contenidos en un cuaderno que la *host* atesora.

Ciertos interrogantes, algunas deudas y mucha sangre por las venas se alojan en el apartado que cierra el volumen: *Las preguntas abiertas*. Allí, Guadalupe Losada escribe en "Sistema médico y Covid: adaptaciones" sobre la experiencia de Mónica, una paciente oncológica, en los centros de la Corporación Médica de San Martín. En su relato, la autora nos introduce en un laberinto de incertidumbre sobre los caminos y la espera que demanda la atención médica en tiempos de pandemia. La crónica sugiere algunos interrogantes sobre la definición de prioridades en materia de salud pública.

"Sueños a la distancia" es el texto de Rebeca Crespo Díaz. Con una prosa más afín al ensayo, la autora nos sumerge en una serie de reflexiones gatilladas por estos tiempos de pandemia: sensaciones de soledad, vacío, malestar, extrañamiento, perplejidad. Tiempos de revisión e introspección, también de preguntas y balances. ¿Es posible quejarse teniéndolo todo? ¿Por qué no me siento completa?, son algunas de las preguntas que Rebeca desliza en su escrito y no busca responder. Finalmente, "Ritos, protocolos y Covid", de Vanda Hertcert, es el relato que da cierre al presente volumen. En él, su autora nos sumerge en la historia de Perla, una *Egbomi* del Candomblé, considerada como una hermana mayor por su comunidad religiosa. En su crónica, la autora narra las deudas que las restricciones atadas a la pandemia dejaron entre los vivos y, también, para los muertos: ¿cómo se transitan los rituales mortuorios?, ¿cómo se resuelven los ritos funerarios como el *Axexé* en este contexto mundial?

No queremos culminar este prólogo sin agradecer especialmente a Daiana Márquez, adscripta de la cátedra, por haberse sumado desde 2020 a esta propuesta de trabajo colectivo.

# CONVIVENCIAS

# UNA FAMILIA MULTIESPECIE EN PANDEMIA

**Por Carolina Cascio Williman**

Son las 7 am. Se escucha el primer ladrido del día. Un ladrido largo, como penoso, incesante. Un llamado que impide seguir en la cama a Betiana y la hace pegar un salto. Es Aragón queriendo subir a la terraza a hacer el primer pis del día (si es que ya no hizo otro durante la noche en la casa). Betiana se levanta, se pone las pantuflas, un buzo y va a abrirle. Aprovecha para subir también a Lupe, que se resiste a abandonar los almohadones en los que duerme.

— ¡Dale Lupe! ¡Vos también, vamos arriba! —le ordena Betiana.

Aguardan unos minutos, hasta que vuelven a bajar. Luego, Betiana cierra la puerta de la escalera que da a la terraza y se vuelve a acostar. Así arranca un nuevo día en pandemia conviviendo con muchos animales.

Lupe y Aragón son dos de les cinco perres que conforman nuestra manada perruna. Les otres tres son Malvina, Zoe y Oso. Lupe y Aragón son les viejites, tienen 13 y 12 años, duermen abajo porque les otres le sacan sus lugares. Les jóvenes tienen una cucha arriba en el cuartito de la terraza. Betiana las hizo con madera, son una especie de cama cucheta con escalera y todo. Tienen almohadones en la cama y la puerta abierta para acceder a la terraza cuando quieran.

La otra parte de la manada está conformada por dos gates: Funes y Cristina, una cotorra (Kiki) y tres palomas (Pepe, Pepa y Hugo). Funes y Cris son hermanites, vinieron prácticamente juntes a la casa hace ya tres años. Kiki fue encontrado en una plaza y se quedó a vivir con nosotras, ya que estaba humanizado y no lo pudimos soltar. Pepe fue encontrado en una avenida de pichón y Betiana lo salvó de que lo pisen los autos. Cuando fue lo suficientemente grande se echó a volar y volvió con una novia, luego tuvieron dos pichones y uno se quedó a vivir con elles en el cuarto que está en la terraza. El grupo humano de la casa está conformado por mi hija Renata, una adolescente de 14 años que está atravesando cambios hormonales – y de humores – en medio de la pandemia; Betiana (o Beto, como yo le digo), mi compañera, con quien convivimos desde hace ya cuatro años y con quien al mudarnos a esta casa en Agronomía fusionamos las mascotas que teníamos cada una por separada (que al momento de la mudanza eran sus perres y les míes) y yo.

La casa es un departamento tipo PH, al fondo de un pasillo. Tiene un patio central con techo rebatible (es de esos antiguos que se abren a mano con una manivela larga). Adyacente al patio se encuentran las dos habitaciones con puertas que dan al patio, la cocina y el baño. La cocina tiene una ventana corrediza que da al patio, y la puerta da a un pequeño pasillo distribuidor que la une con el baño y a una de las piezas, una puerta corrediza separa al pasillo del patio. Vivir en una casa con semejante variedad de especies requiere trabajo, disciplina y atención. Sobre todo, en el contexto de aislamiento, en el que se está presente las 24 horas. No es posible dejar ninguna puerta abierta. Un descuido puede ser fatal. “Toda puerta que se abre debe ser cerrada”, es la máxima de nuestro hogar.

Rena se levanta tipo diez para hacerse el desayuno antes de tener una clase por zoom. Abre la puerta corrediza, la cual cierra inmediatamente para no dejar salir a les gates

que se encuentran en uno de los cuartos. Les gates tienen sólo acceso a este cuarto y al pequeño pasillo de distribución, así como también al baño. Por ninguna razón pueden salir al patio sin supervisión. Cristina la oye y corre hacia ella maullando sin parar, mientras se refriega entre sus piernas. El mensaje es claro: quiere comer. Renata se detiene en el sector de distribución (allí se encuentran los platos y el tarro con comida de les gates, como también su litera con piedritas). Se agacha, acaricia a Cris y sirve comida en sus platos. Hace aparición Funes, que corre a Cris del plato del que está comiendo para comer él, Cris no se da por vencida y sigue comiendo en el plato contiguo. (¡El patriarcado también se hace sentir en los animales!)

— ¡Ay Funes, no seas machirulo! —dice Rena y entra a la cocina cerrando la puerta con una tela que se usa para trabarla desde la manija hasta un clavo. Así, les gates no puedan entrar.

Kiki –que está durmiendo en una jaula enorme tapada con un toallón en la ventana de la cocina que da al patio– comienza a gritar al escuchar a Renata: ¡Kiki, Kiki! Varias veces. Listo, el animal más demandante de la casa se despertó. Cual bebé recién nacido no para de gritar hasta que no se atiendan sus demandas. Renata suspira, se para, abre la ventana, levanta el toallón de la jaula, abre la puertita y lo deja salir. Sale gritando y se acerca caminando hasta el borde de la ventana del lado de adentro de la cocina. La mira y levanta una patita sosteniéndola en el aire. Rena se acerca y le pone el dedo índice de manera horizontal delante de su pata. Kiki se aferra a su dedo. Desde allí trepa por el brazo hasta su hombro y le pica despacio el cachete, como pidiéndole que le comparta lo que ella está comiendo.

—Basta Kiki, ahora te doy —dice Rena con un tono quejoso y malhumorado. Le da un poco de la galletita mojada en la leche que está tomando. Le ofrece también un pedazo de galletita seca, pero no la quiere. Evidentemente, le gusta más remojada y blanda— ¡Uy que malcriado que sos, nene!

Al rato se levanta Betiana. Pasa por el sector de les gates, que huele fuerte a pis y heces, cambia sus piedras y llena el tachito con agua limpia. Sale al patio por la puerta corrediza y la cierra. En el patio hay mucho olor a perro: están los almohadones donde duermen Lupe y Aragón y parece que algune de elles hizo sus necesidades allí. Betiana abre el techo con la manivela y pone a llenar un balde con agua. Mientras, toma una pala y un secador y se pone a limpiar para luego finalizar con unos baldazos de agua y lavandina. A su vez, Rena enciende un sahumerio de palo santo que penetra toda la casa. Betiana, cuando termina, sube a la terraza. Les otres perres le mueven la cola y la siguen a todos lados.

— ¡No me salten! —les grita.

Una vez en la terraza, agarra una bolsa y junta todas las cacas que hicieron. Luego baja la escalera y Kiki vuela hacia ella y se posa en su hombro.

— ¡Hola mi vida! —dice ella mientras le da besos.

Continúa moviéndose por la casa con Kiki al hombro. Entra a la habitación donde se encuentran les gates, porque cuando está con ella no le hacen nada. Enciende la computadora y se sienta adelante, Kiki no para de subir y bajar por su brazo, usa su pico y sus patas para moverse con agilidad. Desciende rápidamente hasta el teclado e intenta arrancar una tecla.

— ¡Basta Kiki! —le dice, con cierto hartazgo.

Les gates están une al lado del otre, pegades sobre el sillón. Mueven sus cabezas de forma sincronizada y siguen con sus miradas todos los movimientos de Kiki, que no para de moverse por todo el escritorio. De manera súbita agarra un lápiz y lo comienza a picar. Al rato, el lápiz cae al piso y comienza a picar una hoja. Betiana se fastidia y lo saca de la habitación al patio, vuelve a entrar y cierra la puerta.

Pasada una hora, Renata, aún en pijamas y con cara de adolescente ofuscada, sube a la terraza. Llena un balde con agua y agarra una escoba, tira un poco de desodorante de piso y se pone a baldear. Luego, se queda un rato jugando con les perres y les acaricia. Baja con elles y toda la manada perruna se queda en el patio. Durante un par de horas conviven les perres con la cotorra en el mismo espacio. Pepe –que es la única paloma que se anima a bajar, calculo que porque vivió con nosotras desde chico– entra por el techo abierto y se posa sobre la jaula de Kiki. Arrulla y se mueve como bailando ahí arriba. Betiana sale al patio y le pregunta: "¿Tenés hambre, Pepe?". Se mete adentro de un cuartito en donde se guardan distintas cosas, entre ellas el alimento de todos los animales y saca un vaso con semillas. Sube la escalera y llena un plato que hay arriba del techo de chapa, en un costado. Pepe vuelve a volar hacia arriba y va al plato a comer, se acercan Pepa y Hugo. Betiana se queda un rato mirándoles.

Por la tarde, Betiana, Renata y yo estamos abocadas a nuestras respectivas tareas, cada una frente a una computadora, realizando trabajo remoto. A Rena este año le tocó cursar su segundo año del secundario de manera virtual. Por su lado, Beto, a sus 35 años decidió comenzar este año a estudiar para ser bombero de la policía federal. Hasta hace unos meses ella trabajaba en servicio de mensajería con la moto y, aún durante el período de confinamiento estricto, pasaba la mayor parte del día en la calle. Pero ahora estamos las tres y todes los animales conviviendo prácticamente las veinticuatro horas, los siete días de la semana. Esta situación genera que la rutina sea más pesada y nos vuelve más irritables, menos tolerantes. Antes de la pandemia disfrutábamos ocuparnos de los animales cuando regresábamos a nuestro hogar por la tarde. Ahora, estamos continuamente con elles lidiando con sus ruidos, olores, presencia y cuidando que no interfieran en nuestro trabajo y estudios.

Betiana continúa en la habitación. Se levanta solamente para tomar algo y encerrar por un rato a les gates en la cocina, que juegan y corren y no la dejan concentrarse. Son las seis y decide salir a tener su clase de zoom en la mesa del patio. Coloca allí la netbook y mete a Kiki en su jaula. Se pone los auriculares porque es la hora en la que llega el vecino de trabajar y les perres empiezan con una sinfónica de ladridos infernal. A Kiki tampoco le gusta que lo metan en su jaula y grita durante un buen rato. Betiana mira la pantalla y se agarra la cabeza, en un gesto de concentración. Frunce el ceño y su cara de enojo es evidente. Se tapa con las manos los auriculares, como queriendo aislarse del entorno.

Son las 8 de la noche y es la hora de la cena. Les perres lo saben y están inquietes. Suben y bajan la escalera, ladran fuerte.

— ¡Basta! —grita Betiana.

Rena es la encargada de repartir sus platos y llenárselos. Es un ritual que se da siempre de la misma manera: ella saca los cinco platos y un vaso enorme lleno de alimento balanceado que va volcando en cada uno, luego distribuye los platos en el patio de

manera separada y ahí recién abre la puerta para que bajen a comer. Les primeros en elegir son Malvina y Oso. Renata mira que todes agarren uno, sobre todo Aragón, que por ser el más viejito le sacan el plato. Rena se queda parada inspeccionando hasta que todes terminen de comer. Cuando lo hacen, abre la puerta de la escalera para que suban. Suben todes corriendo. Al rato, Aragón empieza con su ladrido quejoso, Betiana le abre la puerta. El resto de la manada espera en la escalera con las orejas paradas, "Bueno, bajen un rato más", les dice y se abalanzan cual catarata por los escalones. Corretean por todo el patio, moviendo las colas y Lupe emite ladriditos de contenta. "Bueno, tranquilitos o se van para arriba", dice Betiana con un tono levemente amenazante.

El techo ya está cerrado y el hogar del patio prendido. Malvina y Zoe están durmiendo delante del fuego. Lupe y Aragón en sus respectivos almohadones y Oso está sentado al lado de Betiana con la lengua fuera. La cena terminó hace un rato, y es hora de preparar a los animales para dormir. Betiana, que tiene a Kiki en el hombro, le dice: "Vamos a dormir, Kikito" y él le responde con un "kiii" agudo. Lo acerca hasta la jaula mientras él grita como loco, lo introduce despacio, cierra la puerta y lo tapa con el toallón. Kiki grita durante un rato más y dice su nombre varias veces hasta que por fin se calla. Mientras tanto, ella sube con les tres perres que duermen arriba: prepara sus camas y acomoda las sábanas sobre los almohadones. Cada une se acuesta en uno, les da una palmadita a cada une y apaga la luz. Deja la puerta entornada para que no les entre viento, atándola con una cinta para que no se cierre del todo. Luego se asoma al cuarto que está en la terraza para ver a las palomas, que se inquietan cuando la ven. Entra, pone semillas en un plato y cierra la puerta. Una vez abajo, acomoda los almohadones de les otros dos perres y pone agua en un recipiente. Acaricia a les perres por última vez en el día, apaga la luz y entra a la habitación. Son las 11 pm y todes están en sus camas. En medio de la quietud, se escuchan los ronquidos de Aragón, los arrullos de las palomas y los ruiditos de Kiki unos minutos antes de quedarse completamente dormido. Durante unas horas, al menos, la casa permanecerá en silencio.

# TIEMPO COMPARTIDO

**Por Luciano Cogoma**

Lihuén se ha quedado dormido. A menos de un metro de esta computadora reposa sobre una de sus mejillas. Disimuladamente, desde hace un rato, fue cediendo al sueño y de a poco su cabeza fue descendiendo hasta volcar en la mesa.

Una de las virtudes que ha provocado el aislamiento social y preventivo es el tiempo compartido entre Lihuén y su papá, quien durante esa jornada había tenido que volver al trabajo presencial, luego de un largo tiempo de estar empleado de manera remota.

El niño conoce la rutina del padre. Luego de la cena es el momento de preparar un café, que ayuda a batir comprometidamente. Una vez lograda una sustancia espesa, resultado de la mezcla de dos partes de café instantáneo, tres de azúcar y unas gotas de agua, se entretiene intentando dibujar en el fondo de la taza dos ojos y una sonrisa con una cuchara.

Una vez que el padre vierte el agua casi al punto de hervor, Lihuén abandona el cuenco de cerámica humeante para no quemarse con el calor que transmite. En ese momento sale en busca de algunos elementos. Del primer cajón del mueble bajo mesada de la cocina sustrae un recipiente transparente, otrora mamadera, un pequeño embudo naranja y dos pequeños tuppers de distintos tamaños.

Mientras el padre acomoda su computadora portátil en el centro de la mesa, Lihuén hace lo propio con sus enseres a un costado. En ese momento ambos comparten una burbuja, se acompañan en sus empresas.

Lihuén ha olvidado el insumo más importante de su juego. “¡Guagua, papam!”, a lo que su padre asiente con una sonrisa complaciente mientras se pregunta si el hecho de haber pasado tanto tiempo en la casa le ha dado a su hijo destrezas, autonomía y un dominio especial sobre el espacio. Y es que desde hace un tiempo - aunque no mucho, ya que tiene apenas dos años y medio - aprendió a arrastrar una de las sillas, reposarla frente a la bacha, abrir el grifo, cargar el agua suficiente para su juego y volver a la mesa.

El juego de Lihuén consiste en volcar el contenido de un recipiente en el otro sin desperdiciar agua en el intento. Ceño fruncido, mentón hacia fuera y mirada de cazador de por medio, el desafío lo entretiene, al menos, por un cuarto de hora.

Agotada la instancia experimental con los recipientes, Lihuén llama a su padre y extiende sus brazos en claro pedido de que lo cargue. Indicando con su índice hacia el sur, en dirección al balcón, lo invita a realizar uno de sus pasatiempos favoritos: avistamiento de camiones que pasan por la autopista.

El quinto piso del edificio más alto de la manzana y su orientación contra frente convierten al mono ambiente en que viven en una platea preferencial hacia la autopista Perito Moreno, a la altura de la bajada de Villa Luro.

Esta vía en altura, sobre todo a la hora en que las estrellas ganan el cielo, es un desfile de camiones de gran porte. Lihuén disfruta de verlos pasar y comentar sus colores en función de lo que cargan: los blancos, leche; los verdes, residuos; los plateados de forma tubular, combustible. También son de especial interés los “bi-pi, bi-pi”- mejor conocidos como ambulancias -, que tanto han aumentado su circulación últimamente.

Saciado, es momento de volver a la mesa de trabajo e intentar un nuevo experimento. Ahora les toca al Mazda Rx-7 y al Chevy Nomad, réplicas a escala 1-64, sumergirse en los recipientes con agua.

Luego de otro rato de juego, la concentración va dejando lugar a la resistencia al sueño. A pesar de haber tenido un día cargado de emociones, que incluyó pasar el día en la casa de su abuela Victoria, a quien ha podido visitar anteriormente en muy pocas ocasiones debido al riesgo de las personas mayores frente a la pandemia de coronavirus, Lihuén se niega a ir a descansar. Patalea y llora cuando el padre ofrece llevarlo a la cama, prefiere seguir compartiendo con él la mesa de trabajo.

Sin embargo madura el knock out, el tiempo y la gravedad hacen su trabajo. La vigilia se acaba y el niño cae rendido. El padre, esta vez con determinación, lo carga y lleva a la cama.

Ni bien toca el colchón Lihuén advierte la situación, sonríe con ojos cerrados y palmea la almohada en clara invitación a su padre, quien reflexiona que tanto tiempo de aislamiento compartido los ha desacostumbrado a la distancia que hubo ese día entre ambos.

Finalmente, el papá acusa recibo del reclamo del niño, se acuesta con él y lo acompaña hasta haber cruzado la línea de meta en su viaje ascendente hacia el sueño delta.

# CALEIDOSCOPIO DE UNA MUDANZA OBLIGADA

**Por Patricia Cabrera**

A veces se llega a muchos lugares a la vez, como en esos viejos juegos de niños, en los que mirabas por un tubo que apuntaba al sol, y con el solo girar, cambiabas de foco, de imagen, "de lugar". Sin embargo, hay otras veces en las que el foco es tan fuerte que aunque gires y gires, no logras encontrarle "la vuelta" y es difícil apartarse de algunas imágenes.

El Covid-19 nos puso a girar, cambiándonos el foco, mostrándonos cientos de imágenes y proponiéndonos cientos de lugares. Lugares reales, virtuales o sensibles, pero lugares al fin.

-¿Con quién te gustaría pasar la cuarentena? – le pregunta Sofía a su entrenadora, mientras la entrevistaba por zoom, al inicio de la pandemia.

La entrenadora entrelaza las manos, aprieta los dientes. El equipo está atento a la respuesta. Ella está suspendida en un signo de interrogación. La pregunta de Sofía, giró el caleidoscopio de su profesora a la vez que la entrevistada, emanaba rayos hacia todos los ejes cartesianos

La soledad fagocitó su vivienda unipersonal y el aislamiento preventivo obligatorio fue preludio de espacios por eclosionar. Nadie lo esperaba, nadie del equipo y nadie del mundo. Ella tampoco.

El silencio de ese segundo fue ensordecedor. Escoger una respuesta implicaba reconocer que todo caleidoscopio tiene un centro, aun cuando espacio, tiempo y distancia no tienen que ver con la cuarentena, ni con la física, sino con la cuántica.

El centro del caleidoscopio de Isabel responde a una teoría irrefutable, y aunque tenga esa cuestión "cajoneada" hace mucho tiempo, existe.

A la vez que inhala y mira hacia el balcón de ese 5to piso, un nudo en la garganta chapotea en sus párpados

-Con mamá. – le responde y apaga la cámara.

La pandemia llega con reglas propias. Isabel añora ver el sol.

La terraza compartida en el edificio le daba esa posibilidad, pero estaba vedada por distintos protocolos pandémicos. Mirar el atardecer desde su trabajo o allí, en aquella terraza, resultaba ser su rutina preferida durante los últimos 10 años. Pero no está pudiendo ver el sol desde el 19 de marzo.

Silencio.

Pasa el camión cuyo altavoz anuncia que "nadie debe salir de su casa". Isabel está cada vez más fuera de la suya, de hecho, ya se fue.

Pasaron algunos meses y el patio al que asoma su nueva vivienda resulta ser una constante confluencia de sonidos impensados. Allí tampoco da el sol, pero Isabel se las ingenia para encontrarlo.

Ella eligió sacar el estruendo de su vida hace mucho tiempo. No tiene TV ni parlantes. No usa auriculares y sólo oye radio si el wifi le juega a favor.

Lee. Disfruta. Cambia de capítulo en la terraza. Exhala. Pierde la mirada en algún punto, hasta cerrar los ojos y sonreír al sol.

Sin escalera pero con peldaños de ingenio y voluntad, no se pierde el espectáculo diario de la puesta. Breve. Único. Colorido. Sonando casi perfecto, en silencio.

Así gira su caleidoscopio, como si fuera a pila, con un polo en la puesta del sol y el otro polo en el papel, bolígrafo y lápiz que siempre lleva consigo.

Escribir para Isabel es rutina elegida, pero rutina al fin. Ahora tiene rutinas nuevas que acuden a ella como si fueran glóbulos blancos. Aun no distingue si realmente la protegen, pero lo que sí afirma es que su uso descomprime, de momento, el pasar. Últimamente la rutina de revolear piedras a las plantas es más frecuente que la de volcar palabras al papel.

Pasos rápidos, fuertes, risas agitadas, ladridos y alguna recomendación de orden imperativo con voz adulta interrumpe cada tanto: -¡No molesten por favor!-interfiere en el juego a la vez que lo alienta y desafía.

Las criaturas ríen y patean hacia la pared, mientras de refilón ven caer alguna piedra desde la frondosa enredadera.

Isabel carraspea como haciéndose cargo de su presencia mientras bolígrafo y grafito comparten mano derecha y escritura.

Con intención de poner pausa, gira la cabeza recibiendo otra dosis de sol y eclipsa el apunte que tiene bajo el puño. Las criaturas insisten en su actividad de alta frecuencia vibratoria.

A unos metros, una joven juega con un perro, mientras saluda a otra que llega en ese mismo instante. Sonríen, se abrazan y la primera suspira “qué alivio que te dieron el alta”. Se agarran las manos mientras visualizan coordinadamente un escalón, cruzan las miradas y la risa les infla el barbijo a ambas. Se sientan en el patio mostrándose el mate que cada una lleva.

Ambas levantan la mirada y saludan a Isabel. Una es su hermana, quince años menor y grita – ¡Isa!, ¡mirá quien vino! Isabel interrumpe lo que hace. Sonríe de oreja a oreja y sin separar los labios, deja caer ambos útiles de la mano para corresponder el saludo.

Baja la mano, y sigue en lo suyo. Cierra los ojos inhalando hondo y suspira. Balancea el mentón de lado a lado como negando cada interrupción. Extraña su silencio.

En ese momento un auto aminora la marcha hasta estacionar. Dos personas mayores bajan bolsas, e inclinados con la carga y esquivando el perrito de las chicas, entran a la casa. La ventana está abierta, uno abre los brazos mientras es rociado (probablemente con alcohol) a la vez que gira sobre su eje.

- ¡Vení para acá Ipa! -se oye. El perrito revolea las orejas mientras se escurre por la puerta abierta. Corre de lado a lado y a esta altura, las perras de Isabel se suman al concierto.

Los sonidos del muro cesan y se reanudan desacompasados. Mientras la hermana de Isabel sale en busca de “Ipa”, ella comienza el arriesgado descenso de la terraza.

La frondosa enredadera no solo es atravesada por piedras, sino también por cumbias cristianas (en sentido contrario unas y otras). Se enciende el parlante vecino y el coro de fieles la hace mover la cadera a Isabel.

Atardece. Isabel llega a la planta baja con una imagen recién tomada con el celular. Ingresa a su casa atravesando la doble hoja de hierro de la entrada. También ingresan los últimos jirones de luz.

Apenas pasando el portal, un viejo escritorio restaurado por ella misma se convertirá en club al tiempo que encender la pantalla oficiará de intersticio con sus jugadoras. Luego de pedirle calma a Ipa y a sus dos contrincantes, comienza a sonreír otra vez. Algunas adolescentes ya están saludándola con botella de agua en mano.

Se asoma la señora del auto y atraviesa sonriente el césped con un plato en la mano:

- ¿Quieren, Cami? Hice bizcochuelo hoy. - las chicas agarran y comentan: -Ayyy Lidia, ni la pandemia te paraliza, ¡gracias!

Lidia frunce el ceño y sacude la cabeza, con la mano parece espantar una mosca pero gesticula en referencia al ruido que viene del juego de las criaturas, a lo que se suma el ladrido de alguna mascota más.

Lidia camina esquivando a Ipa, marcando el compás con los hombros y cantando estrofas de la música, cuyo contenido religioso no parece advertir.

Isabel entorna la puerta, se apronta a la pc y enciende "su audio".

Ella y sus deportistas comparten imágenes del día. Iniciar de esta forma el entrenamiento se había hecho costumbre. En su anterior vivienda, cuando la cuarentena le negaba las salidas y puestas del sol, sus jugadoras le hacían llegar lo que se veía desde sus propios balcones. Ahora ella también podía hacerlo. Comparte su fotografía. Sonríe y le brillan los ojos.

Ni los codos en su escritorio ni las manos sosteniendo su mentón parecieran tener la fuerza para sostener esa mirada tan cimentada. Se abstrae. Flota. Ama.

No tiene opción más que dialogar alzando la voz -"¿todas logran ver como es la serie?" Tras un ok enciende la música. Pregunta por Gise, "¿alguien sabe algo? ¿Se escribió con alguna en estos días? Y prosigue, "con Martu hablé, estamos articulando que empiece con el kinesiólogo así se prepara para la operación".

En ese momento, vuela cual meteorito verde una pelota de BEN10. Aparece desde atrás del muro y se eleva. La hermana de Isabel, su amiga y Lidia suben el mentón mientras acompañan con la mirada la parábola del balón que impacta en el espejo del auto recién estacionado. No podía suceder de otra forma. Hizo sonar la alarma y estalla la carcajada general.

- ¡Señoraaaaaaa! ¡¡¿Me tira la pelota?!!! -se oye con voz infantil

Isabel detiene el sonido de su clase, gira la cabeza como buscando algo o a alguien, se impacienta y busca en los bolsillos, se levanta la manga y mira dentro de una mochila. Agarra un reloj y vuelve a intervenir "apago la música[1] porque acá hay mucho ruido y no las oigo, les canto yo los cambios, ya tengo el reloj".

Mate en mano, las amigas ensayan sin éxito unos "jueguitos". Al notar que no fueron bendecidas con la habilidad motriz se dan por vencidas de inmediato, no sin volver a soltar unas carcajadas.

Lidia continúa con el plato entre sus manos, como quien sostiene un tesoro. El patio duplicó su extensión en cada giro, cada meneo que le brotaba del cuerpo. Levanta la cabeza, camina un poco más "Isa, hice bizcochuelo, agarrá para el mate".

---

1 Hace referencia al formato conocido como "tabata" que lleva implícito un ritmo de trabajo y pausa de entrenamiento. Isabel lo utiliza, pero al interrumpir ese tipo de audio debe marcar el ritmo de trabajo y pausar con un reloj y tenerlo cronometrado manualmente.

En ese momento la advierte frente a la pantalla y entonces retrocede. Se da cuenta que interrumpe.

Isabel tiene una reja que oficia de límite entre su casa y el patio. Límite que ya no parece tener efecto. El patio es como el gran “Salón de los pasos perdidos” y casi todo es compartido, sobre todo, los sonidos. Hace años, antes de abandonar la casa familiar, la aturdía ese espacio. Hoy también.

El patio hoy fue plaza, club, arco de fútbol, iglesia y estacionamiento. Un lugar que simultáneamente toma forma de muchos lugares, lugares que convergen en este espacio, como sucede en otros tantos con más o menos metros cuadrados.

Lugares que no siempre son asumidos, empatizados, optados o respetados.

Espacios porosos y determinantes desde lo pandémico, lo físico y sobre todo, desde lo cuántico. Espacios que forman parte del caleidoscopio de personas que, como Isabel, tuvieron que mudarse sin elegirlo.

Isa extiende un brazo a la vez que gira el monitor con la otra.

- ¡Ella es mi mamá, chicas! En esta segunda cuarentena tengo sol, mamá y bizcochuelo.

Ambas ríen relajadas. Sofía también.

El centro del caleidoscopio quedó frente a la cámara, presumiendo su receta.

# FUGAS DEL ENCIERRO

# HOY SE DANZA

**Por Cintia Continelli**

Es jueves por la tarde. La luz del sol entra fuerte por la ventana. Martina termina de ponerse el vestido de Ladybug, se suelta las trenzas y los rulos caen desde su cabeza hasta la cintura. Preparamos juntas la computadora, el vaso de agua en caso de que tenga sed, corremos la mesa, las sillas, los juguetes que estorban, y hacemos lugar para su público espectador: Oso, Elsa, Ana, Viole, Sapo y una tropilla multicolor de Ponys.

-¡Silencio por favor chicos, que entro en el zoom de danza! – pide Martina a sus hermanos.

Se sienta ansiosa frente a la pantalla hasta que su profe Juli habilita el encuentro. Comienza la clase. Su carita se ilumina con la aparición de una sonrisa, su cuerpo se pone atento y se quita las medias para no resbalarse.

La clase se llena de cuadraditos con niñas, niños, títeres y música. Todos hablan al mismo tiempo para saludarse, algunos gritan, otros se impacientan porque quieren ser escuchados, y a unos pocos les cuesta lograr la conexión necesaria para permanecer. Martu muestra su vestido de tul rojo con pintas negras.

Luego Juli silencia a todos para que escuchen la consigna de la clase. Explica que hoy bailarán como distintos animales. Comienzan con el juego, tira un dado y dice: elefante. A continuación, entre todos describen su tamaño y contextura, cómo se desplaza, dónde vive y cómo se imaginan que bailaría. Juli comparte música y comienza ´la diversión. Los elefantes invaden las casas de los bailarines. Se ríen, caminan pesado, sus brazos se convierten en trompas y los pelos en grandes orejas. Entre risas, estímulos sonoros y exploraciones corporales, se despiertan los sentidos y la imaginación, y el espacio se va transformando.

De repente algo pasa. Martu se tira al piso y no quiere bailar. Su cuerpo se contrae como un bollito. Encerrada en sí misma, no responde a mis preguntas. Pero, cada tanto espía la computadora y de a poco, vuelve a conectarse con la propuesta.

La profe continúa tirando el dado y planteando nuevos desafíos: desfilan jirafas, serpientes, pájaros, gatitos, medusas, cada uno acompañado por distintos ritmos musicales, donde los hogares también se van transformado en selvas, cielos, junglas, mares y jardines. Suceden saltos, roladas por el piso, caminatas en puntas de pie, equilibrio, recorridos con apoyo de manos y en cuatro patas. Aparecen gestos y tonalidades de voces y sonidos. Cada niño experimenta y busca cómo es cada animal que se le va proponiendo. A través de lo lúdico, cada uno logra observar a los otros y descubrir nuevas habilidades gracias a la propia conciencia corporal.

Termina la primera parte de la clase cuando se corta el zoom. Martina ya sabe que debe conectarse nuevamente para continuar y bailar su “escenario”, la actividad más esperada por todos. Consiste en elegir una música y bailarla de manera improvisada, permitiendo a cada uno expresarse de manera sensible con su cuerpo. Es el momento de observar a sus compañeros y de ser observada, además de contener un poquito la ansiedad y esperar su turno.

Comienza la segunda parte del encuentro. Van pasando diferentes compañeros hasta que llega el turno de Martu. Elije “Libre Soy”. Sabe toda la letra de la canción.

Entonces, se convierte en una princesa mostrando su postura erguida y mirada hacia lo alto. Camina en círculos, primero muy despacio y luego va aumentando la velocidad hasta que termina corriendo. Recorre el espacio en diferentes direcciones y niveles. Realiza saltos con distintas intensidades, rueda por el piso con el cuerpo extendido, hace equilibro con un pie, muestra torsiones con el cuerpo, gira y da vueltas jugando con los mareos. Por momentos cierra sus ojos, estudiando el próximo movimiento que realizará. Sus brazos se extienden largos como si quisiera atravesar el techo, parada en puntas de pie, peleando con la gravedad. Va ganando confianza y seguridad en su danzar, enriqueciendo y profundizando su lenguaje corporal para expresarse. Termina el tema y su imagen se congela en una pose final, en la cual sus brazos y piernas se extienden formando una estrella. Mira al techo y contiene su respiración agitada y corazón acelerado. Se escuchan aplausos de sus compañeros y profesora. Es libre y feliz. Saluda inclinándose y se sienta nuevamente en el piso, para observar al próximo bailarín. Me mira con orgullo.

La pandemia no ha detenido su danza. Los vínculos y las ganas de encontrarse pudieron atravesar pantallas y llegar a las distintas casas. Verse entre pares en un juego, en un baile y en las risas. Sostener el vínculo y readaptarse. Más allá de las fallas de internet, siempre hay un otro del otro lado de la computadora compartiendo ese momento, conectando con la misma música, mirando con atención lo que sucede.

Nunca nos imaginamos que las clases serían virtuales y que los cuerpos pudieran seguir participando de esta manera. La computadora y la tablet adquirieron un lugar privilegiado en esta comunicación. Me convertí en testigo de los momentos de aprendizajes de mi hija.

Los imprevistos que nacieron en este contexto desafiaron nuestra capacidad de adaptación, de buscar alternativas y recursos de manera creativa para seguir manteniendo muchas de las actividades que hacíamos cuando el Covid no era parte de nuestras vidas.

Nada reemplaza al contacto presencial, al abrazo con el otro, a la energía de los cuerpos que comparten un mismo sitio. Pero sostener esta clase, es imprescindible para que el grupo de niñas y niños que asistían regularmente al taller, no perdieran el vínculo entre ellos ni con Juli. Mantener la existencia de estas "islas", que permiten alejarse de la rutina diaria, es sumamente importante para conectarse con lo artístico, con los sentidos y las emociones.

Asimismo, en estas circunstancias, es necesario resguardar la salud física y mental y que aparezca junto con la diversión, la manera de explorar y profundizar movimientos corporales de manera lúdica.

Hoy le toca estar en casa y no ir al jardín. Cuando va a la plaza, tampoco puede permanecer mucho tiempo como regularmente estaba acostumbrada, ni hamacarse que tanto le gusta, ni abrazarse al encontrarse con amigos. El lugar de esparcimiento se limitó, se debe estar todo el tiempo con la sonrisa cubierta con barbijo y no se puede compartir los juguetes. El mundo se reinventó y se transformó.

Por eso, el taller de danza es un territorio de reencuentro, una bocanada de aire fresco en la monotonía de cada día. Gracias a él, las distancias se acortan y se viaja a otras casas, permitiendo encontrarse con otras miradas. Surgieron nuevas maneras de socializar.

La luz del sol ya está débil y va desapareciendo por la ventana. Todos se saludan eufóricos y finaliza la clase. El cuerpo de Martu está cansado pero flojo y relajado. Su energía corporal y anímica se renueva en cada danza. Pudo explorar nuevas

posiciones, desplazamientos y acrobacias, que la ayudan a conocer y habitar su propio cuerpo.

-¡¿Cuándo se termina el coronavirus, má?! - Martu me pregunta seria con un tono de protesta, pero inmediatamente una sonrisa pícara se dibuja en su cara.

Habrá que esperar hasta el próximo jueves para repetir este ritual pandémico, en el que el living de casa se convierte en pista de danza, la música atraviesa la pantalla cortando la cotidianeidad sonando fuerte, y las piruetas invaden las actividades diarias. Donde no hay lugar para el Covid.

# LA OLA DE LA PANDEMIA LA AHOGÓ. APRENDIÓ A NADAR BAILANDO

**Por Sol Di Renzo**

“Un, dos, tres, cua” escuchaba tras la computadora mientras su espalda, desganada, reposaba sobre el frío piso. “¿Alguna duda?”. Nadie contestó. Eran 10 en el zoom, ninguna valiente para admitir que en realidad las dudas eran muchas, tantas que se desvanecían en una clase que carecía de sentido por todas partes. “Okey, ninguna entonces. Grupo 1 prende la cámara así las veo”.

Se levantó del piso dejando rastro de su transpiración en el suelo. Se acercó a la compu que se mantenía en equilibrio sobre unas cajas de zapatos. Un apoyo bastante improvisado, casero, pero perfecto. Era la altura indicada, ni muy bajo ni muy alto, para que la camarita llegara a encuadrar la totalidad de su cuerpo. Con solo un click su danza se abrió desnuda a la mirada ajena. La música comenzó a sonar. Esa que estuvo en loop durante la última hora y que ya conocía de memoria. Sintió de a poco ese fuego en el esófago que tanto extrañaba de las clases en los salones, llenos de gritos de euforia, aplausos, luces, arte. El simple hecho de pensar que había unos ojos expectantes del otro lado llenaba todo de sentido. Ni el zoom, ni la cámara, ni la pequeña habitación podrían derrumbar la alegría. Tan solo una mirada generaba eso, un intenso sentimiento de felicidad.

Bailó una coreo llena de dudas. Una coreo que más que una coreo era pura improvisación. Sus movimientos frenéticos no se parecían ni un poco a los que el profesor había marcado en la clase de contemporáneo. Pero bailó igual y dió todo de su alma.

Terminó. Las compañeras del grupo 2 aplaudieron al grupo 1, obviamente muteadas porque la virtualidad curiosamente estableció una regla en donde todos se mutean para un mayor orden. Y como el orden no es algo muy cómodo cuando de arte se trata, el vacío volvió a carcomer su cuerpo al sentarse y convertirse en un cuadrado más, sin voz y sin imagen. Vio a sus compañeras. No eran tantas y tampoco las conocía demasiado. Con algunas había llegado a interactuar a principio de año, antes de que la ola de la pandemia ahogara el arte de la danza y lo convirtiera en un monótono zoom. Del resto, sabía sus nombres completos porque así lo indicaban los cuadrados del zoom, y de varias “conocía” las casas. Detrás de sus danzas se lucían unas desordenadas, coloridas, pequeñas habitaciones, camas deshechas y algunas llenas de almohadones, y hasta “conocí” a sus mascotas, que se paseaban por ahí, despreocupados, omitiendo inconscientes el hecho de que había una cámara proyectando sus cotidianidades a extraños. Conocía sus intimidades sin haberles hablado siquiera una vez.

La música seguía sonando. El grupo 2 se preparaba para bailar. Se trataba de pequeñas personas encerradas en cuadrados, intentando hacerse ver. Recordó los viejos tiempos. Quizá antes, en la presencialidad, “hacerse ver” era un poco más difícil que tan solo prender la cámara. Sentir esa adrenalina que genera el espectador era más difícil de conseguir. Eran clases gigantes llenas de bailarines. Se destacaban unos pocos, el resto entrenaba pero muy difícilmente se sentía valorado u observado. Sin embargo, siempre se bailaba con mucha pasión. Buscar reconocimiento era un gran motor para ese espíritu ambicioso del bailarín.

Las pantallas de los dispositivos parecen haber absorbido ese espíritu ambicioso y apasionado para convertirlo en un pobre mendigo de atención. Mendigo que se conforma con tan solo una cámara prendida que proyecta su danza.

Sonrío al darse cuenta de que sus compañeras estaban igual de perdidas que ella. Bailaban a sus ritmos, a sus pasos, sin respetar lo que el profesor había estado dictando. Se ve que ellas tampoco habían entendido la coreo. Igualmente... bailaban con la adrenalina de la danza que no sólo es baile, sino ofrenda, ritual para quien está dispuesto a ver.

Justo la noche anterior había hablado con una amiga sobre la virtualidad. “No me gustan mucho las clases, ¿viste? Pero bueno, es un ratito y no hay que prepararse, nomás unirse al zoom y ya está... no perdemos nada”. Antes, ir a una clase de danza le requería salir 40 minutos antes de casa, esperar el colectivo mientras merendaba algo rápido. Pensaba muy bien las prendas de ropa, por si al profesor se le ocurría grabar las pasadas y subirlas a las redes. Después de 2 horas de entrenar se volvía a casa de noche y en invierno con mucho frío, pero feliz. Ahora solo hay que apretar un botón y listo. Hasta en pijama se puede bailar.

Así que ahí estaban sus compañeras y ella observaba cómo a pesar del poco disfrute de la clase, de los pijamas y de la simpleza de apretar un botón, sus danzas eran igual de valiosas que siempre. Y lo más importante, a pesar de no haberle hecho saber ni una sola vez al profesor que su internet se cortaba cada vez que explicaba un paso, todas le regalaban su esencia artística. Porque de cierto modo había un sentimiento común: está haciendo lo que puede, todes estamos haciendo lo que podemos. Esto es lo que hay, y en la danza siempre se repite “Hay que seguir sea como sea”. ¿Te despeinas en el medio del escenario?, seguís bailando. ¿Te olvidaste de la coreografía en plena presentación?, seguís bailando. ¿Se te cae el pantalón?, seguís bailando.” Esta situación específica del 2020 era un gran “hay una pandemia mundial”, seguís bailando. ¿Hay cortes de internet?, seguís bailando.” Porque si hay algo que tiene la danza es que, si es sentida, trasciende cualquier espacio y se amolda a todas las circunstancias. Es tan flexible como el aire.

El profesor sonrío. Entendió.

A partir de ese día, las clases de 1 hora de explicación y 30 minutos de baile se convirtieron en 1 hora y media de otro tipo de entrenamiento. La danza puede parecer algo tan simple como mover el cuerpo al ritmo de un compás, pero hay una esencia que trabajar, una intención propia, una expresión emocional, una relación, un diálogo que establecer con la danza que no necesita de un salón, ni de una mirada, ni de luces y cámaras. Lo único que requiere es un cuerpo que mover. El profesor, Christian, una vez dijo “la danza es un tipo de terapia... de chico me pasó que me sentía ahogado por mi familia, el colegio, mi soledad. Todo era como una gran ola que me chocaba y me partía al medio una y mil veces. Aprendí a nadar bailando.” La pandemia no fue solo una gran ola, fue un Tsunami que dejó al mundo ahogado en encierro. Pero ella, sus compañeras y su profesor aprendieron a nadar bailando, libres.

# ¿SE PUEDE ACTUAR POR VIDEOLLAMADA?

**Por Milagros Della Fonte**

Comenzó la pandemia y una de las tantas cosas que se cruzaron por mi cabeza fue, "qué pena, no voy a poder continuar con teatro". Luego de un tiempo, mis profesores Inés y Fernando, nos confirmaron las clases por zoom. Creía que no iba a aprender y que tampoco iba a pasarla bien.

Mis profes dan un curso de 4 niveles, yo era del primer nivel. La emoción de estudiar teatro estaba a flor de piel, pero de un momento a otro todo se me había ido de las manos ¿cómo iba a hacer teatro por videollamada?

Todos los lunes a las 18:30 horas nos conectamos durante 3 horas para aprender sobre el mágico mundo del teatro. Somos aproximadamente 15 personas haciendo teatro de manera remota que nunca nos vimos presencialmente. Primero nos enseñaron todo lo teórico. Era bastante sencilla la explicación ya que sólo había que tomar nota y prestar atención. De todas formas a la profesora le costaba exteriorizar sus conocimientos por medio de una pantalla, pero, siempre lograba transmitir lo que quería. El gran problema era ¿Cómo íbamos a hacer cuando tuviéramos que empezar a actuar?

Durante el 2020 nos mandaron una serie de monólogos y en principio tuvimos que aprender uno. Primero no exigían que compongamos de 0 al personaje. La única exigencia era ensayar, aprender la letra y comenzar a "sentir".

-Tienen que comprender desde dónde surge la creación, desde donde nuestro ser y nuestro cuerpo quieran- explicaba y trataba de hacernos entender la profesora Inés Estévez. -"Cuando vos actuás, en especial en teatro, lo primordial para comenzar es ejercitar el sentir (todas esas emociones que el personaje transita) y después, el emitir (poder exteriorizar esas emociones)"- nos decía Inés.

Para ser actor/ actriz tenés que transitar las emociones que corren por tu cuerpo, porque si no sentís, no emitís, si no emitís ¿cuál fue el fin y el sentido de tu obra o monólogo?

De un momento a otro mi vida comenzó a ser un encierro constante. Natalia, mi mamá, se iba a trabajar a eso de las 7:30hs y volvía después de las 19:30hs. Todo ese tiempo yo estaba a cargo de la casa y de mi hermanita. Ella se llama Alma, tiene 6 años y es muy comprensiva con mis actividades siempre. Aunque era imposible estar concentrada 100% teniendo la responsabilidad de cuidarla y asistirle en caso que fuera necesario. Más de una vez tuve que salir corriendo, pensando que algo le pasaba, por suerte siempre fueron sustos, pero, nunca se sabe qué puede pasar o qué travesura puede hacer una niña. Muchas dificultades se me presentaron en esa nueva normalidad en especial para estudiar teatro.

Las emociones tenían un gran lugar en mi vida, mis nervios antes de mis clases de teatro se reflejaban siempre con un retorcijón en la panza. "Mili te tiene que salir perfecta la escena, no podes olvidarte la letra en la mitad, sería un papelón" me decía a mí misma, sin contemplar la posibilidad de la equivocación. De a poco disminuyeron mis dolores de panza antes de actuar y la confianza con el grupo empezó a consolidarnos. Mi auto juzgamiento cada vez era menor y eso dejaba que de a poco comience a fluir y a disfrutar, que era lo más importante.

De todas formas, persistía el problema, ¿cómo iba a sentir, emitir, componer un personaje y todo lo que eso conlleva en mi propia habitación y por una clase de zoom?

De un momento a otro el escenario era mi cuarto, la iluminación era mi velador, el vestuario era mi propia ropa combinada de diferentes maneras ¿y el público? Eran cuadraditos del zoom. Cada uno de estos "accesorios" dentro del teatro son herramientas necesarias para un actor y para que su actuación se potencie al máximo. El vestuario me da el poder de extrañamiento. Imaginen mi cuerpo vestido como una señora de 80 años, eso me permitiría zambullirme en ese nuevo personaje. Con mis prendas menos usadas de mi vestidor logré ser otra. Con mis propias pertenencias y en mi propio cuarto. De todas formas, era difícil que mis elementos no me trajeran recuerdos. Mi primer personaje virtual fue de Chaplin en versión femenina, era un monólogo muy conmovedor. Mi prenda principal era un tapado de mi abuela. Me parecía que aún tenía impregnada su fragancia. Sentía sus caricias cada vez que lo usaba. Eso me hizo saber que mi abuela estaba presente y me estaba acompañando de algún lugar.

La virtualidad nos arrebató el preciado público. En esta nueva modalidad a veces el público puede ser alguno de mis gatos, Comedia o Romeo. En especial Comedia, le gusta acostarse y mirar todas las clases que tengo por videollamada. Pero no es lo mismo que estar en un escenario y saber que todo un conjunto de personas están percibiendo lo que transmitimos las/los actores demostrándolo con gestos, llantos y risas. El público más cercano que tengo son cuadraditos en una pantalla que no emite sonido y así es muy difícil que la motivación se nutra.

Viene a mi mente ese sábado de diciembre del 2019 cuando iba a actuar en público por primera vez. Un día antes del estreno comenzó el caos. Todas las veces que ensayábamos me confundía la letra y le quitaba el sentido a toda la historia. Estaba arruinando mi trabajo y el de mis compañeras. Los nervios comenzaron a ser los protagonistas de la escena y de mi vida. Comía, dormía, me bañaba y socializaba sintiendo un retorcijón en la panza que no se iba con nada. Mientras, pensaba en mi personaje y en el estreno. Mi profesora nos decía: "las mejores obras tuvieron un mal ensayo general el día anterior"- seguramente para hacernos sentir más tranquilas, pero en mí no funcionaba.

5 minutos antes de dar sala y que entrara el público, ya había aprendido a transitar con los nervios. Respiraba profundo y pensaba en cosas lindas. Mi cuerpo y yo sabíamos que ya estábamos en el baile, solo había que bailar. Pero otra emoción comenzó a apoderarse de mí, la nostalgia, no podía creer estar haciendo mi sueño realidad. Ese cosquilleo en el pecho y en el interior del corazón que me decía "es por este camino, lo estás logrando". Mis ojos se llenaron de lágrimas y ellas comenzaron a caer. El maquillaje comenzaba a mojarse y mi cara empezaba a sonrojarse. En ese instante mi cabeza lo único que me decía era "Mili en 2 minutos entran las personas y empieza la obra. Deja la emoción para después que ya no hay tiempo de arreglarte de nuevo". Por suerte mi cerebro mandó bien la información y rápidamente me convertí en mi personaje.

Desde que comenzó la obra hasta que terminó no puedo explicar nada de lo que sucedió. Adela, mi personaje, se apoderó de mi cuerpo, todo lo que hacía era por inercia, cada situación era efímera e instantánea. Nada pasaba por el acto de pensar previamente. De un momento a otro estaba saludando al público que aplaudía con ganas y todo se había terminado. Fue la sensación más linda que viví alguna vez.

Hoy la motivación para estudiar teatro en estos tiempos tan abrumadores es volver al escenario algún día. Tengo infinitas ganas de aprender todo lo que pueda, aprovechar esta situación al máximo para que cuando todo se normalice pueda volver a la presencialidad.

Luego de mucho ensayo por videollamada, la emoción y los sentimientos empiezan a correr por mi cuerpo. De todas formas, mi oreja siempre tiene que estar atenta al ladrido de mi perro, al ruido de las llaves cuando entra alguien a casa o al ruido de los dibujitos que ve Almi. Esta sensación, aunque muy diferente a la presencialidad, me ayuda a no sentirme tan lejos de eso que tanto me gusta hacer. Registro los avances de un año a otro que también son una motivación a continuar.

Actualmente hago escenas de a 2. El mes pasado me tocó hacer una que se llama “amor a la limpieza”. Mi personaje, Alelí, es la chica que limpia la casa de una señora muy arrogante y adinerada de algún barrio careta de zona norte. La “casa” que limpia Alelí, es mi cama y el delantal violeta que tiene, es el que uso todos los días para cocinar. Mi vida cotidiana está muy presente en esa escena. Aun así logré componer a un personaje diferente a mí y por videollamada. No es la mejor manera, pero es la que hoy nos deja avanzar y no tener nuestra vida en pausa.

Todos los lunes tenemos la tarea de ensayar la escena en la semana individualmente o en videollamada con mi compañera/ro elegida/do. Mientras hacemos la escena, la profesora nos va frenando y corrigiendo cosas puntuales para que las actuaciones no se queden estáticas y logren tener una fluidez y una mayor exigencia en caso de que sea posible.

Luego de varias escenas de a dos sin poder conectarme con el otro personaje, logré conectar con una compañera llamada Alejandra. Siempre antes de la pasada de los lunes hacíamos una videollamada de algunas horas para poder ir mejorando nuestros personajes. Fue la primera vez que logré sentir esa sensación vía zoom. Ahí es cuando noto realmente los avances, que a pensar de la virtualidad, están presentes.

Un buen actor o actriz con dedicación y perseverancia ensaya donde puede y compone su personaje y su obra donde le toca y de la manera que sea.

# PASIONES SIN PAUSA

# LA VIDA SCOUT EN PANDEMIA

**Por Victoria Domergue**

El reloj marca las 15:00. Se reúnen entonces como todos los sábados de todos los años.

-Hola

-Hola, ¿cómo están?

-Hola chicos -dice Gustavo sonriendo-. Porfa prendan la cámara los que puedan.

Aparecen un par de rostros más como testimonios de presencia.

-Bueno, esperemos un poco más hasta que se sumen los que faltan- acota Julián, el otro dirigente.

Mientras tanto hay un silencio absoluto. Los micrófonos apagados no dejan pasar ni el ruido de la respiración. Es un silencio desconsolador que nunca antes había existido entre ellos. Lo más parecido que tenían anteriormente eran esas largas horas después de un fogón donde se mantenían callados, hipnotizados por las llamas que los incitaban a reflexionar, aguardando a que las últimas brasas se apagasen. Pero incluso en ese entonces se trataba de un silencio emocionante y acompañado. Ahora, en cambio, las cámaras apagadas no dan siquiera certeza de que alguien esté escuchando al otro lado de la pantalla.

Son más los minutos que transcurren que las personas que se suman, y entonces Julián dice:

-¿Les parece si arrancamos?- y, viendo algunas cabecitas moviéndose de arriba para abajo bruscamente para que la cámara lo capte, agrega:

-Esperen que comparto pantalla y hacemos la oración.

Pone una diapositiva con la bandera argentina y, una vez "izada" en tiempo récord, pasa a la siguiente. Aparece la oración escrita y no se escucha nada hasta que la primera valiente enciende el micrófono y marca el tempo.

-Dame señor Jesús...- dice Cande abriendo los ojos y asintiendo mientras mueve su mano en círculos.

Algunas voces se suman habiendo captado la señal y las palabras comienzan a superponerse. "Un corazón generoso, para servir. Así sea"; entre el barullo, finalmente, esta es la frase que mejor se distingue.

Una vez terminada la "formación", las actividades comienzan.

Fue en el campamento de verano de San Luis, en enero del 2020, donde hicieron por última vez esa formación que reunía, al inicio y al final de cada jornada de actividades, a los 200 integrantes del Grupo Scout San Maximiliano María Kolbe. Ahí las banderas todavía eran tangibles, la oración inteligible y los gritos de equipo y de grupo por lo pronto existían.

Como en toda ocasión especial, la última noche del campamento hicieron el fogón de cierre. Las danzas, sketchs y aplausos que hacen siempre cambian y se renuevan.

Lo que nunca cambia, lo que nunca faltó en los 12 años de escultismo de Cande o en los 46 de Julián, es la canción del Adiós al final de cada fogón.

Esa noche, en el medio de aquel enorme parque donde habían acampado durante una semana, entrelazaron sus manos y, tambaleándose de lado a lado, cantaron la última estrofa:

-No es más que un hasta luego, no es más que un breve adiós. Muy pronto junto al fuego nos reuniremos.

El "breve adiós" se hizo más eterno que nunca. En marzo, dos días antes de la apertura de actividades luego del receso de verano, se dispuso en Argentina el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio.

Lo más parecido que tuvieron en el 2020 a esos fogones que acostumbraban fue una transmisión en vivo de Instagram y otra por YouTube.

La creatividad y el ingenio -además de la esperanza que aún se tenía de una cercana vuelta a la "normalidad"- permitieron sobrellevar de la mejor manera posible las primeras semanas de actividades virtuales. Sin embargo, a medida que avanzaba el tiempo y más postergaciones del aislamiento se sumaban, la esperanza se fue deteriorando; la participación también. Muchos comenzaban a ausentarse por cuestiones laborales, familiares, de estudio, salud y conectividad... o simplemente porque eran de los pocos momentos semanales en los que podían optar no estar frente a una pantalla. De una forma u otra, la creatividad y el ingenio se mantuvieron intactos, y se pusieron a disposición de un punto de la ley scout que comenzaba a tener gran resonancia en ese entonces: "El scout es optimista aún en las dificultades".

Un sábado de mayo, a las 15:00 horas, Julián abre la reunión. Los que estaban en la sala de espera logran acceder. El dirigente va saludando uno por uno a los que se van uniendo. Hay cinco cámaras prendidas. Los otros siete figuran como un círculo de color con una letra o, en el mejor de los casos, como una foto estática que refresca la memoria. Hacen la formación de inicio y comienzan las actividades.

-Bueno, chicos, hoy tenemos taller de balsas- dice Julián de pie junto a un pizarrón bien acomodado para que lo capte la cámara y con marcador en mano. Tiene puesta la camisa con las insignias impecablemente cocidas, el pañuelo alrededor del cuello y su sombrero cuatro pozos colgando sobre su espalda; y, como todos los sábados, lleva su "headset" para conferencias del trabajo que parece ser parte nueva del uniforme.

Uno de los principales pilares del método scout es "aprender haciendo". Esto refrescó el dirigente luego de su charla técnica y concluyó con la propuesta de que cada uno hiciera durante la semana una balsa en su casa.

-¡Hola! Les paso foto de mi balsa- decía el mensaje que mandó Dante el martes acompañado de una foto. Eran dos latas de cerveza vacías cubiertas con cinta y palitos de brochette amarrados con lana para formar una plataforma. Su balsa estaba flotando sobre la bacha de la cocina cubierta de agua.

El miércoles recibieron otra foto: se veía a Cande flotando sobre una pileta en una balsa hecha con bolsas de consorcio, pallets de madera y algunos soguines.

A diferencia de las actividades scouts tradicionales, el formato de taller teórico adquirió gran protagonismo en la modalidad virtual. Además, las actividades comenzaron a fragmentarse por sábados. Lo que antes eran jornadas extensas -a veces incluso de meses- en donde se trabajaban propuestas de largo plazo, ahora tenían que reducirse a los 45 minutos de videollamada que ofrecía Zoom. Como máximo podían

extenderse durante los tres bloques de videollamada que estructuraron las actividades virtuales desde el primer sábado de aislamiento. La participación irregular que trajo consigo la virtualidad dificultó el trabajo sobre propuestas sostenidas en el tiempo. Pero además, frente a la desmotivación y el desinterés que generaba la nueva modalidad en un contexto tan complejo, optaron por realizar actividades menos extensas y más variadas. El objetivo era ofrecer mayores posibilidades para captar los gustos más diversos y particulares.

A fines de mayo hicieron un taller de refugios. Para contrarrestar el nuevo formato de monólogos explicativos, en esta oportunidad también propusieron una actividad semanal: la idea era que quienes pudieran hicieran en sus casas un refugio y durmieran una noche en él. Sólo enviaron tres fotos en la semana. Dos de ellas eran de refugios hechos con sábanas dentro de las casas.

El sábado siguiente, temprano, Julián escribe en el grupo de WhatsApp:

-Noche de refugios. Fotos de la mañana.

En las imágenes aparecía él con su hija -también scout- junto a dos refugios, en el jardín de su casa, hechos con ponchos de agua, palos de trekking y soguines. Dos fotos eran de la madrugada del sábado. Las otras dos eran de la noche anterior; en éstas últimas se veían gotas de agua salpicando el cielo negro.

En la videollamada de ese sábado le preguntaron riendo si habían tenido frío.

-Para no extrañar los campamentos- respondió él-. Hay que intentar recuperar lo máximo posible la vida en la naturaleza.

Este es otro de los pilares fundamentales del método scout. El aislamiento lo había hecho todo un desafío; más aún para quienes ni siquiera contaban con un espacio al aire libre en sus casas en el cual tener contacto con la naturaleza aunque sea individualmente.

Lo que se esperaba ingenuamente que durase poco tiempo, terminó extendiéndose por largos meses. Se acercaba el mes de agosto. Desde hace más de ocho años, el Grupo Scout San Maximiliano María Kolbe participaba hacia esas fechas de un evento público que se organizaba en la plaza de Pacheco por el día del niño. Allí solían hacer exposiciones, talleres de cuidado ambiental y construcciones con circuitos para jugar; además acostumbran a organizar carreras de autitos a piolín en el predio del Grupo. Pero todo esto, en el 2020, no fue posible.

Conjugando la tradición del día del niño con el otro pilar que edifica la vida scout -el servicio-, dos integrantes de la sección mayor se comunicaron con Julián por un proyecto que tenían en mente. Juntos le dieron forma a la idea y lograron presentar al Consejo de Grupo la propuesta de un servicio por el día del niño que se podía hacer desde las casas. El plan era convocar una colecta masiva de juguetes para que los scouts de la sección mayor los acondicionaran, empaquetaran y entregaran a las familias a las que el Grupo Scout daba bolsones de comida. Pero para que la propuesta sea aprobada, era condición necesaria que los beneficiarios (no-dirigentes) no participaran más que desde sus casas.

Julián se ofreció entonces para llevar en tandas a las casas de los 12 voluntarios, cada sábado del mes de Agosto, bolsas de juguetes que llegaban durante la semana a la sede del Grupo. Cada beneficiario se encargó de limpiar, arreglar y envolver para regalo los juguetes que le llegaban. En septiembre Julián pasó a recoger por las distintas casas los paquetes y, finalmente, se entregaron a los niños. 242 eran los juguetes que buscaban

entregar en un principio, pero terminaron envolviendo más de 500; los que sobraron los repartieron en hogares y hospitales de la zona.

Julián escribió a la sección por WhatsApp:

-Creo que han puesto en práctica una de las dos llaves que B.P (fundador de los scouts) sugiere para la Felicidad: <<Dejad que a vuestras hazañas y vuestros pensamientos los dirija el Amor>>.

Semejante proyecto dio gran aliento a la sección mayor; probablemente porque fue la actividad más cercana a los tiempos pre-pandemia y porque revivió en muchos la motivación y el sentirse útiles. A partir de entonces hubo un plazo en el que aumentaron la cantidad de participantes de los sábados, pero no duró mucho.

Un sábado de octubre, Julián, como "siempre", inicia la videollamada. La subida de participantes desde hacía algunos sábados que se encontraba en bajada. Pasados algunos minutos, sin demasiada expectativa de que se sumen muchos más, arranca la actividad y dice:

-Este sábado queremos conversar sobre cómo están ustedes, cómo están sobrellevando el aislamiento, qué sienten respecto a las actividades... En fin, lo que deseen compartir con sus compañeros.

"Necesito los sábados de actividades", "extraño ir al grupo y olvidarme de los problemas", "el aislamiento se vuelve más difícil sin la dosis normal de scouts"; éstos fueron algunos de los comentarios que surgieron.

Llegó el turno de Cecilia y entonces comenzó a hablar. Tenía su cámara apagada, pero su voz temblorosa la captaba el micrófono perfectamente.

-Esta pandemia...- empezó a decir, pero quebró en llanto y cerró su micrófono.

Hubo completo silencio por unos minutos. Otra vez, ese silencio incierto y desconsolador. En el chat llegó entonces un mensaje de ella:

-Sigan, por favor.

Tomó la palabra Julián:

-A fines del 2019 arreglé un acuerdo de salida con el banco en el que trabajaba. Ese mismo mes, como muchos se enteraron en el campamento de verano, internaron a mi mamá; la realidad es que estuvo más cerca de tocar el arpa que la guitarra. -Hizo una pausa y continuó-. Antes del aislamiento me estaban por contratar como consultor de un banco, pero todo este desastre hizo que quede en el aire. Recién ahora, después de medio año sin trabajo, estoy cerrando contrato.

Siguió hablando y un mensaje de Cecilia lo interrumpió. Éste decía:

-Todo hubiese sido mejor si teníamos por lo menos los sábados de actividades.

Julián sonrió y contestó:

-La verdad es que sí. Es un desafío para nosotros reacomodar nuestro estilo de vida a esta situación, pero las actividades que estuvimos teniendo este tiempo me parece que también nos hicieron estar a todos mejor, al menos un poco o por un rato.

Para la alegría de muchos, ese mismo mes les surgió a los scouts la posibilidad de volver con protocolos a la presencialidad. El Consejo de Grupo hizo una reunión para discutirlo y tomar una decisión. Gran parte de los dirigentes decía que no estaba de acuerdo por los riesgos que significaba esto. Julián dijo entonces:

-Esto efectivamente tiene sus riesgos, pero nosotros corremos riesgos cada vez que nos vamos de campamento o cada vez que hacemos actividades y algún chico se lastima. Siempre se trata de reducir los riesgos.

Y, compartiendo la experiencia vivida en aquella videollamada de octubre mientras señalaba la gran cantidad de bajas de integrantes que hubo a lo largo del año, agregó:

-Esto tiene sus riesgos, pero la verdad es que no tener actividades normales también los tiene.

Los propios padres de los beneficiaros reconocían esto. Hubo algunos que se comunicaron con él para manifestar la necesidad que veían en sus hijos de retomar las actividades presenciales ante la posibilidad de hacerlo. Una madre le escribió:

-Mi hija realmente está necesitando ir a scouts. Está con un bajón emocional muy grande. Le va a hacer bien.

Al poco tiempo, en noviembre, la sección mayor logró finalmente volver a actividades presenciales. Después de la formación -hecha nuevamente, luego de 10 meses de espera, con banderas palpables, oraciones coordinadas y gritos resonantes- estaban todos en círculo, antes de comenzar un juego, conversando sobre cómo se encontraban.

-Quería compartirles que este último tiempo estuve pasando una etapa muy difícil. Desde principio de año estuve cuidando a mi primita con cáncer y hace unas semanas falleció.- dijo una beneficiaria antes de ser interrumpida por el llanto. Después de unos segundos agregó entre lágrimas:

-Por eso no estuve participando. Estoy contenta de poder estar acá hoy-

Julián se le acercó para hablar en privado. Cande, rápidamente, se aproximó a él y le dijo:

-¿La puedo abrazar, por favor?

# LA PASIÓN AZUL Y ORO LEJOS DEL TEMPLO

**Por Valeria Micciche**

No se escuchan, no hay presencia, las tribunas están vacías, las puertas están cerradas, pero aún sigue viva la pasión: en recuerdos, anécdotas y en el deseo de volver a estar en el estadio. El hincha de futbol se tele transporta a esos momentos vividos y denota a flor de piel cómo la limitación de este contexto pandémico lo hace sufrir.

Karen, de 27 años, lleva como cábala la camiseta de Boca puesta, sentada "siempre" en una misma silla, sin poder sentirse relajada, incluso muy cerca al televisor. Se predispone a mirar un partido en su departamento de Devoto, rodeada por paredes grises que no se asemejan en la paleta a la mítica Bombonera, tiene una cerveza helada en la mano y está acompañada por su novio, hincha de San Lorenzo. Bajo este entorno reducido, su fanatismo está mesurado y la melancolía invade lo que hoy es el templo. -Estas cosas quedan de lado, pero el hincha sufre mucho, es algo que se disfruta en familia...ayer, con mi papá nos mandábamos mensajes y decíamos, ¿recordás ese día que llovía y corrimos 15 cuadras hasta llegar a la cancha?, ¿y recordás ese Boca-River que la policía nos arrinconó a todos? Ahora es doloroso, ajeno... ver a la Bombonera por la tele y vacía-, reflexiona.

Antes de la pandemia, los únicos partidos que veía en su casa eran los que jugaban como visitantes, todos los partidos que Boca jugaba de local iba a la cancha, a la Bombonera, al templo. Los partidos ahora le resultan extraños: no sólo porque los mira por televisión, sino porque no lo hace en la casa de su viejo, no hay lugar para el aguante, ni asado, Fernet y postre. La pasión, los comentarios, las situaciones de gol, las jugadas importantes están restringidas. -¡Es triste!-, exclama, y sus ojos se le llenan de nostalgia, nostalgia que de a poco le hace un nudo en la garganta, le impide hablar.

Hoy juega Boca, hoy es el día de la transformación: grita como desaforada, golpea la mesa, canta, aplaude, se tira al piso. Es 31 de mayo y Boca empata con Racing. Karen se siente decepcionada: Boca pierde por penales. Penales en los que Karen dejó el alma. Con la voz entre cortada y las manos temblorosas, se pone el uniforme de trabajo -¡cómo extraño festejar un gol en la cancha, abrazarme de emoción con el de al lado!- la limitación de la pandemia aumenta el desánimo, le genera mayor insatisfacción por el resultado y por la falta de lo que más disfruta.

Cuando Karen iba a la cancha, "esperaba ansiosa toda la semana ese momento", recuerda y su rostro se ilumina, denota alegría bajo el barbijo blanco. El día anterior preparaba sus tesoros y amuletos. La camiseta que se iba a poner, el pantalón, las medias de cábala de Román, la gorra con su cara. Como trabaja los domingos, cuando Boca jugaba temprano y de local, hacía travesías para llegar a La Boca y ubicarse en "su" lugar: el lado izquierdo de la baja sur. Dejaban junto a su papá el auto a 15 cuadras del estadio, saludaban siempre al mismo trapito que cuidaba los autos, corrían para poder llegar a tiempo, compraban chicles siempre en el mismo kiosco, garrapiñadas al mismo señor que estaba cada domingo a 400 metros del templo, mientras recordaban epopeyas a los gritos de los iconos bosteros como "el Loco Palermo".

-Cuando había fecha por copa Libertadores entre semana, los partidos solían ser de noche-, recuerda y relucen sus ojos, –por lo que teníamos tiempo de sobra para llegar, así que caminábamos por la calle Brandsen, donde se juntaban muchos hinchas a tomar cerveza y a cantar las canciones. Eso era antes del partido, para hacer la previa -, y nuevamente asoma una mueca de satisfacción.

Bombos, banderas, familias, niños, unidos por la misma pasión: el barrio, la sangre, el Club, la camiseta. -Eso es lo que tanto añoro, ver cómo muchos desconocidos nos reconocíamos por un mismo código, una misma pasión, algo que sentís adentro, que sale, que se hace ver y que se le contagia a otra persona-, dice sin darse cuenta que hoy esa idea de contagio a otra persona, resuena como un golpe silencioso pero incesante.

Después del partido, la costumbre indicaba ir a cenar a la pizzería "Los campeones" en Montes de Oca y Brandsen, o a la hamburguesería "American Burger" en Aristóbulo del Valle y Montes de Oca. Siempre estaban llena de hinchas de Boca que repasaban el partido por la tele y atendían la conferencia de prensa del Director Técnico en calidad de expertos en fútbol que sabían "palpar el partido".

Son momentos que el fanático del fútbol, que Karen, lleva grabados en su memoria, en su corazón, y que se reflejan en su piel cada vez que los rememora: -¡Es hermoso! Te lo juro, aparte volvés cansada de saltar, gritar, cantar y esa noche dormís como un bebe –dice y ríe a carcajadas.

Como imagen típica, Karen rememora ver en el campo -Niños colgados de los alambrados, sentados en esas "sillas" que sus papás les hacen con las camperas, hinchas abajo de la lluvia, muchos de ellos con ¡pilotos amarillos, otros azules! Las cábalas, las promesas y los rituales de cada fanático son postales de una Bombonera que debe esperar: hoy el partido es la salud.

La última alegría que Karen guarda entre esas postales es el 7 de marzo de 2020, una semana antes del decreto de aislamiento social preventivo y obligatorio. Ese día Boca salió campeón. -Mi corazón quedó en la cancha. En ese mar rebalsado de felicidad, en esas olas de hinchas y banderas, y en ese cielo cubierto de fuegos artificiales que, para Karen, sonaron a "Boca Campeón".

Ahora es viernes 4 de junio, es una noche lluviosa y con aire de nostalgia en cada parpadeo. Tévez, renuncia al Club. Karen publica en Instagram la canción de Gilda "No es mi despedida" y pone en su estado de WhatsApp un corazón partido, escribe palabras de agradecimiento en las redes sociales. Con mucha pasión contenida y sin el fervor del templo. Karen sigue fiel al azul y oro aun en la virtualidad.

# LO PASIONAL ES INVISIBLE A LOS PROTOCOLOS

**Por Manuel López Boero**

14 de Julio, Av. Triunvirato, Heredia, Charlone, Av. Elcano, Virrey del Pino, Av. Del Libertador, desolado el corazón de la ciudad. Una hora antes para la primera ¡La Paaalermo! ¡La Revista! ¡La rosa para hoy! ¡La azul para mañana! ¡Lunes Palermo! ¡Martes La Plata! ¡Miércoles San Isidro! ¡La revista! – anuncia Tito con su ritual de bienvenida-. Alberto, Chela, Coco y Maradei ya hace tiempo nos dejaron. ¿Qué será de la vida de Ramona? ¡Que, con su sonrisa primitiva e incorruptible, curaba cualquier herida! ¿Y de Mario el viejo del bastón? ¡Que, a cambio de un mate cocido calentito en pleno crudo invierno -dentadura en mano- ofrecía imitar la cara de "Popeye"! ¿Y el Tío Baqué? ¡Que su fetiche era voltear al fierro jugando tres pesos a ganador a todos! ¡Cantando la Marsellesa con una mano en el corazón, los ojos encapotados de lluvia y los pantalones todos meados! ¿Y Albertito? ¡Que a los segundos de mangarte un té caliente te rajaba a puteadas! – como si un rayo de luz le hubiese borrado la memoria-. ¿Y Mateo? ¡Que se aparecía en la ventanilla, colgando al cuello un collar con una cabeza de un "paguer renyer" rojo y un sombrero papal hecho con la contratapa del diario popular con la imagen de una mujer semidesnuda, ofreciendo en una olla Essen una cazuela de mariscos calentita recién cocinada! ¡Y al árbol que encontrase lo meaba cual perro marcando territorio! ¿Y el Pirata? ¡Que, arengando a sus ochenta y siete años, mostraba sus destrezas físicas, revoleando patadas voladoras y haciendo flexiones de brazos! ¡Y que, con sus investigaciones, mediante recortes de diarios te quería convencer de que Perón era un agente encubierto de la inteligencia yanqui que trabajaba para el Clero! ¿Y Lalo? ¡Que oficiaba de Zaratustra! —Nena, nene, "lo que se compra con plata es barato". ¿Y Kapeluz? ¡Que con solo una sonrisa sin dientes -como la de un recién nacido- te requería un préstamo de efete por la peladura inminente de la anteúltima! —Mañana te la devuelvo. Al cabo de varios días Kapeluz aparecía. La retribución venía con creces y un adicional de salame y queso con helado y algunas lapiceras de las que vendía en el Mitre, ramal Suárez-Retiro. Y llegada la anteúltima, otra vez lo mismo. ¿Y el alemán? -que con apariencia de obelisco albino y a viva voz exclamaba-: -¿¡Sabes lo que pasa!? ¡Que esto es una obra de teatro en vivo y la gente no sabe que la entrada es gratis!

Lunes de sol, adoquín de media luna. Mediante vallas y carteles protocolares el Hipódromo de Palermo delimita su espacio al aire libre para demarcar los pasos a seguir previos a la competencia de cada carrera. En la puerta, seguridad corrobora si estás en la lista y luego dispara su pistolita delatadora buscando la temperatura exacta. Una vez sorteado este obstáculo, en la tribuna Paddock, el área de ratificación espera. Separando la fila, los carteles pegados en el piso indican la distancia mínima que hay que mantener entre cada cuidador. Las ilusiones y los nervios se van incrementando. Luego de ratificados los ejemplares y con montura en mano los compositores van hacia los boxes de exhibición para ensillar sus caballos. Una vez allí, parados como en arenas movedizas que destilan "perfumes de yuyo y de alfalfa" dos cuidadores conversan sobre cómo tramitar el nuevo permiso de circulación mediante la aplicación de celular, mientras que esperan la orden "vamos ensillando por favor", - lo que indica que en ese momento la suerte está echada-: —No vaya ser cosa que me pare la policía, ¿Qué hago si me demoran? ¡No llego a la carrera! ¡Me muero! ¡Setecientos kilómetros al pedo y con lo que me costó poner a la yegua! —Viste que nosotros vareamos en una calle, no tenemos cancha, pero cuando llueve se hace imposible, se hace un pantano,

por suerte estos últimos diez días no llovieron. - Exclama el cuida, pelado de chomba roja y pantalones caídos-. A lo que el otro cuidador – en apariencia más joven que el pelado, pero con cara añeja como si la "sal del tiempo le hubiera oxidado la cara" le comenta: — ¡Fíjate! Tenés que registrarte bajo el ítem de "producción agropecuaria", en ese rubro entra el turf y lo comparte con distribución de ganadería y pesca. Interrumpidos por la voz de "vamos ensillando por favor", los cuidadores con ayuda de los peones arreglan sus caballos, ajustan las cinchas y pretales de la ilusión y a la redonda de exhibición.

El momento se acerca, los cuidas dan las indicaciones a los jockeys de cómo deben correr a sus caballos, cada uno de éstos vistiendo los colores de la chaquetilla del stud al que representan, fusta en mano, a montar y a la cancha: cancha principal que por el reflejo del sol se transforma en un desierto de oro donde un oasis de ilusiones vislumbra el paredón de los mil. Los caballos salen desde la redonda de Dorrego cubierta por plátanos gigantes que rozan el cielo, hacen el paseo preliminar por la tribuna Paddock, luego pasan por la tribuna Oficial y por último por la tribuna Especial para que el público invisible pueda apreciar el estado y andar de cada ejemplar.

Van llegando al palo de los mil, la pizarra titilante indica quién es el favorito de la carrera, los doce campanazos advierten de mano del chapero que ya es momento para que los ejemplares ingresen a las gateras. Ubicado el último pura sangre y con el público hecho humo, expectante, el relator entona las estrofas: "Se completan los partidores... largaron el premio Cinéfilo".

La carrera dura cincuenta y seis segundos de emociones: para algunos una eternidad, para otros un "trámite". La vencedora resulta ser la competidora número ocho "Le Chic", la que viajó setecientos kilómetros sin el permiso para circular. Entre gritos y corridas, los protocolos y los tapabocas se van desvaneciendo. En la herradura triunfal están el cuidador, los propietarios y el peón envueltos en abrazos interminables mientras esperan el regreso de su pupila para la foto de la victoria. Cinco personas -entre ellos el pelado- festejan ese momento tan único y esperado. Abrazos, lágrimas y más abrazos dibujan la felicidad de la herradura, como un trazo de lápiz sobre lienzo. Alguien vestido de negro se les acerca -parece ser de seguridad-, les indica que solo pueden ingresar a la foto cuatro personas, se siguen abrazando y gritando. El purrete acata la orden y abandona el recinto del vencedor, deja su alma ahí, corre con la sonrisa dibujada. Como un pase de fútbol para definir la final de la copa del mundo, el viento trae un grito -¡Gordo, gordo! ¡Qué asado que te vas a morfar!

Mientras pasan la repetición de la competencia, por fuera del recinto de la vencedora, como si fueran estacas de maderas clavadas en el desierto y curtidas por el sol, los entrenadores de las demás competidoras esperan por la devolución de sus jinetes sobre el desempeño de sus pupilas. -¡Se cansó un poquito arriba! ¡Ésta es una perra! ¡Se fue de mano en la largada y le dimos ventaja a la ocho, la próxima la llenamos de tierra! ¡Más tiro le va a venir mejor, la sacan toda estirada! ¡Me cambió de mano varias veces, algo le debe doler! ¡Anotala rápido que gana enseguida! Con mano en los bolsillos y silbando bajito, los cuidas se alejan del recinto pensando en la próxima carrera.

Av. Del Libertador, Av. Virrey Vértiz, José Hernández, Av. de los Incas, 14 de Julio.

# HABITAR EL ESPACIO PÚBLICO

## “LA DEL FONDO”, ESE LUGAR DE CELEBRACIÓN Y ENCUENTRO

**Por Andrea Flores**

Si algo lindo tiene el barrio es que caminando un rato se pueden conocer varias plazas. Pero “la plaza del fondo” es especial. “No es como cualquier plaza de la ciudad”, dice Ale, la amiga de Nico.

Ale vivía en la Capital Federal. Está recién llegada al barrio, vino justo antes de empezar la cuarentena.

Por esta zona las calles tienen muchos árboles de todos los colores y especies. De acuerdo a la época del año sus matices varían en verdes infinitos, pasando de hojas rojizas a amarillos furiosos o marrones crujientes. Huele hermoso al caminar. Sin dudas caminar por estas calles siempre es un lindo plan.

El vecindario tiene movimiento en cualquier momento del día. Como esos juegos donde los que participan se cruzan en caminos con atajos y callecitas escondidas y de acuerdo a la prenda que salga, toca adelantar, retroceder o volver al inicio una y otra vez.

El barrio es testigo de encuentros, donde se pueden mezclar historias en cada espacio compartido, en cada espacio público. Siempre suceden en alguna esquina.

Durante los mediodías por la calle cercana al “colegio grande,” es común ver chicos y chicas planeando sus próximas horas. En la calle cercana a la estación y lindera al colegio, las mamás hacen planes con sus niños y niñas. Esa calle está cerca de las plazas, caminar unas cuadras por ahí es como una rayuela con cielo verde siempre.

Así “la del corralón”, “la de las vías”, “la de la fuente”, “la de atrás del colegio” y “la del fondo” tienen historias propias que comienzan y circulan y se comparten en el vecindario, el cual recobra vida con cada una de ellas. Historias que se entrelazan todo el tiempo.

Camila es la hija de Nico y está muy preocupada.

Comienza el mes de abril, los días pasan, y se acerca la fecha de su cumpleaños seis. Para ella es muy importante tanto el festejo como sus amigos. Con su mamá Nico, viven en la otra cuadra cruzando la vía, ya le anticipó que esta vez no se va a poder repetir lo del salón del año pasado. Pero aun así, Nico quiere festejarlo.

Piensa que los aniversarios de nacimiento son días de celebración a como dé lugar. Le han hablado de los “cumplezoom” en los que una animadora les organiza juegos, cada uno desde su casa, y al final, el o la cumpleañera sopla las velitas y todos le cantan el cumpleaños feliz conectados desde una plataforma virtual.

A Nico no le cierra demasiado. La virtualidad no le parece apropiada.

Charlando en la plaza con otras mamás, la convencieron. No elegiría la zoom-manía.

En el camino de regreso a su casa sucedió una charla reveladora.

Le contó a Cami una idea que le cambió la carita a la nena y todo fluyó entonces.

-“¿Viste Cami que con la pandemia las escuelas y los salones están cerrados?”, comenzó a explicar Nico.

Cami se sentía un poco apesadumbrada, estaba sin demasiadas ganas de berrinchear porque a decir verdad, había corrido un montón y estaba cansada. Nico siguió con

aquello del aislamiento y los motivos por los cuales el cumple no podían celebrarlo en el salón que a ella le gustaba. Mientras charlaban, la plaza quedó atrás. Están caminando ahora, por la calle lateral a la plaza del corralón, donde hay pocos autos y pueden ir más tranquilas. Cami la mira de reojo, como creyendo entender pero no se anima a preguntar. Durante un silencio que duró unos metros, la mamá continuó:

-"Pensé en un lugar grande, al aire libre con árboles y juegos, donde podés invitar a tus amigas y amigos, jugar un rato, soplar las velitas y también invitar a las mamás", aseguró Nico que a esta altura ya se había entusiasmado. Cami no tardó en asentir y gritar un "¡Sí!" alborotado.

La propuesta le encantó. Con gran alegría y ansiedad comenzaron a pensarlo todo. Preparar opciones de ropa, juegos, a quienes invitar, qué comidas y qué día elegir.

Nico y Cami, no son de ir mucho a la plaza "del fondo", porque en realidad les queda más lejos que "la de atrás del colegio", pero ese encuentro con Ale y otras mamás, resultó fructífero ante el evento que se aproximaba.

Por esos días empezaron a ver que las plazas del barrio donde vive la abuela de Cami también se llenan de festejos de familias, con niños y niñas. Encuentros como el de Nico y sus amigas, suceden en todas las plazas, y diálogos como aquel, también.

El cumple de ocho años de Iván, "fue toda una mudanza", recuerda su mamá Cony. La idea de festejarlo junto a su hermanita Sofía de dos años lo complicó un poco más de lo pensado. En el festejo no faltaron lonas, mantitas, vasitos descartables, y bolsitas de papel con un alfajor y varias cookies caseras para cada niño y niña, repelente, alcohol en gel, servilletas, bebidas en formato individual...

"Realmente fue toda una movida que valió la pena", cuenta Cony. "La opción era un cumple por zoom, pero yo quería algo real", sonríe y agrega sin quitarle los ojos de encima a Sofía que ya se anima a seguirlo a su hermano.

Lo que Cony contaba, sirvió de aliento para Ale, Nico, Cori y Soledad, quienes compartían la charla.

León está por cumplir nueve años, es el hermano de Paulita, amiga desde la salita de tres de Cami, quien también va a la plaza del fondo a jugar por las tardes cuando sale del contra turno del colegio o mejor dicho, cuando salía antes de la pandemia.

"León es muy sensible, está un poco angustiado, y preocupado por el Covid-19", comenta su mamá Corina, "Tanto, que no quiere festejar su cumple como todos los años".

Agrega que León le planteó dudas como: ¿Qué pasaba si un amigo suyo lo venía a abrazar?, ¿Podía soplar las velitas?, ¿Y si jugando se equivocaba y se tocaban en la mancha?, ¿Y si jugando al fútbol, alguno me empujaba?, y si tenía sed y por error tomaba de un vaso de otro niño ¿Se podía contagiar?

Verdaderamente se sentía perturbado a tal punto que prefería no hacer nada.

Corina también participaba de aquella charla y ella necesito de un paso previo para comenzar la organización del festejo de León.

Para que León estuviera tranquilo decidieron hablar con el pediatra. Él mismo le explicó todo y le aclaró todas las dudas al respecto.

Le contó que podían saludarse con el codo, o los puños, que se podían abrazar dando vuelta la cara y sin beso. Que el barbijo puesto si estaban cerca, era obligatorio, pero que, si jugaban o corrían a más de 1 metro y medio se lo podían sacar. Que se lavaran las manos durante el cumpleaños  al menos una vez...

Así fue como León se animó a celebrar su cumpleaños.

“Al mudarnos desde Villa Urquiza, cuenta Soledad, y tener la plaza tan cerca, empecé a disfrutar mucho del aire libre. Desde que nació Matilde vamos continuamente. Es un lugar que me pone feliz, donde me siento contenta. A la plaza del fondo podés verla con niños de todas las edades, músicos que vienen con sus instrumentos a practicar, picnic de todo tipo, grupos pequeños de murga ensayando... Es tan diversa... que me encanta venir, me resulta un planazo, porque saca toda restricción que ponen las paredes”, asiente con una sonrisa enorme en su cara al enumerar todas las situaciones que la plaza del fondo da a lugar.

Sin embargo, así como se llenan, se vacían. Y así sus visitantes en los caminos de regreso, en cada recuerdo de la tarde, o en cada eco de risa, como si lo hubieran planificado, a modo de eureka expresaron ¿Y si lo festejamos en la plaza? y así sucedió en cada historia particular.

Las celebraciones y festejos no son exclusividad de los chicos. Soledad, cumplió 38 años el 10 de marzo, y decidió festejarlos en “la del fondo”, que queda a la vuelta de su casa. No fue la primera vez. De hecho, el año pasado, también lo había festejado ahí, pues todavía no había restricciones. E incluso, el 1 de marzo, antes de que llegara la cuarentena, le festejó el primer cumpleaños a su hija Matilde.

Una de las cosas que más le gustó a Cony, fue ver cómo los chicos se divirtieron sin la necesidad de un guión. “En un momento, pensé en contratar una animación, por una cosa u otra, no lo hicimos, nos dejamos llevar por la idea del aire libre, ¡y todo salió fantástico!”

Alejandra dice, y Nico asiente, que estos festejos se parecen mucho a los cumpleaños infantiles de antes, a los “de mi época”, aseguran. Sin juegos pautados ni animadoras gritonas con mic, con tortas caseras, globos y mucho espacio libre para correr y divertirse con los amigos. Trepar a los árboles le gana a los peloteros.

Y la mayor diferencia, agregan, “las mamás y los papás se quedan en el cumpleaños, porque ayudan a cuidar a los niños, supervisan los cuidados de higiene y distancia social. Y con una porción de torta se dan todes por festejados.

“Al principio hubo un poco de resistencia de parte de Iván, porque tenía que compartir el festejo con su hermana. Jamás habíamos festejado así, pero al final la pasamos todos genial, y lo repetiría sin pensarlo”, dice la mamá de los hermanitos, quien, para evitar enojos, le pidió a la madrina de Iván que le hiciera una torta para cada uno, y así soplaron las velitas por separado...

“Eso sí”, finalizó Cony, “ojalá que el año que viene nos encuentre vacunados a todos y a todas, y sin esta pandemia, de por medio, para no tener que hacer otra mudanza a la plaza”, se despidió sonriendo con el carrito de Sofía lleno de juguetes, Sofi dormida en brazos e Iván pateando la pelota nueva que el padrino le trajo de regalo junto a la camiseta del 10.

Para las velitas, presentaron una chocotorta cortada en pedacitos y el más grande con la velita para León quien decidió apagarla con un aplauso.

“Todos respetaron las distancias, los saludos tal como dijo el doc así de lejos y disfrutaron muchísimo el volver a encontrarse. Sin dudas es algo que estaban necesitando, es increíble cómo los chicos se adaptaron a la nueva realidad”, dice Corina conmovida.

Ahora Camila, está muy ansiosa por su cumple, quiere que llegue el miércoles.

Para ese día se pondrá un disfraz nuevo. Cree que esta vez será Elsa pero no está segura y lo debate con su cómplice, la madrina. Habrá globos, mini tortas, platitos y vasitos descartables de Frozen, y juegos que permitan respetar la distancia social.

Los cumpleaños en las plazas no son una “moda” obligada por la cuarentena.

El espacio público se está transformando y es tomado por muchas personas como lugar propio elegido para el esparcimiento pero también de celebración.

El barrio está lleno de plazas, pero “la plaza del fondo” es especial.

Una tarde cualquiera que la encuentres, será para que vuelvas a visitarla, es un encuentro de pura alegría, festividad y esperanza. La plaza del fondo es poder vivir felices a pesar de cualquier pandemia.

# SALUDOS PANDÉMICOS

**Por Candela Lestani Kochen**

Es noviembre de 2020, y aunque falta apenas un mes para que comience el verano, esta noche hace frío. Meli está nerviosa porque es el cumple de su amiga Vicky en una plaza de Chacarita, y es la primera vez, desde el comienzo de la cuarentena, que va a encontrarse con más de tres personas al aire libre. La mayoría de sus encuentros habían sido virtuales, y unos pocos en persona, a lo sumo con una o dos amigas, siempre en espacios abiertos. Se estuvo cuidando mucho y siente que perdió la capacidad de relajarse en presencia de los demás, como si una parte suya estuviera bajo amenaza constante.

Al llegar al Parque los Andes, puede observar varios carteles distribuidos en los árboles que indican la obligatoriedad del uso de barbijo y de la distancia mínima que debe conservarse. Además, hay distintos grupos esparcidos por el pasto, todos conformados por gente joven, con la excepción de algunas personas mayores paseando perros. Lo que llama su atención es la ausencia de gente esperando en las paradas de colectivo, normalmente tan frecuentadas e incluso llenas en esa parte de la ciudad.

Cuando Meli finalmente identifica el grupo del cumpleaños, ve que hay más gente de la que esperaba, y por un momento duda si quedarse o irse. Después de desacelerar la marcha para poder arrepentirse a tiempo, concluye, por la firmeza de sus pasos, en sumarse: le va a hacer bien ver gente y, si se cuida estando al aire libre, usando barbijo y alcohol en gel, va a estar todo bien.

Se acerca ansiosa mientras se pone alcohol en gel; hace un saludo general, un poco tímido e indeciso. Se queda observando la gran ronda, y también esos pequeños grupos un tanto más alejados en los que se juntan algunos de los presentes. En la búsqueda de caras amigas, Meli puede reconocer varias: están Cami y Manu, sus compañeras de vóley de la secundaria; también Juan, Tere y Guille, amigos de su mejor amigo Toto; Pablo, Santi y Lari, compañeros suyos del CBC, y varios más. Sin embargo, una sensación de extrañeza o desconfianza vuelve a esos conocidos más ajenos de lo habitual, lo que genera que Meli decida no acercarse a saludarlos instantáneamente.

Esa sensación de abismo, de falta de sostén, va creciendo a medida que comienza a interiorizarse con lo que sucede en el cumple, tampoco los comportamientos que observa le resultan amigables: unos están con barbijo, pero no todos, y algunos lo tienen colgando de la oreja. Incluso entre los que son más cuidadosos, y mantienen una distancia notoria con el resto, el hecho de usar alcohol en gel todo el tiempo los hace parecer más robotizados, repitiendo una y otra vez el mismo mecanismo: agarrar el frasco, rociar las manos, frotarlas, aguardar a que sequen, volver a guardar el frasco, y así. Están también los que se destacan por sus mascarillas de plástico. Pero hay otros más temibles: la distensión que muestran genera cierta envidia o recelo en los demás, pero al mismo tiempo un notorio rechazo, o desconfianza. Hay blancos, negros, grises, y hay también confusión: algunos no llevan puesto barbijo pero se ponen alcohol en gel permanentemente, otros conservan distancia pero intercambian cigarrillos; y hay quienes saludan de lejos a la par que toman de la misma botella (del mismo pico). Cada una de estas personas con sus protocolos personalizados, conviven en un mismo espacio. Además, la distinción de grupos en el cumple es curiosa, o al menos novedosa: no está dada ni por el grado de amistad, ni de afinidad, ni de edad, sino por el grado de cuidado mutuo.

Meli observa escenas que le resultan desconocidas o poco habituales para un cumple. Como cuando los que están tocando música, después de un largo rato de cantar alejados y con barbijo, se dan cuenta de que se han estado pasando las guitarras y los tambores mientras fumaban y tomaban sin ponerse alcohol en gel, lo que los hace reír: su protocolo es fallido. O como cuando una amiga de Meli, que había estado respetando el protocolo toda la noche, mientras espera para servirse cerveza con su vaso en la mano, al llegar su turno toma del pico: -es la costumbre -dice bromeando, pero automáticamente se pone pensativa y su cara expresa amargura.

O como cuando una chica le pide una "pitada" a un amigo y este se niega pidiéndole perdón: -¡Dale, no seas rata! -le retruca ella no muy convencida. -¡Qué buena excusa para no convidar! -intercepta un tercero, lo que provoca enojo en el amigo que se quiere cuidar, según se disculpa. O cuando dos amigos de la cumpleañera discuten cuando uno atina a saludar sin barbijo y con un beso al otro, provocando la reacción bruta y rápida del segundo para alejarlo. Las actitudes y reacciones que se suceden en el cumpleaños resultan paradójicas, contrarias a ciertos hábitos, lógicas y necesidades, la situación es notablemente extraña para todos.

Más inusual aún le resulta a Meli identificar a sus amigos: se la ve contenta y nerviosa a la vez, sus movimientos temblorosos muestran que no sabe bien qué hacer cuando se le acercan. Todo es un acertijo, una incertidumbre. Con algunos amigos que no se ve hace tiempo, corre ansiosa al encuentro y, minutos después, se frena de golpe. Hay saltos de emoción, abrazos fuertes, respiraciones suspendidas. En el camino de los puños se cruzan cachetes, hay abrazos que quedan como flotando en el aire, manos que se mueven nerviosas, caricias bruscas, mimos efusivos, manos, hombros, codos. Hay cuerpos, hay personas, hay reacciones.

Hablando con amigos, Meli pregunta: -¿Alguien sabe si viene Juanma? -a lo que Agus le responde: -No, está en cuarentena porque la mamá, que trabaja en un hospital, está con síntomas -y agrega: -Pobre, hablé con él y está asustado porque la vieja es grande, viste. Martu interviene y dice: -Nah, no pasa nada, en mi casa todos tuvimos, y a mi papá solo le dolió un poco la garganta. A lo que Meli, inquieta y molesta le responde: -Que bueno lo de tu viejo, pero a cada persona le pega distinto, nunca se sabe, ojalá que no sea nada-. Lo extraordinario de la situación vuelve incómodos ciertos intercambios y modifica perspectivas sobre algunas personas, incluso amigos.

En el momento culmine del festejo, la cumpleañera saca una torta y una velita, a lo que la gente a su alrededor reacciona gritando: -¡La torta!-; -¡Vamos a cantar el feliz cumple!-. En ese momento, la gente atina a apurarse, casi a correr, pero Agus grita: -¡Che, cuidado, no se junten tanto! Rápidamente todos desaceleran el paso, quedándose lejos, dispersos, mirando la torta en puntitas de pie. Después de cantar el feliz cumpleaños distanciados, Martu dice: -Hay que soplar la velita, que si no es mala suerte-.

Todos se apartan, dejando a la cumpleañera en el centro, con su velita en la mano.

Hay algo raro, algo falta en el momento de la torta: unión, apretujones, besos.

Pero algo hay: cuidado.

Al finalizar el cumpleaños, todos se van y Meli puede ver más bicis de lo normal. -Parece una masa crítica-, bromea uno. No hay ofrecimientos para llevar a nadie en el auto, no hay preguntas acerca de quiénes se toman tal o cual colectivo, no hay pedidos para compartir taxi: cada uno tiene su bici, o a lo sumo algunos comparten caminata. En la despedida, vuelven a aparecer nuevamente los nervios del saludo,

de la expresión de cariño otrora tan habitual y hoy tan conflictiva. De nuevo hay reacciones diversas, cuerpos que se encuentran y desencuentran, risas, chistes, incomodidad, molestia, frustración. Nuevas experiencias de saludos, distintas, únicas, divertidas y angustiantes, graciosas y tristes. -Ya nos vamos a poder abrazar-, dice uno por ahí echando un poco de calma. La sensación de que una gran duda, un gran misterio, una gran inseguridad, una gran desconfianza los acecha, está presente. ¿Saludarse no es, al final de cuentas, desearse salud?

El festejo resulta normal pero raro, cotidiano pero extraordinario, lo mismo de siempre pero totalmente distinto, algo novedoso, desconocido, invisible, pero sumamente presente envuelve el evento. La única certeza es la diferencia entre este cumple y el anterior: el contacto físico, la estrechez del encuentro y los abrazos, antes; el temor al "contacto estrecho" y la distancia física, ahora.

El miedo a la pandemia, a un virus invisible, al otro, al encuentro, al contacto, modificó muy rápidamente, en un período muy corto de tiempo, la manera en que nos relacionamos socialmente. Este peligro modificó, también, la manera en que concebimos el dar y recibir afecto. Ahora, para demostrar amor y cuidado se necesita cierta distancia física y el menor contacto posible, algo que hace no mucho tiempo nos hubiera parecido irreal o de ciencia ficción. A la par que las nuevas formas de relación virtual, se han trastocado los modos en que nos desenvolvemos en el espacio físico cuando nos encontramos con otros. Nuestras formas, costumbres, maneras, que damos por sentado, que damos por naturales (como un abrazo, un beso, compartir una cerveza, compartir un festejo), han cambiado. Es ineludible redescubrir, reencontrar, reinventar hábitos, demostraciones, saludos, para poder estar cerca del otro. Nos toca (re)leer nuestros cuerpos.

# LADOS DE UN TRIÁNGULO DEL CONURBANO. PANDEMIA, FRÍO, MORÓN

**Por Mariano Mansilla**

Son más de las siete de la tarde y hay un viento punzante muy frío. La Plaza De La Cultura en Morón, de noche, hace de albergue para algunas personas en situación de calle que, a un costado, a la vista, pero inadvertidas para la urbe nerviosa e impersonal, tienen sus pequeños tesoros repartidos en un metro ochenta tal vez dos metros cuadrados. Todo tiene impreso el sello de su andar errabundo; objetos en el fin de su vida útil, ropa y mantas que se gastan cada día más por la humedad de la intemperie y la suciedad del suelo urbano contaminado, restos de comida envueltos en bolsas de plástico, un bidón con apenas un poco de agua que parece potable, trozos grandes de cartón. Algunas de estas cosas están agredidas; fueron roídas en la ausencia del ocupante de este espacio.

En la localidad más antigua del partido que tiene una superficie de más de doce kilómetros cuadrados, una persona en situación de calle puede recorrer hasta nueve kilómetros por día para ir de su "dormitorio" a su lugar de almuerzo, y a los de descanso; estratégicamente elegidos según su funcionalidad. La entrada de una galería en un día despejado es ideal para acumular calor de sol y a la vez tender un pedido de ayuda a todo aquel que pase; para cuando el sueño de una siesta golpee, terminará la tarde recostado en el pasto del terreno baldío donde hasta 2013 estuvo ubicado el Estadio Francisco Urbano del Deportivo Morón, al costado de las vías.

Todo está diseminado en el área triangular de caseríos que se fueron urbanizando a partir de la llegada masiva de inmigrantes en 1890, para hoy ser la metrópoli triangular Arkhamiana en la que aunque los sucesos que la atraviesan a veces parecieran salidos de una obra de Lovecraft no pertenecen a ese triángulo, más bien al que concentra el movimiento urbano de toda la zona oeste.

Este clima de asfixia social por la pandemia se impregna en los pulmones de todos; al igual que este frío de las siete. Es una combinación compleja de condiciones atmosféricas y de existencia que someten. A veces alcanza una sola noche de exposición a la intemperie para revelar el miasma de un cuerpo, desequilibrarlo mórbidamente. Por eso su habilidad de andar. Habilidad para mantenerse con vida, rasgo de una necesidad de sobrevivir.

Por eso ahora me puedo detener cerca de sus pertenencias; restos de una fogata extinguida, trozos negros de todo tipo de madera quemada, ceniza gris ya fría en el suelo. Hay una caja de DVD y no está tirada: parece un portarretrato ahí al costado del colchón rajado y maltratado. Tal vez quedó perdida de la feria que se organiza durante el día, donde se venden y truecan bienes en el rebusque del ingreso diario de algunas familias que se organizan por la necesidad de sustento, de sumar algún pesito más. Reconozco esa portada, es del título "Batman Vengeance", un juego que se estrenó en 2001. Recuerdo muy bien uno de sus cinematic cutscenes donde curiosamente el villano "Mr Freeze" sentencia al aire, "hope is death": la esperanza es muerte.

Hay personas en situación de calle experimentando diariamente vaya a saber uno desde hace cuánto tiempo las esquirlas de días apesadumbrados, de extrañeza, de impotencia, de duelos, de desesperanza, del no tener certeza real de lo que va a pasar ni siquiera al día siguiente. Y así son algunos días de pandemia también. Haciendo una comparación, teniendo en cuenta la ventaja de nuestro confort doméstico, podemos

reconocer la presencia, ciertas veces, de esa constante búsqueda que alivie el malestar de las horas de incertidumbre, la angustia de los días. Y veces algunos lo consiguen, teniendo cerca un objeto de otro tiempo, un recuerdo que nos haga surgir con más coraje, tan necesario para la calle y una pandemia.

Son más de las siete de la tarde y hay un viento punzante muy frío. Si no está acá acurrucado entre esas frazadas seguro está haciendo la cola en una posta del Operativo Frío del Municipio, esperando por algo de comida caliente.

De esta manera se asiste a muchas personas: el Municipio arma equipos que realizan recorridas nocturnas donde se hace entrega de viandas, frazadas y abrigo. Además, les ofrecen atención médica y social. Esta red incluye voluntarios y voluntarias que vienen brindando asistencia cotidiana a la población de riesgo del distrito inclusive durante el aislamiento social preventivo y obligatorio, realizando compras, trámites o brindando espacios de escucha y acompañamiento. Es una iniciativa coordinada por la Dirección de Acción Social a partir de un abordaje integral. Todos los días de 20 a 8 horas funciona un parador en la calle Monte 888, a la vuelta del Hospital público, con espacios diferenciados según el sexo y la edad, donde se puede pasar la noche, cenar, desayunar y bañarse. Además, los equipos de la Dirección de Acción Social brindan asesoramiento a las personas sobre los planes y programas de cobertura a los que se puede acceder en forma gratuita.

El perro se alerta, alguien viene en dirección a nosotros, su paseo es mi excusa para estar ahí. Es un cachorro de cinco meses muy equilibrado y seguro; enseguida se predispone erguido, ambivalente. Le hago saber que tiene que relajarse, somos quienes hemos invadido el espacio ajeno.

De un costado viene un hombre que para caminar lo hace apoyándose en una rama casi tan larga como su torso, camina con los gestos rotos, imperfectos: somos en esa plaza baldía una versión apócrifa de A Boy and His Dog. El encuentro se retrasa por el modo de su desplazamiento debilitado por los años, que nos quedemos es recibido como una buena señal; que no nos importe ni rechacemos su presencia desamparada, es algo a lo que no está habituado.

Los perros pueden oler el miedo o anticipar una intención hostil hacía su dueño: la correa cae holgada y muestra señales de calma, no creemos ser potenciales víctimas. La mirada a la que está acostumbrado diariamente es aquella que lo deslegitima, excluye de las reglas, de la moral, de las consideraciones de la justicia como un ciudadano más; su existencia y su imagen están relegadas de todo eso, lo que más recibe son ojos que lo ven con miedo, con odio, con rechazo. Él forma parte del “ellos”: marginales, en esa distancia simbólica social deshumanizadora; su andar urbano es indeseable.

Su voluntad después de todo eso está invadida por la apatía, y aunque para nosotros él no es alguien o algo de lo que hay que huir, escupe con una intención brusca su ironía:

– Te voy a poner una correa a vos, a ver si te va a gustar –me dice.

- La tenemos todos –digo–, nos tienen cortitos.

De La Plaza a la calle Monte hay al menos quince cuadras, casi dos kilómetros. Las prendas que tiene no lo protegen de nada, y usar mucho cartón debajo de las frazadas es una manera de aislarse cuando la intemperie empiece a bajar su temperatura desde el anochecer y, en la madrugada, el vapor de agua frío empiece a saturar los nervios. Sus articulaciones, al parecer enfermas, ante esa menor presión atmosférica pueden aumentar el dolor en sus huesos. Tener un fuego cerca y un poco de aislamiento térmico

improvisado ayuda a que el cuerpo no absorba tanta humedad, la batalla nocturna por no perder la temperatura corporal daña física y emocionalmente, no administrar bien los recursos para sobrellevar una madrugada helada como parece será esta puede exponer a sus que sus vasos sanguíneos se contraigan tanto que cambie la composición de su sangre, y exija al corazón bombear con más fuerza y, con esto, aumenten los riesgos de coágulos, derrames, infartos.

No necesita revisar demasiado para encontrar lo que vino a buscar: una radio de bolsillo. El calor de la tertulia es tan fundamental para este tipo de noches como un plato de comida. El sueño invernal no existe; si se sobrevive, el cuerpo recién se precipitará a un descanso necesario al calor del amanecer.

- Mi compañera tiene correa también –agitando el aparato– le queda poca vida – se lamenta–

– A ver... mañana paso y te dejo por acá un par de pilas –le digo–

Es la primera vez que hacemos contacto visual directo, la mirada a los ojos es ineludible. Las miradas, como la luz, pueden difractarse, dispersarse, experimentar cambios de velocidad, atravesar inclusive esta atmósfera helada. Esa elipse dura una fracción y sus partículas se diluyen mientras insisto en descubrir las razones, suponer esos sucesos vitales estresantes que iniciaron su situación de calle. Lo que sea que haya desestructurado su vida, está guardado y esta rendija de hoy no es suficiente para averiguarlo. A través de sus párpados brota la evidencia de años muertos que han soportado largos períodos malnutridos, sin higiene. Son ojos fatigados que arrastran heridas y enfermedades mal curadas, paranoias; son membranas irritadas, ojos enrojecidos y lagrimeando por este viento frío de las siete.

# UN CAFÉ PARA RITA

**Por Analía López Díaz**

Como típico domingo de otoño el día está fresco y ventoso. El sol escondido entre las nubes espía tímidamente de vez en cuando para recordar que todavía es de día, son las cinco de la tarde en el barrio de Villa Crespo. Hoy es el anteúltimo día de vigencia de las restricciones impuestas por el Presidente de la Nación para tratar de detener el aumento acelerado de casos de Covid-19. Hoy es el anteúltimo día del toque de queda que rige a partir de las 18 horas.

En la esquina de avenida Corrientes y Gurruchaga hace una semana se inauguró una confitería llamada "Usina Cafetera". Es un lugar muy amplio que cuenta con dos pisos, una cocina abierta y baños en la planta alta. Se destaca su espacioso ventanal que abarca todo el establecimiento. El interior es cálido, pero está completamente vacío debido a las restricciones que impone la pandemia. El salón está muy iluminado, por dentro tiene una decoración con aire "vegetariano": colores naturales, sillas de madera y lámparas de mimbre que parecen emular una tarde de primavera dentro de un local que no pertenece a una de esas tantas franquicias que abundan en la ciudad. Todo está brillante, nuevo, impecable; afuera está muy nublado, las calles están cubiertas de hojas amarillas que parecen imitar una "red carpet" que se dirige hacia la ventanilla donde se expiden pedidos de café y tortas. La única modalidad de compra aceptada en el confinamiento más restrictivo es para llevar o el famoso "take away." Nadie puede ingresar en un local.

Un joven con un perro pequeño llega con más curiosidad que decisión y se instala en la cola que se formó en la ventanilla de la "Usina". Lxs empleadxs que se encuentran dentro van y vienen con platos que llevan tortas y vasos de plásticos descartables, gritando los nombres de las personas, como agentes bursátiles.

Afuera de está cafetería hay tres árboles, alrededor y bajo su sombra se erigen banquitos de madera, enfrentados a la ventanilla por la que se expiden los pedidos, que para la nueva normalidad de venta y consumo resultan casi indispensables. Cerca de la calle y detrás de estos árboles, hay unas mesas que ofrecen azúcar y cucharitas a las que las personas pueden acercarse para endulzar sus bebidas. Los consumidores las conocen como "estación de endulzamiento". Las personas se sirven del único azucaro; lejos de retirarse, se quedan cerca de la "estación" que, además, ofrece alcohol en gel (hay varios frascos).

La cola en la que se instaló el joven curioso con el perro se va alargando y acortando, adquiriendo una forma sinuosa y desprolija, lo que hace que la vereda se congestione de gente de manera intermitente. Es el anteúltimo día del toque de queda impuesto en la ciudad y dentro de unas horas el Presidente de la Nación va a hablar en cadena nacional para indicar las nuevas medidas generales de prevención. Pero el clima en esta esquina del barrio bohemio parece una postal de un mundo sin pandemia. Solamente el barbijo que todxs llevan de souvenir en la cara o como bufanda en el cuello hace recordar que no hay nada que festejar.

Sigue el circuito de transeúntes que se topan con las personas que están haciendo la cola. Una pareja que apenas logra sostener la distancia social recomendada se detiene, con cierta expresión de alegría y ternura, para hacer que su perro salude al perro del joven que se encuentra esperando en la cola. Parece que la muchedumbre no les inspira ningún aviso de precaución. Otras almas que pasan por allí y sonríen al ver el

acto de reconocimiento de los dos animales. Todo produce curiosidad y entusiasmo, incluso algo tan cotidiano como una olfateada entre canes. La “yellow carpet” de la vereda, cubierta de hojas amarillas chamuscadas, presenta ahora un picado más fino, que empieza a desaparecer bajo las incesantes pisadas y el producto de las ráfagas de viento.

Dos chicas jóvenes muy abrigadas de alrededor de cuarenta años están tomando café, charlando de manera entusiasta y con los barbijos bajos; están sentadas en los banquitos de los árboles. Tal vez son amigas que no se ven hace mucho tiempo. Tal vez una de ellas viaje pronto a una parte del mundo muy lejana porque decidió cambiar de vida y ésta sea su última ocasión de verse hasta dentro de muchos años; o, simplemente, tal vez sean compañeras de trabajo que se ven todos los días y que quieren juntarse a hablar algún tema personal, de esos que no mencionarían en la oficina para que al resto no les de envidia o de qué hablar. Sea lo que sea, se encuentran en la flamante cafetería, junto a un montón de otras personas, en medio de una pandemia. Tal vez todas estas personas compartan muchos otros “tal veces” que no puedan esperar, como por ejemplo unas tres señoras mayores aparentemente jubiladas que están charlando también con los barbijos bajos, exponiendo sus bocas y narices al viento otoñal y ya con sus vasos de café vacíos.

Las mujeres jóvenes deciden levantarse, posiblemente se vayan a retirar del lugar. Pasan por la ventanilla donde se expiden los pedidos y por donde hay gente esperando o leyendo la carta. Logran hacerse paso entre la muchedumbre y emprender un ritmo más acelerado, hasta que una de ellas indica:

Mujer 1: Hay tortas en la vidriera – mirando hacia el interior del local.

Mujer 2: ¡Son para llevar, loquísimo! – responde la otra mujer, con un inconmensurable asombro.

Se sientan en el siguiente banquito que rodea al árbol contiguo: no se retiran, aunque se alejan con respecto a las otras mujeres mayores que se encontraban cerca de ellas. Quizás haya sido un acto de consideración, teniendo en cuenta que el confinamiento estricto es una medida que se debe a un virus potencialmente mortal para las personas mayores. Como sea, las dos amigas se acomodan nuevamente, los banquitos que rodean los árboles resultan lugares muy preciados por lxs que deciden retirar su pedido por la ventanilla. Ambas sostienen sus vasos con tapas, lo que permite pensar que la bebida muy caliente está siendo “protegida” del virus, o tal vez del frío. Ambas se ponen los barbijos de bufanda mientras esperan que sus bebidas se enfríen (lo que hace pensar que en realidad la tapa haya sido por el frío y no por el virus).

Mujer 1: ...se había vuelto a contagiar. Van a caer uno en uno... -dice con un tono de preocupación e indignación-

Mujer 2: ¡Si la contagian a Rita, listo! Tiene 90 años. Ellos viven con Rita. -agrega su amiga también con una expresión de irritación-

Las dos mujeres beben su bebida, ahora menos caliente, y continúan charlando con los barbijos en el cuello. Pero hay algo en el aire: pareciera que un halo de desazón hubiera atravesado su conversación. Seguramente les cueste creer cómo hay personas en el mundo tan desconsideradas que no prioricen cuidar la salud de Rita. Personas, seguramente muy egoístas, que no deben acatar ninguna medida en pro de la prevención y que caen uno a uno porque vaya a saber dónde se contagiaron. Esas mujeres que, en medio de una tarde nublada, se exponen al fresco húmedo de la calle para reflexionar sobre situaciones injustas que la pandemia trae. ¡Pobre Rita...!

Las personas que no van a comprar torta ni café con azúcar siguen pasando por esta esquina y no les es posible evitar mirar hacia el interior del local que está completamente vacío. Afuera, en los márgenes de la ley, el mismo local se convierte en un imán de corazones sedientos de almidón, glucosa y sociabilización. En esta esquina gravitan personas deseosas de consumir, pero también de esperar, de atrasar el "mientras tanto". Son como palomas en busca del jubilado que les ofrece una ración especial de pan rallado, apenas más dulce que la miseria cotidiana

Continúa pasando más gente, cada vez más apretada, por este nodo cafetero. Se acerca una pareja y la chica le dice a su acompañante: ¡Para llevar, boludo! Una ola de excitación invade su cuerpo: le agarra fuerte el brazo a su compañero. Juntos ahora se acercan y comienzan a hacer la cola. Se ubican cerca de la esquina porque ahora las personas que está esperando un pedido de torta, son muchas.

En la esquina de avenida Corrientes y Gurruchaga, esta cafetería vende budines de zanahoria, chocolate y muchos lattes de diversos sabores y tamaños. Además, ofrece unas tortas que parecen de fantasía por la perfección de su figura. Se presentan envueltas en papel madera, más prometedoras que regalo de navidad. El aroma a café hipnotiza al que logre percibirlo. La "Usina Cafetera" hace honor a su nombre: trabaja incansablemente y a todo vapor de máquina tomando pedidos y catalizando una energía que es capaz de aglomerar decenas de personas en un mismo instante, en plena pandemia.

Las medidas de restricción de la circulación y suspensión de las actividades sociales, económicas, educativas, religiosas y deportivas en forma presencial no parecen tener mucho eco en esta esquina. ¿Qué será de Rita? Sea como sea, ojalá exista quién al menos le prepare un café.

# PRIMERO HAY QUE SABER SUFRIR

# LA LUCHA CONTRA LA SOLEDAD DE LOS MÁS AISLADOS

**Por Enzo Cordobes**

María tiene 70 años, es mi abuela y también es parte de la "población de riesgo", al igual que su madre Celsa de 95 años. Envejecer no es fácil y menos en pandemia. En Billinghurst, provincia de Buenos Aires, mi abuela y mi bisabuela se encuentran encerradas durante el contexto de emergencia sanitaria. Por las medidas de cuidado, modificaron, acaso afectaron la cercanía distante con sus familiares "de arriba".

Siempre encerradas, María y su madre pasan sus jornadas con miedo al exterior. Este contexto las mantiene en ese estado, como a todo el mundo, pero con especial influencia en su caso por su edad. Sienten que su salud está en peligro por la presencia del Covid-19, por lo que sus actividades se desarrollan principalmente entre paredes, donde la privacidad exagerada desvirtúa sus vidas. María, de carácter firme y orgulloso, no le tiene mucho cariño al aislamiento obligatorio, pero sin embargo toma las riendas de su vida e intenta hacer lo que quiere y le conviene con empeño y dedicación. Al poner en juego su salud y la de su madre, sus deseos por socializar y estar en contacto con la gente se ven atenuados forzosamente por su condicionamiento. Celsa, tiene la misma predisposición, pero no está incómoda con la pandemia, más bien le es indiferente. Es una mujer con mucha alegría, siempre está contenta de ver a su familia. Quizás esto se debe a que la mayor parte del tiempo lo suele pasar en su casa en Chaco, donde está sola casi todos los días sin ver a nadie. Al venir a Buenos Aires, su vida se llenó de personas que antes no veía, sin embargo, la pandemia no la afectó. Está acostumbrada a manejarse sola, la lejanía social de esta situación se volvió una normalidad rápidamente, una costumbre. Sin embargo muchas veces se pone triste por no poder estar de frente con sus bisnietos y nietos un poco más de tiempo, después de todo la pandemia hace sentir solo hasta al ser más solitario.

Gran parte del día lo pasan en el comedor de la casa, ambiente inaccesible para la vista del visitante. Está rodeado por paredes blancas y posee una mesa de madera pintada de negro lo suficientemente grande para ocho personas. En una de sus puntas, cerca de dos ventanas verticales, se encuentran dos sillones negros en donde Celsa y María se sientan todas las tardes a realizar las diversas actividades que las entretienen. El vacío de la habitación y el frío que emana del piso reflejan la falta de calor humano de la gente para la que fue creado el mismo comedor. La esencia de la habitación se ve ignorada, y con esto las tardes de María y Celsa se tornan casi antisociales.

A pesar de esto, de vez en cuando están cerca de la puerta de entrada, en donde entablan conversación con cualquier miembro de la casa que pase con un poco de tiempo para charlar Aunque en algunas oportunidades se pueden intercambiar palabras con ellas sin necesidad de abrir la puerta frontal, esta interacción no permite ver otros aspectos como su lenguaje gestual o corporal, el cual por lo general es muy alegre y excitado, y transmite ganas de socializar y seguir hablando. El resto de los habitantes de la casa que se encuentran arriba del espacio de María y Celsa pasan a menudo por enfrente de la entrada, pero pocas veces pueden realmente quedarse a conversar con ellas o si quiera saludarlas. Cuando hay interacciones estas son desde lo lejos, desde un punto de vista que nadie está acostumbrado a habituar, sobre todo María y Celsa, quienes se suelen quejar de la situación pandémica cada vez que no pueden abrazar a algún ser querido suyo.

Sus rutinas son repetitivas. Se levantan entre las 6 y 7 de la mañana para preparar un desayuno compuesto de té negro y pan, que mojan en el líquido para darle "más gusto". Mientras desayunan su principal ocupación es mirar la televisión, al igual que el resto del día. En su programación matutina suelen incluir programas de noticias, lo cual les permite estar "informadas de la actualidad y el mundo". Al mediodía suelen cocinar comidas basadas en salsa de tomate y carne de vaca, habituando a almorzar "guisos de arroz", "estofado" y "churrascos". Lo que queda del día toman mates, duermen siesta de una hora a dos horas, limpian cuando las condiciones de la casa lo requieren y miran más la "tele". Posteriormente se acuestan temprano, entre las 8 y 9 de la noche, presidiendo la actividad por una cena basada en las comidas ya mencionadas y una ducha con agua caliente.

Con respecto a su afición a la televisión, los principales programas que suelen ver luego del horario mañanero son los de entretenimiento, entre los que generalmente hay un conductor y un grupo de participantes retados por algún juego. Los torneos en agua y juegos de preguntas son sus favoritos y acostumbran a mantener largas charlas y discusiones basadas en sus opiniones sobre los ganadores o perdedores de cada competición. Retomando los programas de noticias de sus mañanas, la mayor parte del tiempo están acompañados de comentarios del tipo "que mal que estamos", "no nos recuperamos más", "a este ritmo la cuarentena se acaba en diez años". Estas frases reflejan la desesperanza y la actitud negativa que esta situación de encierro en pandemia reproduce en ellas. Logrando que se vean tristes gran parte de la jornada, cuando no hay ningún otro familiar presente más que ellas mismas.

El poco contacto y vínculos sociales que mantienen con otras personas a lo largo de la cuarentena siempre las mantiene separadas del mundo. Muchas veces no tienen ni siquiera la oportunidad de salir afuera a tomar un poco de aire o, en todo caso, si quieren, deben hacerlo con una gran planificación para no toparse con algún otro miembro de la familia. Para lograr este cometido, cada vez que ven la oportunidad de ir a tomar mate afuera o de limpiar algo pendiente fuera de su casa, salen a llevar a cabo la actividad. Sin embargo, para mantener la distancia adecuada dictada por las autoridades de salud de la nación, cada vez que algún miembro de la familia de "arriba" baja, suelen entrar inmediatamente a su hogar otra vez. En algunos casos, para evitar "correr como unas desesperadas" (usando la clasificación que ellas hacen de sus acciones), simplemente se mantienen en su posición saludando a la familia desde la distancia que el tamaño del patio les permite tener.

Usando ropa poco formal o de "entre casa", María suele salir de vez en cuando a comprar lo necesario para su subsistencia. En estas expediciones hacia el exterior y manteniendo esta persistencia frente a la pandemia, tiene un cuidado extremo con todo lo que hace. No solo rocía y baña en alcohol todo lo que toca, sino que tiene que estar pendiente de estar lo suficientemente alejada físicamente de las personas con las que se topa. A diferencia de ella, Celsa casi no sale, su edad no le permite moverse como antes y la soledad pandémica se intensifica todavía más en la misma. Más allá de cualquier intento que algún miembro de la casa efectúe para pasar un rato con ellas, la ausencia de los otros sigue permaneciendo.

Según María, muchas veces una de las únicas formas que tiene de hablar un rato con alguien es "por mensajes", refiriéndose al uso de una aplicación de mensajería para la comunicación a distancia. Encontrando en la tecnología un refugio, María aumentó el uso de su celular durante la pandemia. Aprende todos los días algo nuevo en torno a cómo funciona el dispositivo y ya casi no pide ayuda para usarlo. Sin embargo con Celsa no ocurre lo mismo, su avanzada edad le dificulta el uso de estas tecnologías debido a

la cantidad de problemas que se le presentan para poder comprenderlas, por lo que ayudarla con su uso es algo común en la casa. Soy yo su asesor principal en el tema. Me llama frecuentemente para facilitarle información acerca de su celular, por lo que tuve que desarrollar formas de ayudarle manteniendo una distancia física adecuada. A través de la puerta de reja de la entrada principal de la casa, le comunico en voz alta qué hacer, para que a través de la guía cercana de mi abuela, Celsa pueda entender lo que digo y lo pueda aplicar a su celular. De esta manera sus habilidades tecnológicas aumentan cada día, aportando no sólo conocimiento, sino acompañamiento y permitiendo que la soledad se torne a un lado cuando los momentos de educación tecnológica se presentan.

Este contexto envenena a los más vulnerables, aquellos que están más solos, que no pueden hablar de cerca con un ser querido porque eso implica un riesgo de salud, que tienen que pasar todo el día encerrados para evitar contagiarse, para luchar contra las adversidades del presente, en donde cualquier mal movimiento puede llegar a causar incluso la muerte. La salud es crucial en este contexto, pero lo social sigue siendo parte de nuestra vida y conforma y construye parte de la salud mental, la cual parece dejarse de lado en detrimento de la salud física. Por otro lado, la tecnología es una salvación y una maldición, su utilidad se ve constantemente desafiada por su complejidad, la cual no todos pueden manejar de la misma manera. Así muchos se ven afectados, requiriendo del otro como intermediario de su satisfacción social. En una situación donde todos nos vemos en cierto punto tocados, hay matices que se manifiestan e ntre diferentes personas, que hacen que muchos se conviertan en los más aislados. Esta narración mínima pretende eclipsar los silencios, distanciamientos, algoritmos a los que nos somete el aislamiento para dar lugar a los pequeños actos y existencias, que también son resistencia.

# TODO SE DESVANECIÓ, ESO ES EL DOLOR

**Por Sofía Baroni**

Primer fin de semana de junio. Son las dos y media de la tarde. Hace frío, la leña quemada lo atenúa un poco, no demasiado. Llegan Regina y Lourdes con la compra de la semana: una bolsa de remedios, las tostadas light y los productos de limpieza e higiene, entre otras cosas. Todo lo que Ángel y Maris solían comprar en los paseos diarios y que ya no realizan debido a la pandemia. Las largas charlas con el verdulero amigo, los saludos a los vecinos, los cantos en la vereda, las extenuantes filas en el banco, los paseos en auto, la vuelta a la manzana...todo se acabó. La larga mesa que solía estar llena de familiares. Los niños corriendo y gritando hacían inaudibles las conversaciones que se daban en paralelo a la charla principal en la mesa, que ahora solo sirve de mesada para apoyar los productos que van a desinfectar.

Todo cambió. Su vida se modificó. Ángel ya no sale a hacer las changas de albañilería que lo ayudaban a darse sus gustos cada tanto. Las salidas al río en la casa rodante con su mujer, una comida para agasajar a toda la familia, las vacaciones visitando a la familia en Santa Fe, todo se cortó.

—Esperamos toda la vida para disfrutar estos años y lo que menos estamos haciendo es disfrutar—decía la abuela.

Su vida en parte se terminó, se apagó al igual que todo a su alrededor debido a esta nueva normalidad que les toca vivir en este momento.

En un pasado no muy lejano, las visitas se instalaban en la gran galería que oficiaba de lugar de conversación. Maris miraba apoyada la ventana, sin salir de la cocina y escuchaba atentamente las preguntas de sus nietas sobre las plantas que cubren el jardín. Cada tanto interrumpía con su ronca y temblorosa voz: —Viste esa, me la dio Juju. Sus labios caían, a la vez que sus cejas subían debido al dolor de recordar a su amiga, que partió hace tiempo por el virus y que no pudo despedir. A lo que su nieta le respondía: —Te amo, abuela.

Los familiares solían comunicarse semanalmente por video llamadas, que con el pasar del tiempo, se hicieron cada vez más cortas. Si se presentaban en la casa, la incomodidad y el temor de los abuelos iban en aumento.

—Ángel alejate... ¡ponete bien el barbijo! —se escuchaba cada tanto de Maris.

Una mezcla de emociones, sentimientos y miedo se presenta; el miedo de contagiar a alguien que amas y respetas, el miedo a la soledad... el miedo y la culpa invaden todo. Conscientemente se alejan, no hablan y quizás muchas veces tampoco miran.

Aislados en su burbuja invisible ubicada a 33 km de la Capital Federal, se encuentran en la amplia cocina. Después de unos largos meses de aislamiento, invitan a Regina (hija) y Lourdes (nieta) a entrar y tomar asiento en la mesa del comedor, rigurosamente separada a dos metros de la de ellos y un poco más también. Invitación que se hizo costumbre luego de su vacunación. Se los ve más relajados.

El olor a aceite invade el ambiente. Ángel cocina mientras su mujer espera sentada en la mesa de la cocina ya organizada. Dos platos, tres vasos, cubiertos, un rollo de papel, una pequeña fuente y en un costado la usual caja amarillenta llena de remedios y los dos pares de anteojos. Un vino y la jarra de agua completan la imagen final de la mesa. Termina de cocinar y al cabo de unos minutos, el abuelo ofrece una bandeja con torrejas, —Dale pibita agarrate.

La nieta al principio se niega, pero con la insistencia finalmente se acerca, toma una y se aleja rápidamente. Para Ángel el no poder acercarse es terrible, siente impotencia. Pero que no acepten lo que él convida... eso para él, es peor. Insiste y persiste hasta que alguien finalmente le dice que sí.

El abuelo se sienta dispuesto a almorzar y entabla una conversación respecto de la situación del país, las complicaciones personales, la vida de la familia y la soledad en estos tiempos de aislamiento.

—Me llamó Chaparro. Contándome de mi pueblo, la cosa está jodida.

—Su amigo de la infancia— aclara interrumpiendo Maris.

—Me comentó que otro de mis amigos de toda la vida, seis años menor que yo tenía, murió por el virus.

—Murió solo como un perro, se había peleado con su familia. Me dijo Chaparro que si se cruza al hijo lo caga a palos —dice Ángel.

—En estos tiempos todos mueren solos como perros sin importar la familia— agrega Maris, a lo que su hija asiente.

Las acciones condicionadas por la situación, son un freno para los abrazos y besos que en un pasado se hubieran dado y hoy ya no.

Nostalgia, tristeza del pasado, inseguridad...y más, son sentimientos que hoy conviven con ellos.

Todo se paraliza, el temor se apodera del lugar. Los ojos azules del abuelo, su rostro, sus silencios, reflejan desesperanza y dolor. No contestó, solo calló. Como tantas veces en este último tiempo... Ángel bloqueo sus sentimientos, los ocultó, su cuerpo dice todo lo que él no.

Ignorando el dolor, su señora lo corta extendiendo un vaso de agua y una pastilla en la mano izquierda.

—Toma Ángel, tu remedio del azúcar.

Todo se desvaneció, la situación desapareció, se congeló... Maris la borró.

# ALICIA EN EL PAÍS DE LA TECNOLOGÍA

**Por Mariana Mateo**

Alicia, madre de tres hijas, divorciada, amante de sus momentos en soledad tras su jubilación, deseosa de degustar un cafecito en una confitería a la hora de la merienda, leer un libro antes de acostarse, pasar la tarde con sus nietos (por lapsos de tiempo no tan prolongados), sintió que su mundo cambiaba cuando escuchó las medidas del Presidente de la Nación sobre la pandemia:

–Aislamiento social preventivo y obligatorio.

Al principio se asustó, sintió que estaba dentro de una película y se consoló al pensar que pronto terminaría.

Por sus 65 años, estaba dentro de la población de riesgo, y su condición de fumadora no la ayudaba: tenía que cuidarse. Tuvo que dejar las clases de pilates. Todos los locales estaban cerrados. Sus hijas y sus nietos pasaban a verla un rato por su departamento de dos ambientes en el séptimo piso de un edificio ubicado en el barrio de Villa Urquiza, charlaban un poco (barbijo y distancia de por medio), le dejaban las compras del supermercado desinfectadas con alcohol, y luego se iban.

Al pasar los meses, las restricciones fueron menos estrictas y los locales empezaron a abrir sus puertas, las medidas de aislamiento y distanciamiento seguían aunque con algunas modificaciones: se dio cuenta que esto venía para rato. Empezó a salir un poco, hacía las compras, iba del kiosco y pasaba a charlar un ratito con su "amiga" del lavadero y su "amiga" del local de computación, donde pasaba bastantes mañanas imprimiendo sus fotos digitales en papel (como le gusta tener a ella). Sus hijas le enseñaron a bajar las fotos a la computadora y descargarlas a un pendrive -no fue tarea fácil, casi siempre tenía algún problema con esa transferencia y terminaba llamándolas para que la ayudaran- hasta que su amiga del local le dijo que podía imprimir las fotos directamente desde el celular y eso fue un antes y un después para ella: dejó la computadora de lado y empezó a usar el celular para descargar fotos e imprimirlas, mandar mensajes y hacer llamadas.

Alicia observa por el balcón (desde arriba se puede ver toda la cuadra, los patios del jardín de infantes y de la escuela primaria de la manzana, la pileta del vecino de mitad de cuadra, la obra en construcción de la esquina) una aglomeración de edificios, de espacios quietos, inertes, espacios sin personas, sin vida. El sol entra e ilumina todos los adornos del comedor, el mueble con vajilla, el piso de madera, el sillón en donde estaba recostada, la mesa de madera de algarrobo frente al televisor, las sillas haciendo juego. Le invaden de repente unas ganas inmensas de salir: se apresura a ir a la confitería de la esquina, allí pide un café con dos medialunas y disfruta de su "momento". Al volver a su casa, recibe un mensaje de una amiga del curso de italiano -un curso que realizó hace unos años atrás, que le dejó un grupo de amigos muy unido, con los que le gustaba viajar, con ellos conoció Italia y viajó también a Córdoba, Entre Ríos, Rosario, se juntaban seguido para festejar cumpleaños o reuniones que organizaban para comer algo y tener largas charlas, antes de la pandemia-:

–Héctor y Marta están internados por Covid, en terapia intensiva- escucha al otro lado del teléfono.

Fue al baño, se lavó las manos, luego se miró en el espejo frente a la bacha y se quedó inmóvil por unos segundos, sintió vergüenza. «Y yo que me quejaba porque no podía ir a

la peluquería a teñirme las raíces» pensó nuevamente. A los pocos días Héctor falleció, Marta logró salir de terapia intensiva. Este hecho, además de dejarle un profundo dolor, dejó un pensamiento en su cabeza: «me puede pasar a mí también, me tengo que cuidar».

Después de ese terrible suceso, Alicia pasó un día entero sin querer levantarse de la cama, una profunda tristeza cruzó por su alma, ya no le preocupaban sus raíces canosas, su falta de tratamiento mensual de manos y pies, su cafecito, ni su clase de pilates, sabía que debía cuidarse y quedarse en su casa, pero no quería depender de nadie, siempre fue muy independiente y le aterraba la idea de dejar de serlo.

Su hija menor le dijo que podía hacer las compras mensuales a través de una aplicación que sólo tenía que descargar en el teléfono. Esa información fue clave para su rutina futura. Descargó la aplicación y con paciencia fue comprendiendo su uso, marcó en la pantalla del celular los productos que quería comprar: leche, manteca, fideos, arroz, jabón, alcohol en gel; se fijó el precio total de la compra, sincronizó su tarjeta de crédito, colocó su dirección y luego de cerciorar los productos, precios, datos personales y dirección tres veces, esperó ansiosa con el interrogante si lo habría hecho bien. Unas horas más tarde sonaba el timbre, era su pedido.

Le pareció muy fácil, si bien no era una experta con la tecnología se dio cuenta que podía aprender muy rápido, no era tan complicado como pensaba. Empezó a investigar en internet qué cosas podía hacer sin tener que salir y "arriesgarse", así encontró que había videos en línea con rutinas de ejercicios que podía hacer sin problemas frente a la computadora, sin la necesidad de ninguna máquina de pilates. Abrió YouTube y buscó... "rutina de ejercicios para adultos desde casa", "yoga para adultos". También descubrió en las video llamadas de WhatsApp una fuente importante para la interacción con su familia o amigos: si los extrañaba podía estar en contacto, podía verlos aunque sea mediados por una pantalla. Si estaba antojada de una película, abría el buscador: "Películas de suspenso recomendadas de Netflix", prendía el televisor y la reproducía por la plataforma; después buscaba por Google al actor o actriz que le había gustado del film, revisaba su filmografía, y seguí viendo su trabajo, y su biografía en general, para chusmear algún "escándalo".

Su vida, como la de muchas personas, ya no era la misma, pero ahora, aunque algo transformada, podía mantener su cotidianeidad. Su mirada tenía otro brillo, se sentía más capaz gracias a su autonomía para aprender "a la fuerza" las nuevas tecnologías. Podía manejarse sola, sin tener que depender de sus hijas para las compras, o esperar que vayan a su casa para ver a sus seres queridos: había vencido el aislamiento. Se amigó con su nueva rutina, y la fue incorporando casi sin pensarlo mucho: los cafecitos pasaron a ser disfrutados en compañía de una película, las clases de pilates cambiadas por rutinas en YouTube, las charlas con sus amigos pantalla de por medio. Las visitas de sus hijas y nietos siguieron de manera habitual, con sus respectivos cuidados, pero ya no sentía que dependía de ellos: las disfrutaba de verdad.

# DESPUÉS, AMAR

# TRASPASAR LAS FRONTERAS DEL AMOR

**Por Lucía Loitegui**

Tras el encierro, un brote psicótico y una internación domiciliaria vuelvo a conectarme con otrxs seres, primero con amigues vía WhatsApp, luego vía Tinder. Hace mucho tiempo que estoy entre cuatro paredes y una pantalla, ciertamente el encierro deja muchos traumas y problemas, se agudiza la dificultad de socialización, se produce una ansiedad muy grande a la hora de salir del "lugar seguro", tengo más miedo que cualquier otra persona a la hora de conocer gente y sentirme merecedora de atención y no pensar que molesto o estoy haciendo cualquiera. De hecho, tras un año de internación, me acostumbré a hacer todo desde la cama, y me cuesta estudiar o hacer home office en la isla de la cocina o en la mesa, y salir a tomar algo con alguien y estar sentada un buen rato. No es únicamente el encierro de año y medio de internación y cuarentena, es el encierro mental de la psicosis desde que tengo 6 años: son casi dieciséis años de vivir, inconscientemente, entre cuatro paredes y voces muy dolorosas. El volver a confiar en lxs otrxs y, sobre todo, en unx mismx, es el apocalipsis.

Preparo la ropa que me voy a poner, y minutos después tengo terapia por Zoom, pero mi gato me tira todo el mate encima de la ropa y tengo que cambiar de planes. Elijo nuevamente la ropa y voy a mi cita. Camino por Elcano hasta Zapiola y Avilés, mientras voy llegando veo en la esquina que Mili me espera y siento que empiezo a tener taquicardia de los nervios.

Adentrarse en el mundo social luego del aislamiento no es algo sencillo, tampoco lo es abrirse al trance de la seducción, del amor, del contacto con otra piel. ¿Qué es el amor y cuándo es correspondido? ¿Cuándo y cómo corresponde enamorarse? ¿Qué implica conocer a alguien por una red social y traspasar los límites imaginarios de una pantalla? Temor, ansiedad, miedo al rechazo, al no ser amado, al no ser merecedor, inseguridad que hierve en las venas todavía más cuando un padre abandónico planta la semilla de la duda sobre la posibilidad de ser amado y sentirse deseadx; la necesidad de conocer a lx otrx, los días que van pasando sin verse personalmente, la sensación de la conexión, de querer estar con lx otrx.

Tinder siempre me pareció un "antro del mal", para ser sincera: percibía que allí se consumían cuerpos como en una góndola del supermercado se consumen fideos y arroz. No iba a durar mucho tiempo ahí, nadie me atraía ni divertía mucho, ninguna foto capturaba lo suficiente mi atención, pero un día apareció ella. En su biografía describía que tenía una discapacidad y que era militante e influencer en Instagram. Su singularidad me atrajo enseguida, pero a la vez afloraron inseguridades en todo mi cuerpo: nunca había estado con una persona que tuviera una discapacidad, que anduviera en silla de ruedas, ¿y si la hacía sentir incómoda?, ¿si no sabía moverme en ese territorio?, ¿si hacía comentarios o preguntas de más?, ¿si era demasiado condescendiente? Ni le había dicho hola y ya había pensado en todo eso y más, un pire que me dejó el brote y el encierro, el pensar todo, tanta inseguridad y ansiedad, la falta de creer en mí misma. Sentir miedo a todo, pero sobre todo miedo al rechazo. Miedo al encuentro.

Hablamos miles de horas, días, sin parar, el miedo juega malas pasadas para dar el gran paso. Me dijo de vernos. ¿Volver a salir a la calle por primera vez después de la internación y el encierro? ¿Quién me manda a hacer esto? El miedo que me aflora al salir por primera vez de las cuatro paredes en las que estuve más de un año también

le afloran a Mili, que tiene un trastorno de la ansiedad y también una discapacidad. Discapacidad y pandemia no van bien de la mano: la inclusión y la autonomía no son las mismas que las de las personas sin una discapacidad. Mili siente mucho miedo al salir sola y que alguien le haga algo malo: yo, una desconocida total, expreso unx de sus miedos. Recién hoy puedo pensar en eso.

Al verla en el lugar de la cita, pienso en saludarla con el codo por eso de la distancia social, (más adelante Mili me contará que sintió que por eso no le había gustado a primera vista). Nos sentamos en una confitería y pedimos algo para comer. Ella pide un café con leche vegetal y yo flasheo amor porque soy vegetariana y ella pinta ser la más fitness (con el tiempo supe que nada que ver, que lo había hecho para agradar). Las horas parecen minutos, continuamos la cita en una plaza, no queremos separarnos. – ¿Te puedo dar un beso? –, el gran paso. Nuestros cuerpos, encendidos en un calor de verano, se acercan para juntar nuestros labios en un movimiento armónico y sin igual, borrando todo lo que ocurre a nuestro alrededor en una plaza repleta de niñxs, adultxs y perrxs. Quizás eso nos pasa con Mili: todo a nuestro alrededor se borra, entra en segundo plano y lo que nos importa es la energía entre nosotras, cómo vibran nuestros cuerpos coordinando nuestros ritmos y sentidos. Que eso nos ocurra al salir del encierro es lo complejo, porque todo nuestro alrededor es un posible peligro que nos acecha.

Meses después, una pequeña carta es quizás lo más hermoso y sincero que me hayan escrito en mi vida, y lo más cercano a la felicidad que creí sentir hasta entonces. -¿Querés ser mi novia?-, otro gran paso. Perder el miedo al encuentro físico, pero sobre todo al encuentro emocional, requiere de una valentía que no creía tener pero que aprendí a construir.

Pero, ¿qué es el amor, qué es amar? La pandemia, la distancia y las nuevas formas de vincularnos o "sentirnos cerca" nos muestra que el amor también es con unx mismx. Que para amar hay que saber: quiénes somos, de dónde venimos, qué queremos y qué pensamos. Sin dudas un año de encierro ayuda, dentro de tanta conflictividad e incertidumbre, a conocerse más, a elegir quién queremos ser y qué queremos hacer, que no todo es tan matemático y estático: el tiempo te patea el tablero y tenés que acomodar todas las fichas. Cambiar de carrera, dejar de trabajar, hacer cuarentena estricta, dejar de militar, volver a militar, cambiar de grupo de militancia, volver a dejar de militar devuelta, elegir o saber que cuerno es lo que querés, entre tantas preguntas. Derribar todas las fronteras imaginarias que tiene el amar(se), esas barreras que nos pone el entorno y, sobre todo, nosotrxs mismxs, todo es cuestión de traspasar nuestras propias fronteras mentales.

En una noche de julio de 2020, cuando estuve transitando mi internación domiciliaria, me senté en la isla de la cocina de la casa de mi vieja y le dije: – No espero que me entiendas ni que estés contenta con esta situación, pero si espero que lo aceptes y me sigas queriendo: me gustan las chicas– Ella apoyó sus manos sobre esa mesada fría parecida al mármol y me dijo– Siempre te voy a querer, vos tenés que hacer lo que te haga feliz –.

Ese día me elegí, y empecé a deducir, lentamente, lo que es el amor para mí, porque es así: algo subjetivo, personal y quizás poco certero. Es un sendero en el cual caminar de la mano con el otrx o con unx mismx. Quizás el amor sea elegir(se), aceptar(se), acompañar(se) y valorar(se). Es ser unx mismo con lx otrx, superar nuestras propias barreras, las barreras del encierro y aprender a amar conociéndonos de maneras no tan tradicionales pero sí auténticas, encontrar nuevas formar de comunicación, aprender a

abrazarnos virtualmente: en cualquier lado del mundo, con cualquier frontera que nos divida imaginariamente, con miles de miedos e inseguridades, virus que nos trastocan la vida, podés conocer al amor de tu vida, a unx amigx, o saludar a unx familiar desde una aplicación del celular.

Resurgir de las cenizas de lo que dejó el Covid-19 es una tarea de todxs y para todxs, no solo en cuestiones sanitarias sino, y por sobre todas las cosas, en cuestiones humanas, sociales y afectivas. El crear redes de amor, amistad y compañerismo que no entiendan de virus, crisis o problemas macro, que nos enseñen a superar el desamor, la desconfianza y la intolerancia a la soledad, que nos ayuden a aprender a convivir con nuestros fantasmas, a encontrar en el otrx/lxs otrxs un salvavidas que nos permita salir del agua congelada de este Titanic partido al medio que nos quedó después de tanto caos, enfermedad, temor y hambre, es una promesa reparadora.

Y quizás, allí yace la clave del amor, que me enseñó Mili y también esta pandemia loca: que nadie se salva solx y la vida es mejor con el amor de compañía.

# ENEMIES TO LOVERS

**Por Luna Maggi**

La pandemia y la soltería me acercaron al mundo de las películas, descubrí una pasión por las comedias románticas y las ganas de enamorarme nuevamente florecieron en mí. Las historias de "enemies to lovers" me atrapan, dos personas que se empiezan odiando pero se quieren cerca y que, con el tiempo, entienden que es porque se aman y se necesitan: pocas cosas son tan básicas y divertidas. "10 things I hate about you" me dio ganas de volver a la secundaria y ser esa cool girl que lee mucho y odia a los varones; "The Notebook", de pasar mi verano en un pueblo y tener el corazón roto por un par de años para después volver a hundirme en los brazos de mi real amor; "Call me by your name", de ser un varón gay que vacaciona en Italia; "500 days of summer", de dejar de creer en el amor por una ruptura para después volver a enamorarme como una idiota; "Valentine´s day" de nada más que apagar el televisor: es una película de mierda.

El amor, así como el desamor, son distracciones sencillamente maravillosas y efectivas. Hace un año que intento encontrarme con alguien, usé Tinder y nada. Si alguien me parece lindo, probablemente vote a Macri, y si cumple todos mis estúpidos requisitos, seguramente yo no cumpla los suyos. Cuando esa persona dice algo que me da vergüenza ajena, le dejo de hablar. La virtualidad no tolera el defecto, no aguanta esa imperfección que se lleva de lujo con la espontaneidad del encuentro. Me frustra no poder ver si la persona que despierta mi interés mueve las manos cuando habla o revolea los ojos cuando se ofende. A veces pienso que Tinder, las redes sociales, son una locura. No puedo confiar en un extraño, no puedo ver más allá de lo que ese extraño muestre en su perfil. Todas las sorpresas que me dio la virtualidad, fueron sorpresas de mierda.

Hace tres meses salí con Clara, una chica que conocí en Tinder. Matcheamos y arrancamos a hablar. Ella tenía entre sus canciones favoritas "Treat People With Kindness" del grandísimo Harry Styles, eso bastó para invitarla a salir. La pasamos muy bien pero no chapamos: no me atraía para nada. Es linda, es copada, tiene el pelo rosa y usa collares con piedras energéticas, pero no hay química. Si hubiera visto a Clara en persona hubiera sabido que no me atraía en lo absoluto, que no es una persona con la que tendría una cita. Pero Tinder confunde y miente. Es, en general, una farsa: uno muestra lo que quiere y los gestos no están a la vista.

Hace dos semanas me cayó un mensaje de un chico que iba conmigo al secundario, siempre me pareció lindo y copado. Me contesto una historia; en realidad no me la contestó, me la reaccionó. Deslizó para arriba sobre mi imagen y apretó una carita de enamorado, que estalló en mil caritas de enamorados chiquititas. Aburridísima, le contesté: clavé like en su reacción a mi foto posando. Me invitó a salir, le dije que sí. Él se cuida bastante porque es paciente de riesgo, yo también porque vivo con mi abuela. Ilusionada y sin miedo al contagio fui a encontrar un amor. Quizá con demasiadas expectativas. Nos sentamos a tomar un café en Freire y Zabala, hablamos de lo mismo que charlamos por chat: facultad, estrés y anécdotas berretas de la secundaria. Me acordé de por qué no salí con él en el colegio: nunca me gustó. Por chat había tenido tiempo para pensar qué contestarme, muchos minutos para formular a la perfección eso que quería contarme. Así cualquiera, yo incluida. Uno, cuando escribe, piensa mucho más, a eso me refiero. La espontaneidad camina moribunda entre amores virtuales. Es más fácil sonar inteligente o interesante si las horas que tenés para contestar son infinitas.

No solo el tiempo para escribir y pensar que se va a decir es mayor, las apariencias son completamente diferentes. Estoy posando dos horas para sacarme una foto en la que

yo pueda planificar casi al cien por ciento como me veo: cuanta cadera sacar, cuanta panza meter, que mitad de cara tapar y qué gesto hacer. Todo esto mediante un filtro, si es una selfie busco alguno que me modifique la cara cual Kylie Jenner y si es una foto en el espejo busco algún filtro con mucho color que disimule mis ojeras y borre las estrías de mi pierna. A esto lo llamo "auto sabotaje nivel extremo". Cuando me veo en un espejo o en una foto siempre hago una pose pero yo sé que no es así como me ven los demás: relajada y en movimiento. La oportunidad que me dan las redes sociales para mantener una pose constante es, después, a la hora de reunirme con alguien, mi mayor miedo. Me asusta decepcionar al otro, que me vean y no ser lo que esperan. También me da miedo decepcionarme y sentirme en un aprieto, como me pasó con Clara, tener que rechazar al otro me da mucha rabia.

Odio este contexto, antes no me molestaba en "modificarme" tanto. Me preocupaba más por arreglarme a mí en efecto: depilarme, maquillarme, cepillarme el pelo y ponerme hebillas. Ya casi ni lo hago: Instagram lo hace por mí. Ya casi ni busco gente que me guste, el algoritmo de Tinder me da una pésima mano. En verdad no sé qué tan preparada estoy para estar en pareja, para enamorarme, para conocer a alguien en medio de una pandemia. Creo que solo estoy lista para permitirle a la idea del amor revolotear por mi cabeza como una mariposita hija de puta que se prende fuego.

A veces me acuerdo de mi ex, Pablo. No puedo dejar de hacerlo. Nos conocimos bailando en un bar, ambos asistimos al mismo cumpleaños. Él me vio en persona antes de verme en Instagram, charlamos cara a cara antes de charlar por chat. Yo no tenía ese miedo (bastante racional) a decepcionar, a no ser lo que él esperaba. Él ya había visto mis ojeras, la celulitis de mis piernas y las estrías en mis tetas la primera vez que nos vimos; en ese sentido, no se llevó ninguna desagradable sorpresa. Ambos nos atrajimos y lo supimos. Fue lindo mientras duró. Es que con Pablo era todo tan diferente, pero ya está Pablo. Basta de Pablo. Cortamos hace más de un año: mayo de 2020. La distancia física de la cuarentena nos alejó, qué ironía. Coordinábamos horarios para hacer las compras juntos y a la noche hacíamos video llamadas, salíamos a pasear a mi perro, pero no nos besábamos. La hipocondría y el miedo al contagio por aquellos tiempos eran todavía más infernal, no como ahora que te relajas un poco más.

El miedo arruinó mi relación, la cuarentena arruinó mi relación. A veces pienso que esta pandemia me arrancó toda la valentía que tenía, estoy casi convencida en realidad. Ya casi no salgo con nadie y aunque tenga ganas de enamorarme me quedo con el impulso saltando de mano en mano. No puedo actuar, no me sale. Hablo con gente que conozco, y casi nada; y si me junto con alguien es después de asegurarme que se cuida en serio. Es desgastante. Me repito todo el tiempo que el amor no es para cagones y que con la idea en mente no hago nada, que me tengo que tirar a la pileta, pero no puedo. El Covid me asusta y más la idea de tener que interactuar con alguien que en realidad es un tarado o, peor aún, de encontrarme con alguien que me gusta y que después de verme en persona se quiera matar porque soy fea y no módulo muy bien.

La distancia que impone la pandemia dificulta la asistencia a espacios nuevos y con el encierro parece que el mundo sólo es habitado por el propio círculo social. Solo me queda esperar. Esperar a que termine la pandemia o esperar a encontrar a alguien responsable, que me guste y que me quiera. Habrá que ver cuál de las dos esperas es más larga, habrá que ver si efectivamente algún día me animo, habrá que ver si después de conseguirlo lo arruino. En una situación tan confusa y tan distópica el amor se me presenta como una salvación pero las condiciones que impone esta complejidad son absurdas, las expectativas que crecen en mí son una piedrita en el zapato y mis inseguridades son el dedo en la llaga.

Amor y virtualidad, romanticismo y tapabocas, ¿serán “enemies to lovers”, dos que se empiezan odiando pero se quieren cerca y que, con el tiempo, entienden que es porque se aman? Debería aprender de lo que mis historias favoritas de amor tienen para decirme, quizá tengo que fumarme en pipa lo que me molesta, quizá lo termine amando, abrazando. Quizá haya alguien dando vueltas, suena estúpido igual, pero es que ¿cómo algo tan profundo puede llegar a construirse en una plataforma virtual? ¿Cómo va a ser cálido un encuentro tan -necesariamente- protocolar y distante? ¿Cuánto falta para amar?

# LOS OFICIOS

# COMERCIANTES EN PANDEMIA

**Por Andrea Díaz**

– Parece que van a volver a cerrar todo. Comenta Susana mientras se acomoda el barbijo después de tomar un sorbo de café.

– Ahora estamos mejor preparados. Responde Roberto, con un suspiro profundo y los rasgos tranquilos como quien descansa después de haber realizado una ardua tarea.

Suena la radio AM que repasa las noticias referidas a cantidad de contagios y muertes del día anterior. Susana se dirige a cambiarla y pone música, la hace sentir más alegre y por un momento decide olvidarse de que está en medio de una pandemia mundial. Roberto la mira y no dice nada, casi que la contempla.

Roberto comienza a interpretar I Want to Break Free de Queen que suena de fondo. Hace reír a Susana, quién se suma también a cantar el estribillo.

Se escucha que tocan la puerta de vidrio, aunque el local aún no abrió. Susana y Roberto tienen sus rituales y se toman unos minutos, café de por medio, antes de abrir. Ambos dirigen su mirada hacia una señora alta y súper abrigada que vuelve a golpear el vidrio y aún no reconocen.

– ¡Mabel te dieron el alta! – Grita Susana desesperada mientras agarra un manojo gigante de llaves y busca la correcta para abrir la puerta – Pasá, pasá. – le indica mientras finalmente encuentra la llave y se dispone a abrir.

– Vine a saludar antes de abrir. Responde Mabel.

Se dan un abrazo fuerte y prometen almorzar juntas en estos días. Susana y Mabel se conocen de casi toda la vida. Ambas tienen comercios en la misma cuadra. Mabel es dueña de una panadería donde Roberto y Susana se dan su "gustito" los viernes y compran facturas para la merienda. Tanto Susana como Mabel pertenecen a grupos de riesgo, pero nunca dejaron de trabajar, ven esto como un imposible.

Carteles con rebajas del 30% dan la bienvenida a Calzados Angelito, en honor a Ángel, padre de Susana y fundador del negocio allá por la década de los 70. De decoración sencilla, el local se debate entre el estilo clásico y el olor a zapato nuevo. Se destacan los tonos marrones claros, pasteles y varios espejos de cuerpo entero. Hay zapatos exhibidos en la vidriera y en el interior. Además, Calzados Angelito cuenta con dos sillones que utilizan los clientes para probar sus productos y descansar, así como con un sector de "outlet" en el que pueden revolver en busca de zapatos de su talle.

Susana recibe a los clientes con su impecable peinado de peluquería, maquillaje recargado y uñas súper largas y afiladas. En cada oportunidad que tiene chequea el estado de su look frente a los espejos que decoran el local, devolviéndose una sonrisa aprobadora.

– "Hoy tenemos 30% de descuento en efectivo y tres cuotas sin interés con tarjeta", anuncia cada vez que alguien se anima a cruzar la puerta.

El protocolo sanitario ya lo tienen incorporado. Toda persona que ingresa al local debe colocarse alcohol en gel y pasar por una alfombra sanitizante -otrora de "bienvenidos"- para limpiarse los pies. Susana incluso recuerda cuando una clienta roció alcohol a unos zapatos de cuero antes de probarlos.

Se acerca un vendedor ambulante saludando a lo lejos con cierta familiaridad, ofreciendo medias, curitas, pañuelos descartables, bolsas de residuo y diferentes objetos de uso cotidiano. Susana le compra unos pañuelos y los suma a su cajón de cosas varias (tiene más de cincuenta paquetes de éstos). No los necesita, pero sigue comprando cada vez que pasa. Siente que, aunque sea mínima, es una manera de ayudar.

– Pasa el viernes que tengo preparadas las donaciones. Le menciona antes de que el vendedor ambulante se retire del local.

– Gracias reina. Le responde con una sonrisa.

Pese a ser una persona mayor, Susana tuvo que insertarse en el mundo digital a raíz de la pandemia, el aislamiento social y las restricciones que afectaron a los comercios no esenciales. Utilizaba muy poco internet y la única red social que conocía era Facebook, la cual utilizaba sólo por diversión y para estar en contacto con sus amigas y amigos. Ahora Calzados Angelito está en diferentes redes sociales y gran parte de sus ventas las realiza por Mercado Libre . Si bien le costó el cambio en un primer momento, reconoce que las ventas subieron considerablemente cuando supo pedir ayuda.

– “Hay una chica que me maneja Instagram[” – Comenta mientras embala paquetes para realizar envíos – Esto me permite llegar a barrios donde antes ni aparecíamos, nuestras clientas siempre fueron de la zona, pero ahora ¿quién te compra un par de zapatos para una fiesta?

La pandemia los sorprendió, al principio esperaron y estaban paralizados. Su acceso a medios digitales era escaso y primitivo, tampoco los necesitaban. Susana estuvo varios días sin dormir, preocupada por el futuro del negocio familiar que heredó de su padre.

Las fábricas tampoco realizaban demasiada producción, no había zapatos de la temporada actual y Susana se preguntaba cómo reinventarse.

En un primer momento pensó en cerrar, pero ¿qué haría después con el oficio heredado? Siempre se repetía que al menos no tenían que alquilar, cosa que la veía como una ventaja.

En la reapertura se impresionó de cómo fueron cerrando, de a poco, otros comercios de la zona. Algunos con muchos años. Hasta ese “café notable” al que tanto le gustaba ir con sus amigas. No pudo despedirse. Simplemente no volvieron a abrir. Pasar y ver la persiana cerrada le da cierta melancolía.

Susana recuerda el éxito que tuvo el año anterior vendiendo pantuflas para el día del padre, espera que este año vuelva a repetirse. Quiere apostar a productos económicos que tengan amplia salida. El que haya movimiento de ventas la hace sentir mejor anímicamente, aunque no se vea reflejado en grandes ganancias.

Susana y Roberto extrañan a los niños del barrio que pasaban a saludar camino al jardín, pero mantienen el sentido del humor, se hacen chistes, sonríen cómplices. Llevan más de 30 años casados. Roberto está jubilado y ahora ayuda a Susana con el local. Ya no hacen horario partido, perdieron su “siesta sagrada” pero ahora hay que cerrar temprano, ir al correo y prestar atención a otros detalles. Actualmente tienen dos canales de ventas, el de siempre, presencial, y el online, al cual aún se están adaptando.

El cambio en sus rutinas fue difícil al principio, pero lo peor para Susana es lo que denominaba “el encierro”, los primeros días del aislamiento social preventivo y obligatorio donde no podían abrir el local y reinaba la incertidumbre de qué pasaría en el futuro.

El contador fue quien les sugirió adoptar los canales virtuales de venta y atención al cliente. Al principio fue un caos, aprender todo desde cero, escuchar, mirar, recibir consejos, ayuda. Los primeros meses fueron de pérdida hasta que retomaron el rumbo. Haber tomado un curso de "internet para adultos" cambió su forma de percibir el mundo digital y las redes sociales.

Durante el curso hubo momentos de humor, de rebeldía y de negación hacia el aprendizaje de un mundo totalmente desconocido para ellos. Susana, a pedido de la profesora, tuvo que dejar de repetir "es que yo no sé" y "no puedo". Tuvieron que aceptar el proceso de aprendizaje continuo y este desafío que les presentaba la pandemia. Aprendieron nuevas herramientas que los acompañarán a lo largo de la vida.

Susana toma su teléfono y chequea las notificaciones del día. Tiene todas las aplicaciones del teléfono organizadas, esto la ayudó a superar el caos inicial.

– Ya puedo sacar turno para la segunda dosis de la vacuna. Da un suspiro de alivio y agradece al cielo.

– ¡Excelente!. Grita Roberto. – ¡Hay que festejar!. Dice esta última frase mientras imita unos pasos de tango improvisados.

Susana sonríe, le encantan sus payasadas y piensa en lo fácil que son las cosas compartidas. No imagina su vida sin Roberto

El mito de la edad de oro y de que todo tiempo pasado fue mejor los acechó al comienzo del aislamiento obligatorio. Susana recordaba su juventud y lo impensado que habría sido esta situación para su papá. Buscaba respuestas, pero tenía demasiadas preguntas ¿cuándo terminaría todo esto? ¿Qué pasaría si se contagian? ¿Qué medidas tomaría el Gobierno de la Ciudad? Extrañaba la sonrisa de las personas, no se acostumbraba al uso del barbijo, sentía que el alcohol en gel le secaba las manos.

Hoy mira hacia atrás, recuerda sus primeras reacciones y hasta parece tomarlo con cierta gracia.

– ¿Te acordás cuando pensábamos que teníamos que cerrar sólo por dos semanas? – Le comenta Susana a Roberto.

– Sí, pero acá seguimos, en cuarentena, pero aún de pie. Le responde Roberto bajando los lentes hacia la punta de la nariz.

Ambos se abrazan cómplices, sonríen. Disfrutan de la simpleza de la compañía y el tenerse mutuamente. Sienten que el tiempo se congela en ese abrazo hasta que suena nuevamente la campanita de la puerta indicando que ingresó un nuevo cliente.

Y aquí está nuevamente Susana, mencionando los descuentos y las promociones vigentes. Tiene el oficio de vendedora en las venas.

# EL DÍA LABORAL EN PANDEMIA DE UN PROFESOR DE TENIS

**Por Juan Chumbita**

Marcos es un profesor de tenis que da clases en un club llamado Los Cedros, situado en el partido de Malvinas Argentinas. Se levanta todos los días a las siete de la mañana, toma el desayuno y se dirige desde la localidad de San Miguel, donde vive, hasta el club. El martes, viernes y domingo da clase desde las nueve de la mañana hasta las dos de la tarde. El miércoles y jueves está en el club todo el día.

Recibir alumnos/as no es tarea sencilla, requiere de habilidades tecnológicas, pero también de negociación. Primero, Marcos recibe un mensaje por WhatsApp donde coordina fecha y hora con él o la interesada y un día antes de la clase lo/a anota en una aplicación llamada Ondepor con el horario y la cancha asignada. Esto es requisito para ingresar al club, así como respetar los intervalos de media hora entre clases que exige el protocolo de salud.

El proceso puede ser cansador y generar hartazgo ya que siempre hay algún tipo de inconveniente. Por ejemplo, cuando no consigue la cancha que necesita debido a una falla de la aplicación: "¡esta aplicación no sirve!", exclama Marcos. También la comunicación con las/os alumnos puede ser difícil ya que no siempre logran un acuerdo: "la semana pasada quedamos para el martes a las diez pero nunca me contestó. Ayer me llamó y me preguntó ¿es a las once? Es inentendible." O cuando no le aparecen las reservas en la aplicación, "lo anoté tres veces pero nunca aparece la cancha". Estas frustraciones hacen que Marcos pierda el tiempo o peor, pierda alumno/as. Pero Marcos continúa firme en las canchas peloteando con ello/as. "Mi mujer no me banca más" dice, "no paro de estar en una cancha".

Una vez resuelto lo organizativo, es momento de la clase. Marcos llega al club a las nueve de la mañana. Le toman la temperatura en la garita de entrada y con barbijo puesto entra a la cancha de tenis. Los primeros alumnos comienzan a llegar a las nueve treinta. Con un saludo de puño, Marcos los recibe y la clase comienza.

Marcos tiene una estructura clara para las clases. Al principio los jugadores hacen un peloteo suave mientras entran en calor. Luego, les prepara ejercicios para que sus alumno/as mejoren o aprendan algún golpe específico y al finalizar los ejercicios indicados, la clase se divide en dos partes finales. La primera, el alumno/a practica saques y Marcos los corrige. La segunda, ambos terminan jugando puntos de partido.

Un ejemplo es el de Enrique, uno de sus alumnos. A él "le cuesta la derecha", el golpe más usado e importante en el tenis, siendo más específico, la movilidad y "velocidad de la muñeca para que pueda dirigir y controlar mejor el golpe". Para eso, Marcos tiene un ejercicio para solucionarlo. Este consiste en tirarle un "canasto de pelotas" a ese golpe y que logre colocar la pelota de forma cruzada y pasando la red de la cancha y después lo mismo pero de forma paralela "para que se vaya acostumbrando a usar la muñeca". Ese movimiento se repite hasta que el canasto se quede sin pelotas. Luego, realiza lo mismo pero del lado del "revés" (golpe inverso a la derecha que se puede hacer con una mano o con dos). Finalmente, Enrique termina la clase practicando "el saque" (golpe que se realiza al principio de un punto) y después jugando con Marcos.

Lamentablemente a fines de abril cuando el confinamiento social y preventivo comenzó a ser más estricto, el club cerró las puertas. Por algunas semanas Marcos permaneció en la casa sin poder trabajar, pero cuando los clubes volvieron a abrir Los Cedros permaneció cerrado.

En ese momento de desesperación e incertidumbre todo cambió. Miguel, un amigo y ex alumno, preocupado por su situación laboral le ofreció su casa con cancha de tenis para que pudiera seguir dando clases de tenis. Marcos, sin saber qué había hecho para recibir semejante ofrecimiento, aceptó las llaves de la casa y entusiasmado le agradeció profundamente y a la semana organizó horarios con la mayor cantidad de alumnos posible para poder volver a dar clases.

En esta nueva rutina, a diferencia del club, Marcos se levanta más temprano. Se dirige a la quinta de Miguel y entre enredaderas y portones oxidados, con la ayuda de su "custodia privada", la perra gala, desinfecta las cerraduras y barre la cancha de polvo de ladrillo en preparación hasta que venga el primer alumno del día. A las nueve Julieta está en la puerta. Con barbijo puesto y alcohol en mano Marcos la desinfecta y en conjunto con los ladridos de gala se dirigen al patio de la quinta, donde está la cancha. Se realiza la clase con la misma estructura de antes y después de despedirla, con un intervalo de un poco más de treinta minutos, Marcos prepara los protocolos para proceder con el siguiente alumno/a.

Pero, hay una parte negativa. Los intervalos son más largos entre alumnos debido a los protocolos de limpieza y mantenimiento que Marcos hace rigurosamente ya que no tiene a los trabajadores del club que se encargaban de esas tareas. "Lo bueno es que no hay más Ondepor" cuenta de forma jocosa. Las negociaciones con los alumnos sobre los horarios de la clase son más extensas ya que el lugar donde se dan las clases es diferente y esto implica que hay horarios diferentes también. Además, hay problemas que ocurrían en el club que se repiten como alumnos que no confirman la clase o horarios difíciles de cumplir por parte de Marcos o de los/as alumnos/as. Esto hizo que su horario de trabajo aumentara de forma drástica. Pero, dentro de esa locura, Marcos se sentía aliviado porque podía volver a trabajar aunque su esposa no estaba muy de acuerdo. "Mi mujer al principio no quiso porque decía que iba a ser muy complicado, pero después de resistirme me dejó ir. Ella sabía que no me iba a negar la oportunidad de pegarle a la pelotita devuelta".

Luego de dos semanas el club volvió a abrir y Marcos comenzó a realizar su rutina anterior. Le tomaron la temperatura y con el barbijo puesto entró a la cancha. Con un choque de puños Marcos y un alumno, Enrique, se saludaron. "te falta dar clases en un barco" le menciona, ya que él también recibió clases en la quinta. Ambos comenzaron a reírse.

En un lapso de pocas semanas Marcos pasó de dar clases en una nueva normalidad con una rutina sanitaria a no poder trabajar. Luego a trabajar en una casa y finalmente a volver al club. Con todos esos obstáculos y soluciones inesperadas, el profesor logra cumplir su objetivo. Poder enseñarle al otro a como disfrutar de pegarle a una pelotita de tenis.

# PAYASO EN PANDEMIA

**Por Micaela Córdoba**

“Estamos llegando al final y les contamos que.. Los artistas callejeros hemos inventado un sistema, para que ustedes valoren nuestro espectáculo, para el que tiene y para el que no tiene. El que tiene colabora y el que no lo invitamos nosotros, pero no podemos invitar a todos. Para eso hemos puesto un valor simbólico a esta función, que es de cien pesos, el que no tiene cien pesos puede poner dos billetes de 50 y si no tiene dos de 50 le pide al que tiene al lado. Prefiero que no pongan y se queden a ver el último número a que me dejen solo. Entonces... primero voy a hacer la gorra de los niños... voy a poner la maleta al medio y los niños y niñas y niñes van y vuelven con plata, van le piden plata a mamá vienen y ponen, después van y le pide a papá vienen y ponen, el que más vaya y vuelva con plata gana!!! Así es... Después paso por los adultos... ¡quédense que se viene el último número! muchas gracias... somos la familia circopate!! Comienza la gorra de los niños en 10, 9, 8.. “

El discurso de la gorra en cada función de Circopate en Plaza Armenia es el mismo. La Plaza Armenia está delimitada por las calles Armenia, Costa Rica, Nicaragua y Malabia, por estas veredas, los sábados y domingos, funciona la feria de artesanías. La plaza tiene bastante espacio verde, dos plazoletas para los chicos, un sector para perros, distintos niveles y senderos, una fuente sin agua, y en el medio un espacio de paso bastante ancho como para hacer una función. Además, acompaña a ese espacio una loma de pasto donde suelen sentarse los espectadores. La apertura de bares y restaurantes en los últimos años y el crecimiento de la feria artesanal, han convertido a la plaza Armenia en un ícono de la zona, un punto de encuentro de vecinos (y de turistas antes de pandemia).

Hay alrededor de 50 personas viendo el espectáculo infantil. La mitad de los niños que están sentados alrededor de la pista ya saben de antemano lo que el payaso va a decir. La mitad de los niños son en parte hijos de artesanos y en parte vecinos que frecuentan la plaza los fines de semana. Van, vuelven, se chocan, se ríen, corren y ponen billetes en la valija del payaso. Las familias se divierten y esperan el último número de la función: el monociclo, el equilibrio, el payaso arriba de una sola rueda esquivando conos y saltando obstáculos.

Sebastián, el payaso, viaja de Barracas a Palermo en bici. Siempre en bici. Primero pasa por lo de Marta y luego se instala en la plaza. Marta vive sobre Scalabrini Ortiz, en un ph antiguo con un pasillo bastante grande, en el que guarda las cosas de casi todos los artesanos y artistas de la feria. Los sábados y domingos, a eso de las 9 am, Marta saca al pasillo las cajas carritos y valijas de los artesanos y al anochecer vuelve a guardarlas.

El payaso llega a las 14 hs y si Marta no está durmiendo lo atiende ella. “A la una (13hs) me tiro un rato, la siesta... pasa que me levanto a las 5 de la mañana a hacer el café, todos los días Nelson sale con el carro, a vender, después vuelve a salir a la tarde.” Le comenta Marta a Sebastián. Todos conocen a Nelson, el hijo de Marta; los feriantes, el payaso, el placero, el cuidador, el de la calesita, el de la florería.

Mientras charla con Marta sobre la economía en pandemia le comenta: “No encajo con lo virtual, no hice animaciones virtuales, no hice nunca una función online con un link donde aportar para una entrada o una gorra. ¿Quizás tenga que aprender? No sé. Espero que no. No me imagino animando un cumpleaños de un niño de 6 años por zoom. Lo real es presencial. Hacer una función para mirar a los ojos, recibir risas. A través de la computadora es triste”

Sebastián retira sus cosas en lo de Marta y se dirige a la plaza. Camina con un carro en el que apoya un equipo de sonido que debe pesar al menos 20 kilos, dos maletas que deben tener 15 años, un monociclo y dos bolsas de tela reciclada en las que lleva banderines, pelotas y platos chinos. Las calles están rotas pero llenas de bares y locales lujosos propios del barrio. Mientras camina observa los Sarkani, siente el aroma de Coffe Company, hace unos pasos más y pasa por Palermo Sushi Fabric, por la misma cuadra se cruza con el BMW y el de PedidosYa. Se mueve despacio por el peso que acarrea y una especie de tubo radiante lo calienta por un instante: la famosa calefacción externa que tienen los bares, ya queda media cuadra y saluda a su colega que está, como todos los findes, tocando el acordeón; esta vez libros de la buena memoria, una melodía spinetteana.

Llega a la plaza y se encuentra con Marcelo y Diana, apodada "Diana la guardiana", los placeros. Cada finde a las 14 hs esperan al payaso. Es casi una hora compartida antes de la función para charlar, ponerse al día, hacerse chistes. Carmen, que también trabaja todos los findes en la plaza, a esa hora ya tiene alrededor de 15 atriles y sillas pequeñas para que los niños se sienten a pintar.

"Ahora se armó un colectivo, se llama CUAC (cirqueres unides por las artes de calle) son artistas que se organizan para rotar en las plazas de capital".-les comenta Sebastián a los placeros-."Yo vengo a Plaza Armenia hace casi 10 años. Entiendo el ideal de rotar, de que se distribuya el laburo de manera equitativa, pero la verdad que la mayoría de los que incentivan la idea tienen auto para ir a hacer función a parque Saavedra por ejemplo. A mí de Barracas a Saavedra me va a salir mil pesos el uber, solo de ida. Hace 10 años vengo a plaza Armenia, hacía función mientras mi excompañera tenía una panza así. – dice mientras señala su panza-.estaba de 8 meses y venía a hacer función., vengo en bici porque guardo las cosas a la vuelta. Por eso no roto de plaza. De todos modos está bueno que venga otro payaso y las familias vean algo distinto. Si viene otro payaso queda tirar la moneda y ver quién empieza". Para Sebastián, el recorrido por el que se encuentra con Marta, Diana la Guardiana, Marcelo, y Carmen es casi un ritual.

La pandemia es la protagonista de la emergencia de artistas callejeros. El horario de funciones de circo en las plazas de capital es desde las 15 a las 18 hs aproximadamente y esto puede variar según artistas, condiciones climáticas y otros factores.

Sebastián charla con dos mujeres adultas, son madre e hija y se sientan cada finde a ver la función en plaza Armenia desde hace años, Sebastián ya sabe sus nombres, sabe que se van a sentar en los bancos que se encuentran cerca de la loma de pasto donde se ubica el público, son espectadoras, sabe que van a colaborar con la gorra y sabe que en algún momento una de ellas saca el celular y mientras hace una videollamada le pide que mande un saludo a su sobrina. Mientras charlan, Sebastián les comenta: "viví siempre del circo, durante el año en capital tenía espectáculos, funciones programadas, otras particulares, animaciones infantiles todos los días. Los veranos hago temporada en Salta y en otros tiempos en cruceros... y ni hablar cuando había presupuesto en el ministerio de cultura, viajábamos a todos lados con un colega. En el 2009 Circopate éramos cinco.. Ya hace 5 años cada uno labura por su cuenta, yo me quedé con el nombre de la compañía" les comenta mientras se ríe.

Afortunadamente, este fin de semana Sebastián puede hacer su función al aire libre y zafar de vender empanadas. Coloca banderines que van desde lo alto de la puerta de un espacio de juegos hasta el otro, enfrente. Abre una pista redonda y roja. Enchufa el celular al equipo de sonido y suena la música a modo de previa mientras atrae a

la gente. A su derecha coloca 4 clavas. En el centro y detrás de la pista deja la maleta, al costado izquierdo coloca el monociclo y va jugando con pelotas de malabares aún sin su vestuario: Sebastián aún no se convirtió en Carmelo, tal y como hace desde hace 15 años.

Carmelo tiene pantalón negro con detalles rojos, medias a rayas de los mismos colores, camisa roja y tiradores negros, un bombín que de vez en cuando se le cae y provoca carcajadas en lxs niñxs. La función arranca con dos entradas falsas y a la tercera continúa con malabares, lanzando hasta cinco clavas al aire, luego sigue un número de contac, (contac en circo es la manipulación de uno o más objetos por el cuerpo de forma fluida) en éste manipula una bola de vidrio mientras danza, pasa la bola por los brazos desde el hombro, la palma de la mano, la mantiene en un dedo. Sigue uno de los números principales: el de diábolo, se trata de lanzar el objeto (diábolo) muy alto y hacer que, cuando baja, encaje en una tanza que sostiene con sus dos manos, el público estalla a gritos y queda fascinado no solo por la manipulación del diábolo desde muy alto hasta que cae sino por diferentes trucos que el payaso realiza como pasar el diábolo, que sostiene con la tanza, por debajo de una pierna, por detrás de la espalda.. Carmelo es un gran diabolista ya que juega hasta con 3 diablos al mismo tiempo. Finalmente, luego de la gorra, cierra con un número de equilibrio usando el monociclo, Carmelo arriba de una sola rueda hace su rutina: esquivar conos y saltar obstáculos.

“En 15 minutos arrancamos con la función”, avisa Sebastián mientras dialoga con el público asistente: “¿qué tal familia como le va? los estábamos esperando”, “llegó Madonna, te extrañábamos Madonna, ¿cómo estás?” pregunta a una nena de unos 5 años, rubia con lentes rojos, habitué de los fines de semana, “hola chicos ¿cómo andan? acomódese por ahí” indica a un grupo de adolescentes señalando el pasto, “anda acomodándote que en 15 minutos arrancamos”.

# PIEL A DISTANCIA

**Por Delfina Garacho**

El olor a alcohol y lavandina se convierte en el aroma común. La fragancia preferida es aquella que nos hace sentir seguros: su fuerza es penetrante, se adhiere al cuerpo como el perfume más dulce sabor jazmín. Basta con una inhalación para que ingrese ese aroma que, aun cuando causa desagrado y genera picazón, goza de popularidad. Incluso a pesar de que ese intento por rascarnos la nariz sea en vano o se vuelva un movimiento torpe al toparnos con un pedazo de tela que lo impide. Es ese mismo pedazo de tela que logra que el olor no sea tan fuerte, es que ahora el mundo usa con normalidad.

El centro médico tiene en la entrada un cartel que dice "Prohibido ingresar sin barbijo", con un dibujo de una personita que lo lleva puesto. Todos llevan puesto ese pedazo de tela al que llaman barbijo o tapabocas. A un costado, detrás de un vidrio parecido a un plástico, hay tres recepcionistas. Noto cómo se encuentran en silencio y con la mirada puesta sobre la puerta de entrada, se siente cierta inquietud y cansancio en sus miradas, triste a la vez: los ojos se abren grandes y se prende una actitud de alerta hacia quien sea que ingrese sin barbijo. Primero, evalúan la adaptación a los protocolos; luego, sí, ingresan los datos de los pacientes que tienen turno de consulta médica. Dos vidrios divisores las mantienen aún más separadas (entre ellas, y de los pacientes que se recepcionan).

En la puerta, además, hay un señor alto y robusto, con traje de seguridad: lleva barbijo y guantes. En una mesita a su lado tiene un termómetro que, con sólo acercarlo hacia la frente, indica la temperatura de los pacientes que ingresan al centro. También en la mesita hay una botella de alcohol en spray con la cual rocía a cada persona que entra. Saluda amablemente a las personas, se lo ve animado pero cansado: en ocasiones, cuando el continuo de ingresos se detiene, se apoya contra la pared.

Paola tiene 42 años y llega al centro médico como de costumbre, ya que padece varias enfermedades: cardiovasculares, inmunológicas y dermatológicas. Lleva un abrigo puesto: afuera hace frío. Subir tres largos pisos por las escaleras con el barbijo que dificulta su respiración, hacen que hable entre jadeos:

- Detrás de la línea punteada, por favor -dice mientras la atiende una de las recepcionistas, que lleva barbijo y máscara. Se la ve incómoda tratando de acomodarla por detrás de las orejas. Sigue hablando y mientras habla se mueve la máscara con ánimos de acomodarla todavía mejor-.

La recepción de los pacientes se realiza conservando los dos metros de distancia y de forma sumamente rápida: el turno está ya visible en una pantalla de televisor, a la derecha de las recepcionistas. Paola va a ver a su médica dermatóloga, Martínez. Se sienta a esperar que la atienda.

Son pocos los minutos, pero se hacen lentos, el aire pesa. La sala de espera común del centro médico tiene muchos asientos, formados en fila, todos muy juntos y pegados. Pocas personas se sientan, la mayoría deciden quedarse paradas. Los asientos están, pero la gente no los usa. Y si lo hacen, se sientan en las puntas, casi al borde, o en rincones de ese espacio tembloroso, como si una sola gota de aire pudiera matarlos. Se utiliza cada metro cuadrado de la sala merced a la distancia. Cada uno con sus cosas: algunos perdidos en el televisor que indica los turnos, otros con la mirada fija

en sus teléfonos celulares, otros más que caminan en un deambular desesperante de una punta a otra. Hay quienes se preparan un café en la máquina que se encuentra al lado de la entrada, pero inmediatamente se los ve novatos en el hábito, o temblorosos por la mirada inquisidora de los demás: tomar un café se vuelve algo difícil, complejo, hay un barbijo que correr o sacar. Se nota la incomodidad: miran a su alrededor antes de hacerlo, miran a las recepcionistas, miran al señor de seguridad, que los vigila desde la puerta.

Todos en el centro médico dan pasos cansados, tal vez los de los médicos se vean más firmes. Mantienen un estado alerta, sus cuerpos parecen máquinas que dicen y hacen, que revisan e indican, pero no personas.

Antes, de la muerte, de la tragedia, de la desolación, del cansancio, había abrazos entre médicos y pacientes, más fuertes y más vitales cuando las noticias eran malas. Antes, cuando podían respirar, cuando revisaban y atendían sin esta distancia muchas veces tan cruel hacia sus pacientes.

- ¡Giménez! -grita la doctora asomándose apenas por la puerta de su consultorio.

Paola camina hacia la puerta con el cartel del número 3, a paso rápido e inseguro. Cuando está por entrar se frena: parece tener miedo. Otra vez el rito de iniciación, el temblor del novato. No se tocan ni se abrazan, y enseguida viene la orden:

- Sentate allá, en aquella silla Paola-. La dermatóloga lleva puesto al menos dos barbijos, una máscara y guantes. En una de sus manos tiene un frasco rociador de ese líquido de olor penetrante: atrás quedó en la manija de la puerta y, ahora, se evapora en las manos. Paola deja la puerta abierta, el húmedo aire frío que sopla afuera del consultorio ingresa como una ráfaga de salvación. Hace frío en el consultorio, pero se siente confortable. Los que esperan afuera rompen el silencio con sus insignificantes conversaciones.

La doctora Martínez atiende a Paola con la misma rapidez con la que habla, se sienta sobre su escritorio, o busca en su computadora la ficha. Revisa desde lejos con una mirada forzada cada centímetro de piel de la cara de Paola, que esta vez emerge del barbijo como cortada a la mitad. Martínez se toma la cabeza con las dos manos, como puede, la máscara no la deja hacerlo por completo. Hace un “no” con su mirada y su cabeza gira levemente de izquierda a derecha. Se la ve enojada por la poca visión que tiene desde allí, hacia su paciente.

- Mmm... a ver a ver, bien, por lo que veo desde acá seguimos igual, vamos a recetar otra medicación más fuerte, Paola -escribe desprolijamente en un papel el nombre del medicamento, busca el sello en el cajón, lo pone y deja el papel en la punta del escritorio, casi revoleándolo para no levantarse de la silla. -Cuando salís lo agarras, ¿sí?

- Bueno doctora, no hay problema -dice Paola, buscando la mirada de la doctora sin encontrarla: está fija en su computadora.

- Te espero en un mes, así vemos si funciona, acordáte de agarrar la receta -sigue sin mirar a los ojos a su paciente, se la nota incómoda en sus movimientos. -Ah... dejáme la puerta abierta por favor, ¡cuidáte!

Paola se levanta de la silla, agarra la receta con un movimiento seco y rápido para no tocar la superficie del escritorio, saluda a la dermatóloga y sale. Mientras deja la puerta abierta va sacando el alcohol en gel de su cartera y se lo pone en las manos ágilmente. Antes de salir, decide comprar un café en la máquina expendedora, ahora sí: afuera, al aire libre, puede tomarlo resguardada de la mirada de los demás. Puede bajarse el barbijo sin tanto miedo al peligro escondido en el aire.

En un constante desentendimiento de esa relación que antes era de cierta empatía y familiaridad entre pacientes y doctores, los diagnósticos médicos y las formas de tratamiento han cambiado. Las medidas preventivas vinculadas a la emergencia sanitaria trastocaron prácticas y hábitos del ejercicio de la profesión. Medidas de cuidado que se viven y, en ocasiones, se sufren. Pacientes como Paola salen del consultorio desolados y llenos de preguntas, buscando la mirada de un profesional que antes era casi un familiar y ahora se porta como desconocido. Se ve en las caras de quienes transitan centros médicos incertidumbre y frialdad. La pandemia afecta también los vínculos y lazos que antes eran habituales. Las distancias son incomprensibles. Inconmensurables.

En la parte de urgencias, ingresa un hombre alto, lleva carpetas y una bata de las que visten los doctores, en su brazo izquierdo. Se dirige al señor de seguridad, como si lo conociera: parecen tener confianza.

- Esto es un desastre, Miguelito -dice el que lleva la bata colgada del brazo.

- ¿Qué, pasó algo más hoy? -dice Miguel, el señor de seguridad.

- Tuve que sacarle el respirador a Pablo, el amigo del que te conté -dice con un tono apesadumbrado- No aguantó... lo hizo pelota en tres días, por eso hoy me tuve que ir para allá de urgencia, tenía algunos turnos acá y los tuve que cancelar.

Miguel toca el hombro del doctor rápidamente, apenas es un roce. La desinfección, la distancia, la rapidez son protagonistas: la emergencia es el peligro escondido en el aire. En un sistema de salud cansado, casi colapsado, los médicos enfrentan difíciles decisiones como la de optar entre personas a quienes salvar su vida, o entre personas a quienes atender o diagnosticar con mayor urgencia.

# LA EDUCACIÓN EN FOCO

# EDUCACIÓN VIRTUAL EN PANDEMIA: SE PUEDE APRENDER

**Por Yésica Caruso**

El comienzo del lunes -y de una nueva semana- encuentra a Ariana preparándose para retomar su rutina escolar. Su mamá, Karina, cuando logra levantarse tras el irritante sonido de la alarma de su celular, es quien se encarga de despertar a Ariana. Ella -dormida- balbucea "ya voy", en respuesta al cálido pero contundente llamado de su madre.

Su mañana comienza aproximadamente entre 07:30 y 07:40, dependiendo de cuánto le cueste levantarse ese día. Excepcionalmente, cuando ambas se quedan dormidas, se levanta cinco minutos antes de su clase de todos los días, la cual inicia 07:50. Una vez ya despierta, se dirige al baño, se lava la cara y arregla rápidamente su peinado antes de ir a sentarse en el escritorio ubicado en la habitación de su madre y padre, donde transcurre la jornada escolar de todos los días.

La rutina de Ariana anterior a la pandemia consistía en levantarse temprano, arreglarse y ponerse el uniforme para ir al colegio Nuestra Señora del Líbano, ubicado a tres cuadras de su casa. Una vez allí, debía pasar cinco horas sentada en un mismo banco con la atención puesta en la maestra, quien se encontraba al frente del aula. Además contaba con un descanso de media hora distribuida en dos momentos durante toda la jornada.

Ahora, con todas las resignificaciones de "lo virtual" y con un contexto pandémico de por medio, todo el orden que podría apreciarse en la descripción anterior dejó de existir en su totalidad. Sin embargo, a pesar de los cuestionamientos que puedan presentarse en relación a las clases en pandemia, la virtualidad en este tiempo le dio la posibilidad a Ariana, como a otras tantas niñeces, de tener una continuidad en su aprendizaje de la escuela primaria.

El frío de la mañana, de las habitaciones heladas porque alguien olvidó cerrar bien las ventanas hacen que el pijama no sea suficiente, entonces debe agregar algún buzo o campera a su atuendo, acompañada de una bufanda que calme el frío, "de locos" describe Karina.

Le cuesta arrancar, el famoso "despegar la cara de la almohada" y prender la computadora que se encuentra encima del escritorio. Durante la espera hasta que sea el momento de ingresar a la clase, va sacando de su mochila violeta sus útiles: una cartuchera de unicornio violeta y plateada con lentejuelas reversibles -que combina con la mochila- y la carpeta que corresponda según las materias que tenga en el día. Hoy tiene matemática así que debe usar la carpeta lila. Mientras tanto, su mamá le acerca el desayuno de todos los días: en su taza de unicornio (que le regalaron como souvenir de Villa Gesell) tiene el mate cocido de siempre y, para acompañar, algunas galletitas pepas.

-Gracias má... -dice Ariana sosteniendo la taza.

-De nada mi vida -responde Karina mientras le acomoda el pelo-. ¿Ya es la hora? -añade-.

Ariana espera que pase uno o dos minutos de 07:50 para no ingresar y estar sola con la seño, situación que pareciera incomodar bastante; mientras se queda tomando su mate cocido. Cuando la maestra de cuarto grado admite su ingreso a la videollamada por Zoom se pueden escuchar los "Hola" provenientes de toda clase de voces,

con volúmenes más altos y otros más bajos. Ella, un tanto entusiasmada y otro tanto dormida, se suma al saludo colectivo con un "¡Holaaa!", que prolonga por tres segundos.

Por más de ser una nena de nueve años bastante tímida, Ariana en las clases es muy participativa y cumplidora. Sin embargo, ni ella ni su familia entienden cuál es el problema por el que la maestra no la escucha, aunque sus compañeras y compañeros sí. Sus auriculares con micrófono incluido están bien conectados a la computadora y su volumen de voz es bastante elevado como para que se la pueda escuchar correctamente. Esta situación frustra a Ariana, cuando la maestra le hace preguntas o ella intenta participar pareciera que, debido a la dificultad del micrófono que se interpone, no tiene intención de hacerlo. "No me escucha", se lamenta.

De todas formas, pareciera que este problema no es únicamente con ella sino que a otros de sus compañeros les pasa igual. A partir de esto, Ariana junto con su madre pudieron deducir que quizás se trate de algún problema de los dispositivos de la maestra.

La carga horaria de las clases, si bien no es demasiado larga, es un tanto agotadora para tratarse de la adaptación a una nueva rutina: al final de las clases curriculares diarias de 07:50, 08:30 y 09:10, Ariana tiene un descanso de algunos minutos hasta las clases de 10:40 los días lunes, martes y jueves. Excepcionalmente falta a algunas de estas últimas clases, como podría tratarse de educación física los lunes o de inglés los jueves.

"Estoy muy cansada", se justifica. Karina, quien siempre la ayuda y está pendiente de que asista a las clases virtuales y cumpla con sus deberes escolares, de vez en cuando cede y le permite saltearse alguna clase. Este martes, por el contrario, debió asistir a la de inglés.

-Nos dejó una tareita pequeña -le cuenta a su hermana y a su mamá al finalizar la clase.

-Dale, ¿qué hay que hacer? -pregunta la hermana-. Yo te ayudo y lo terminamos rápido así ya te lo sacás de encima.

Los días que no tiene clases de las especiales (modo interno en el grupo escolar y familiar de referirse a materias como música, educación física o inglés), es decir miércoles y viernes, son aquellos días donde Ariana decide completar las tareas durante la mañana, tras un descanso luego de la última clase de las 09:10.

Recorre el trayecto de -aproximadamente- cinco metros desde el escritorio hasta el comedor o la cocina para consultar detalles de las tareas con su mamá. Otras veces, en lugar de ir a sacarse las dudas con su mamá, se dirige hacia la cocina para agregar alguna fruta u otra colación a su primera comida del día, ya que han pasado varias horas desde que ha tomado el desayuno (el mate cocido y las galletitas).

En algunas ocasiones se demora más de lo estimado en volver y retomar sus deberes por haberse distraído con Emma, la gata de la familia. Esta suave felina blanca, con manchas grises sobre sus orejas y su cola, no es muy cariñosa como suele esperarse que sean las gatas y los gatos, pero cada vez que Ariana la ve durmiendo o se la encuentra al pasar no puede evitar acariciarla o hacerle mimos, al igual que casi toda la familia. Menos el padre, Damián, quien no es para nada amante de los animales pero, sin embargo, logró tomarle un mínimo cariño a Emma.

Definitivamente la mayor distracción que tiene Ariana es el celular. Un pequeño dispositivo donde cuenta con varias aplicaciones, entre ellas WhatsApp, donde también tiene varios grupos que comparte con sus amigas de la escuela y arreglan sus momentos de juegos virtuales o, a veces, comparten sus experiencias con la tarea. Con cierto temor a que le diga que no, Ariana corre hacia su madre diciendo:

-Me están llamando las chicas, ¿puedo jugar un ratito chiquiiito?

-Bueno, pero un ratito hasta que esté la comida...

Y Ariana se retira saltando felizmente, dirigiéndose hacia la computadora y, a su vez, atendiendo la videollamada de sus amigas por el celular.

Una vez transcurrido el momento del juego y luego del almuerzo, en el horario de la tarde, la estudiante se predispone a continuar con los deberes de las materias que le quedaron pendientes.

Al principio le cuesta retomar sus actividades, pero con algunas presiones, sobre todo para respetar el próximo horario de juego con sus amigas, Ariana "se pone las pilas" y trata de terminar todas sus tareas lo más rápido posible.

Un videojuego llamado "Roblox" parece haber cautivado las tardes de niñas y niños de entre siete y trece años, aunque, en el caso de Ariana, le permitió mantenerse comunicada y entretenida durante la cuarentena con sus amigas y amigos: el horario pautado para conectarse a jugar que el grupo estableció es de 18:00 hasta la hora que les permitan sus familias (la cual no pasa más de las 21:00). Además del pequeño período de juego que tiene algunas mañanas entre los horarios de clase, las tardes de juego online son los momentos favoritos de Ariana: cuando sabe que ha finalizado todas sus tareas y se dispone a hablar por videollamada con sus amigas mientras juega Roblox hasta que sea la hora de la comida.

Por otra parte, su mamá siempre destaca que Ariana es muy inteligente y responsable, y que no le cuesta comprender las tareas que le dan para completar o los temas que se ven en cada materia. Sin embargo, carga con cierto nivel de inseguridad que la hace demorarse bastante al momento de hacer algunas actividades que pueden ser simples o no presentar mayores dificultades.

"Entonces, ¿qué pongo?" "¿Qué hago?" "¿Está bien así?" son algunos de los interrogantes que Karina y Camila (su otra hija) están más acostumbradas a oír.

Estas dificultades también son producto de la frustración de Ariana: por haber tenido un día agotador en cuanto a las clases, por algunas tareas exhaustivas o simplemente por haber tenido un mal día, algo que le puede suceder a cualquier persona. En estas situaciones, su familia suele contenerla y apoyarla, pero hay ocasiones en donde tampoco han tenido un buen día y se genera un contexto de tensión, de enojo y, sobre todo, de estrés: no es suficiente para un integrante de esta familia "aguantarse" las frustraciones e incomodidades propias sino que, en un contexto pandémico de aislamiento social, también debe soportar esos sentimientos provenientes del resto del grupo familiar.

Mientras señala la pantalla de la computadora en donde se encontraba uno de los problemas matemáticos que debía resolver para completar la tarea del día, y con un tono de resignación, Ariana protesta:

-¿Cómo se hace esto? ¡No me saleee!

-¡Pero lo leíste una vez y ni siquiera intentaste entender la consigna! -responde su hermana con un tono poco paciente.

Los malos humores que Ariana pueda desarrollar en base a un día agotador por las clases virtuales, tal como le puede suceder a su hermana con la facultad o su madre y padre en el ámbito laboral, son contagiosos en el hogar: se produce una suerte de "efecto dominó" en donde quién sabe cuándo y cómo finalizará...

# ECOS DE UNA PRIMARIA TRANSFORMADA

**Por Micaela Gueler**

Un grupo de palabras gramaticalmente mal dichas en inglés que confluyen de forma rápida y repetitiva, intentos alborotados de contestar y ganar un juego interactivo en la primera hora de la jornada.

-¿Tijera? ¡Esta es tijer!

-Copy... copy... ¡copybooklet! ¡Sí! Es copybooklet.

Por más que el aula se encuentra más vacía que de costumbre, los gritos de participación dan la sensación de una mayor cantidad de estudiantes que los allí presentes. Los bancos se habían movido previamente para realizar esta actividad con el proyector: una ruleta virtual muestra el útil escolar a nombrar. Son ocho chicos y chicas mirando el proyector a lo largo de una sola mesa extensa, producto de la unión de varios bancos. Por el número de los presentes y por como ya estaban previamente sentados, son agrupados por género. El incentivo para participar: la obtención de un puntaje.

La batalla se lleva a cabo en un sinfín de respuestas intencionadas para el logro de la victoria; todo primer grado (aquellos ocho chicos y chicas) busca en la mirada y las palabras de las teachers la aprobación y, en consecuencia, la obtención de un nuevo punto.

Tras el fallo, la ruleta presenta otra imagen: el dibujo de un nuevo objeto escolar. La teacher vuelve a preguntar, en inglés y en castellano: -¿Cómo le decimos a...?. Silencio.

Con el aula dividida en dos, el grupo de las chicas piensa la posible traducción de "lapicera", mientras que los chicos cuentan con mayores distracciones. Manu de a ratos permanece tildado en algún pensamiento externo a la jugada; guiado, en parte, por el sueño que supone un martes a las nueve. Omy y Enzo se distraen charlando entre ellos, jugando con juguetes y muñecos que trajeron de sus casas. De a momentos Enzo también muestra cierto estrés, se lo ve ansioso por la desventaja que poseen los chicos en relación con el puntaje obtenido por las chicas: le comenta al resto de sus compañeros la imposibilidad de igualarlas. El último integrante, Andy, se rehúsa a contribuir en el juego, apoya su cabeza en la mesa y cada tanto indica su descontento.

-Estoy angry. ¿Cuánto falta para el recreo? Quiero desayunar -dice mientras frunce su ceño, llevando sus cejas hacia sus ojos entrecerrados y arrugando su nariz. Este último gesto hace mover levemente su barbijo pero son sus ojos los que muestran su reacción: no quiere ver lo que ahí está pasando.

-Andy, recién empezamos la clase hace poquito, falta para el break. Andy se cruza de brazos y, manteniendo su "angry face", nuevamente ampara su cabeza en la mesa. Cada tanto, las teachers presentes otorgan pistas y alientan a los estudiantes de ambos equipos para resolver y dar cierre a la actividad.

En esta clase se muestra cierta heterogeneidad y disparidad entre los estudiantes y las familias que asisten a la escuela: la mitad de los estudiantes falta hoy por voluntad de las familias en el marco de las decisiones en materia de política educativa y el contexto de emergencia sanitaria. La presencialidad en las escuelas, marcada por una disputa entre el gobierno porteño y el nacional, es motivo de debate dentro de la escuela, dentro del aula, dentro de las familias y dentro de la sala de profesores, incluso en los

momentos de “recreo”.

En un mismo patio que conecta las aulas de los grados iniciales, primero y segundo comparten recreo en espacio y tiempo los martes a las 10 y a las 11 de la mañana, durante quince minutos. Distintos tipos de autoridades se encuentran presentes para cuidar la distancia física y la circulación de los chicos, así como distintas charlas florecen entre miradas que velan por el funcionamiento “protocolizado” de los juegos que los chicos y chicas realizan. Un grupo de teachers y la coordinadora conversan sobre lo recientemente presenciado en la sección de primer grado:

- Qué pocos fuimos en la clase de hoy.

- Sí, es que ahora está en la decisión de las familias que vengan al cole en presencial, hay varias familias que tienen personas de riesgo...

- Suerte que Diana se pone al tanto de la situación y nos avisa. Hubo muchos cambios en estas semanas, primero nos dicen que se cancela, después que se vuelve a presencial...

- Encima los chicos están agotadísimos...

- Y encima los padres se están quejando. Tuvimos reunión de padres en diferentes grados y recibimos quejas sobre que debería haber más horas de clase, en especial de inglés. No sé de dónde quieren que saque más horas, los profes no pueden estar dando clase presencial y a la vez Zoom para los que no pueden venir, y después a la tarde dar más clases, subir la tarea, corregirla... no se puede.

Cada tanto ciertos chicos y chicas de los que no vienen en presencial aparecen en el cole, en la clase, cuando la situación de contagios parece estar un poco más tranquila. Simona es una de ellas: las semanas pasan, hasta que se vuelve a presentar el martes a inglés. Entra al aula con una gran sonrisa, saluda a sus maestras y charla con una de sus compañeras. Antes de que la clase comience, pregunta qué pasó con una de las actividades del booklet. La teacher le comenta que aquella actividad se hizo la semana pasada en presencial y que las respuestas fueron subidas al tablón de clase. Luego, al revisar el cuadernillo de Simo para entender en cual situación estaba, observa que algunas actividades, incluso páginas enteras, se encuentran vacías o a medio completar. Una de las teachers le sugiere a Simona continuar con la clase de hoy, así no se atrasa respecto de sus compañeros.

La teacher comienza por saludar al grado, preguntarles cómo están y dejar unos minutos de charla entre ellos. Como de costumbre, les pide que saquen de sus mochilas el cuaderno y el cuadernillo y que empiecen a copiar la fecha al igual que el título de la actividad. Lo repite dos o tres veces para que todos los presentes logren lo requerido, algunos nuevamente “tildados” en algún pensamiento ajeno a la clase, otros sobrepasados de una energía inexplicable para las horas tempranas de la mañana.

- Es mucho, son muchas palabras -menciona uno de los estudiantes luego de haber escrito “Today is”.

- Dale Omy, I know you can, intentá escribir esa oración y ya arrancamos con una de las actividades del booklet.

- Ellos no eran de copiar casi nada cuando tomaban la clase por Zoom. El año pasado fue complicado, aún más para introducirles el idioma -asegura, sobre las situaciones observadas en la clase de idioma, la coordinadora de inglés.

Para cuando el recreo llega, sucede lo mismo que cada martes a las 10 y a las 11 am. Gritos, miradas, corridas en simultáneo. Un ¡Joaquín, Joaco, tranquilo no corras tan

rápido! (aunque frenar a ese chico de segundo grado a veces se torne imposible), seguido de muchos “Joaquines”, cuya energía no parece agotarse y cuyas voces se entrelazan formando barrera a toda charla fluida.

- ¡No las...!

- ¡Sofi es mancha!

- ¡Es Agus!

- ¡Tengo la llave!

Junto a ellos y su accionar se erige la vigilia del adulto para que no se lastimen, aunque siempre alguno cae, se tropieza o se raspa, pero todavía más para que mantengan una módica distancia de ese mundo de roces, contacto y tironeos. Hay quienes se sientan a comer el desayuno: ese es el único momento donde los chicos se sacan el barbijo con autorización. Se escuchan en paralelo ecos y sonidos variados por la leve distancia y el uso de la llamada mascarilla.

- Tapate la nariz porque si no el coronavirus puede venir, dale Dante.

- ¿Y el barbijo?

- Isa y Sofi, ¡tienen mucho frío sus narices!

La distancia física que deben guardar los estudiantes entre sí es una regla compleja para cumplir: abrazos inesperados transcurren a lo largo del primer y segundo recreo. Chicos y chicas que primero juegan con cierto pudor, luego terminan por abrazarse; algunos abrazan sorpresivamente a sus docentes, y estos no tardan en preguntarles cómo están y recordarles que los quieren. En este receso, tres maestras vuelven a conversar acerca de la situación sanitaria, una ronda devenida a medialuna. Charlan mientras toman café con leche, en una esquina del gran patio, sin sacar los ojos de encima de los movimientos de los estudiantes. Un comentario se destaca antes de que se corte la conversación y se dé por finalizado el espacio de juego en el patio:

-Me da bronca, porque de todo el colegio, es la única profesora que tiene las dos dosis e igualmente decide dejar de venir a dar clases presenciales -menciona una teacher que mueve sus manos a la par que habla- y muchos de nosotros ni tenemos la primera vacuna.

El recreo de a poco va concluyendo y docentes, teachers y coordinadores van llamando a sus grupos para entrar a las aulas y dar inicio a una nueva clase. Los gritos y voces no decaen sino que persisten, aunque pierden densidad.

Segundo grado está por comenzar su clase de inglés, la teacher espera a que todos estén en sus respectivos lugares y conversen un poco para calmar la adrenalina adquirida por los juegos del recreo. De a poco la maestra pide silencio, pasa por los asientos de los estudiantes para recordar que saquen de las mochilas la cartuchera, el cuaderno y el cuadernillo. Uno de ellos se levanta de su banco y pasa por donde están sentados sus compañeros con un alcohol en gel en mano.

- ¿Qué pasa, Camilo?

- Profe, acordate que cuando llegues tenés que ponerte alcohol.

# LA EDUCACIÓN (Y LA VIDA COTIDIANA) EN PANDEMIA

**Por Lucas Abeldaño**

Son las 7:00 am de un lunes por la mañana y -al igual que todos los días hábiles en pandemia y aislamiento social- suena la alarma desde el teléfono celular en un dúplex de la localidad de San Antonio de Padua.

La luz entra por las ventanas de la casa, acompañando el comienzo del día y marcando el inicio de la jornada de Luciana y Felipe.

Luciana, madre de tres hijos, es maestra de jardín de un colegio privado de Castelar. Se levanta y organiza las tareas previas al comienzo de la clase, en el marco de la modalidad virtual, formato que se repite en toda la provincia de Buenos Aires.

Se viste tal y como si saliera a trabajar, pero va a la planta baja de la casa. Allí pone a calentar el agua y prepara su mate, con el que comparte más tiempo del habitual desde que trabaja en su hogar.

Allí comienza el contacto con las pantallas y los dispositivos. Revisa el teléfono, encuentra esos mensajes "indispensables" para el desarrollo del día y sus actividades. Tiene mensajes -de sus pares, otras docentes- y de sus superiores -directoras-.

A su lado, una mesa con cuatro sillas es su base de operaciones. Allí dispone de su computadora, su carpeta colorida y del resto de los materiales que necesita para llevar adelante la clase virtual.

Dos años atrás, en 2019, en lugar de una mesa con cuatro sillas la rodeaban muchas mesas, con muchas sillas, con muchas personitas en un mismo lugar, dispuestas a compartir y aprender en el contacto directo, sin dispositivos mediando ni tutores que los ayuden a conectarse.

Abre la computadora y empieza a prepararse para las clases y reuniones que va a llevar a cabo a lo largo de la mañana, tarde y noche. Previo al comienzo de la clase, se levanta a buscar el guardapolvo, prenda característica de las maestras.

En él confluye gran parte de la identidad de una maestra. Esto se ve en su forma de actuar y vincularse con el resto, distanciándose, al menos mínimamente por ese rato, de ella como persona singular, para ser plena y exclusivamente docente o "la seño" para sus alumnos y alumnas.

Antes de comenzar el encuentro virtual con los niños y niñas, habla con la docente ayudante y profesores de otras materias (como música y educación física) para establecer la organización de la clase.

Cuando sus alumnos y alumnas de apenas 3 años se unen con la ayuda de sus tutores, a Luciana se le dibuja una sonrisa en la cara. Una especie de fascinación invade su cuerpo y despega sus angustias y hastío. Sólo piensa en dar la mejor clase posible, con cariño y entusiasmo.

Los niños se encuentran en la clase -virtual- dibujando y pintando la bandera Argentina. Cada uno desde su casa, acompañados de música acorde al tema. Luciana, conmovida y un poco emocionada por la situación, le dice a sus alumnos: "son más lindos", visualizando en su pantalla a pequeñas personitas concentradas en la actividad.

Bautista (alumno)- "seño, seño, seño..."

Luciana (docente)- “¿qué pasó Bauti?”

Bautista (alumno)- “te quiero”

Y al escuchar esas dos palabras, Luciana se llena de felicidad. Pese al contexto, siente que su profesión la gratifica, que su tarea sigue siendo importante y que no ha perdido su sentido.

Entre canciones y banderas, intenta despertar a su hijo menor, Felipe -de once años- para que inicie sus actividades escolares. Igual que ella, con pantallas, tecnología y dispositivos, pero en otro ambiente de la casa. Para el uso de la notebook se van turnando a lo largo de la mañana, en función de los diferentes zooms y tareas que deben realizar.

Con cansancio, agotamiento y frustraciones transitan los cinco días de la semana en que se producen las clases virtuales, tanto en el rol de docente, como en el rol de alumno.

Los días de Luciana y Felipe transcurren interceptados por las reglas de la virtualidad y el zoom: “Bueno ahora se corta, pero rapidito nos conectamos con el profe Martín”, indica Luciana; “¿Y, Bruni, qué pasa?¿Se quedó congelado?”; ”¿Qué pasó con Cata? ¿Está dada vuelta? Me mareo...”; ”Felipe, ¿te anda bien internet?(dirigido a su hijo que está en clase simultáneamente), porque a mí me está andando mal”; ”A ver, ¿ahí me ven?,¿me escuchan? Bueno, yo los veo poco pero igual les voy a contar que...”; ”Me escuchan Andre? Hay dios que mal me anda internet hoy”; ”Bueno al parecer hoy tenemos un día con problemas de internet, en la reunión no pasó nada, ahora en clase pasa todo”.

Durante las mañanas Felipe se conecta con sus amigos, desde la computadora con aplicaciones de comunicación virtual, y desde la PlayStation, con juegos y charlas. Busca, de alguna manera, reemplazar ese contacto presencial. A su vez, utiliza más tiempo las pantallas, se vuelve más sedentario y dependiente de ellas para el quehacer de su vida diaria.

Se encuentran en una constante espera de un posible futuro mejor, con imágenes traídas de lo que un pasado supo ser, pero con la incertidumbre de no saber cuándo ese futuro “mejor” aparecerá, siendo que hoy las reglas de juego -por el impredecible virus- cambian constantemente.

La nostalgia, en consecuencia, es la emoción que prima en Luciana y Felipe. Los lunes, esa sensación se acentúa y se ve reflejado en rostros de desgaste, impotencia y molestia. También en sus palabras: “no se puede más así”, “se hace lo que se puede”.

Y es que no logran desconectar. Luego de las respectivas clases sincrónicas se ven obligados a seguir sentados en el mismo lugar, frente a la misma pantalla, realizando más tareas y actividades: planificaciones, reuniones, pruebas...

A las doce del mediodía, cuando ambos ya dan por terminada la jornada, culminan con “descansos”, en el Smartphone en el caso de Luciana o en la PlayStation en el caso de Felipe.

Dado que la “vida social” la llevan a cabo a través de la virtualidad lo que realizan es un “switch” de dispositivos, el pasaje de uno a otro, logrando que tengan pocos momentos de desconexión.

Lo que parece materializarse en esta nueva realidad, en esta nueva cotidianeidad, es lo que conocemos y solemos denominar “alienación”, aquella sensación (o no) de desposesión de uno mismo.

# 25 HORAS AL DÍA

**Por Ariadna Jara**

La profesora se levanta a las 8 de la mañana. Tenía clases a las 7 pero decidió no conectarse: es una pérdida de tiempo, ningún estudiante se conecta a la clase, lo sabe por experiencia. Sube la estufa, está fresco. Se sirve el café que alguno de sus hijos hizo e intenta despabilarse.

Pasado un año de experiencia como educadora en pandemia, delimita como puede su horario de trabajo. Por ejemplo, no contesta mensajes de estudiantes y familiares los fines de semana. Es lunes. Abre la computadora en la misma mesa donde toma el café. Abre el mail y el WhatsApp: sus principales herramientas de trabajo. Hay una entrega de un trabajo integrador a las 23 horas del viernes pasado en un chat de WhatsApp, es un número sin agendar, en su foto de perfil hay una cara de mediana edad. La profesora frunce el ceño, abre el archivo Word y ve un nombre. Rápidamente recurre a su lista de estudiantes y lo reconoce. Suelta una risa irónica y vuelve al mail. Hay un link de invitación de colegas docentes para una reunión virtual para hoy a la tarde.

Son las 9, prende la radio, ese habitual ruido de fondo. ¿Será por eso, por lo habitual y por lo ruidoso, que no se entiende si no le está prestando atención o si le está prestando demasiada? ¿O será que pone la misma cara cuando presta atención que cuando no lo hace? Pone el lavarropas. Algunos de sus hijos están en clase y otros durmiendo. Eventualmente se cruzan con ella en la cocina o el living, donde se encuentra la mesa de trabajo. Es, en realidad, un espacio que se arma y desarma, la luz del sol que entra por el ventanal descubre los cambios a lo largo del día. Mesa de desayuno, desarme. Mesa de trabajo, desarme. Y así.

Ya es mediodía, uno de sus hijos se encarga de hacer el almuerzo mientras la profesora termina de preparar la clase de las 13. En la mesa al lado de su computadora portátil tiene un cuaderno que tiene, también, diversas funciones. Parece un acta escolar, pero sin la parte "legal": es más bien como un ayuda memoria, un diario y agenda. Ahí tiene anotadas las listas de estudiantes, la situación de cada uno, fechas importantes. Tiene más de cien estudiantes dispersos en tres o más escuelas, es difícil seguir la cuenta. Recuerda, aunque hoy de clases en pantuflas, que las escuelas son del Estado y están ubicadas en zonas periféricas de San Isidro, cerca de barrios carenciados donde paradójicamente muchas veces ese mismo Estado no termina de llegar. Es común que se encuentren entre los familiares de los estudiantes, personas privadas de su libertad, familias que viven la diaria, que no llegan al ingreso mínimo, vital y móvil, experiencias familiares poco o nada idílicas. La profesora está al tanto de todas estas situaciones, aunque no las anote en su especie de acta escolar. La escolaridad virtual borra casi todo rastro de contención que una profesora pueda ofrecer.

La clase de las 13 empieza, se conecta "en punto" previamente haberlo recordado por el grupo de WhatsApp que tiene con sus estudiantes. Le toca un primer año del secundario, por eso se la ve entusiasmada o expectante: según dice, usualmente la atención de los estudiantes en las clases virtuales desciende a medida que avanzan los años escolares. Son las 13:20, hay cinco alumnos en el meet, menos de la mitad de los chicos que tiene anotados en su lista. Se suma otra más, aunque duda en aceptarla porque el nombre de su usuario es diferente, aunque tiene el mismo apellido. La host recuerda que el nombre de usuario es otra de sus estudiantes, una hermana de la que tiene en la lista, pero que cursa otro año distinto. La falta de conectividad, el tener que

compartir los  dispositivos entre hermanos o familiares, son situaciones conocidas. Pero tampoco se descarta el desgano, la viveza y las mentiras en la lista imaginaria de posibilidades.

La profesora está sentada sola en la mesa grande del living de su casa, intentando construir una conexión con rectángulos de pantalla, videos entrecortados, voces en off con iniciales de un nombre. La modalidad educativa virtual se muestra un tanto alienante. Parece que se pierde cierta fluidez, el intercambio verbal es corto e individual, con un estudiante a la vez.

Luego de conversar, resolver dudas y retomar la explicación de un tema que empezó a explicar la semana pasada, termina la reunión virtual. No logra dar la clase completa: entiende que sus estudiantes no pueden estar tanto tiempo enfrente de una pantalla, que van abandonando la clase.

Son las 14:30, abre la heladera y se recalienta la comida que sobró del almuerzo que preparó uno de sus hijos. Posa su atención en la pantalla chica del celular, contesta mensajes. -Deja eso ahí que ahora me siento a comer -le reprocha a uno de sus hijos. Se desarma la mesa laboral, se arma la mesa de un almuerzo tardío.

Retoma su trabajo de corrección de actividades, enciende la computadora, mientras rellena su cuaderno hasta la próxima clase. Son, ahora, las 16, quedó atrás el almuerzo y la mesa vuelve a ser su escritorio: clase de cuarto año. Pasan cuarenta minutos y nadie se conecta, la profesora sale de la reunión. Pero no desarma su mesa de trabajo: le falta unirse a un Meet de colegas a las 17. A este Meet se une con desgano. Le parece algo innecesario, pero más que nada agotador, en tanto implica que ella siga sentada en una silla frente a una pantalla que requiere atención constante. Sale antes de la reunión para seguir corrigiendo trabajos.

Son las 18:30. Los ojos de la profesora se ven, detrás de sus lentes, hinchados y cansados: reuniones virtuales y trabajos prácticos corregidos mediados por la pantalla. Sigue descifrando caligrafías en las fotos de hojas manuscritas tomadas con desgano por algunos de los estudiantes. Afuera de la casa, el cielo está atardeciendo. Se decide por tomar un descanso. -Poné la pava, porfas -le indica a uno de sus hijos en la cocina. De la pantalla mediana de la computadora, traslada su vista a la pequeña pantalla del teléfono. Contesta mensajes de estudiantes, de colegas y/o de familiares de estudiantes. La pava chilla, uno de sus hijos apaga la hornalla, la profesora se desconcierta y se desconecta de la virtualidad por un breve momento. Lleva el equipo de mate a la mesa del living, armada ahora como mesa de merienda. En el trayecto, agarra el control remoto. Al sentarse en la mesa, abre Netflix en la gran pantalla del televisor. Pone una telenovela y se ceba un mate. Al cabo de algunos minutos, su atención a la gran pantalla se dispersa y se vuelve a enfocar en la pantalla chica: noticias sobre la vida de algún estudiante, preguntas de algún colega, avisos institucionales de alguna escuela. La telenovela sigue en transmisión en la gran pantalla, la profesora vuelve su atención a la televisión y pone stop con el control remoto. Se agarra la cabeza sin despegar la vista del teléfono y exclama un sonido de angustia. Sus hijos se percatan de la situación y alguno pregunta -¿Qué pasó? En la conversación que mantiene con sus hijos, ella les cuenta que una de sus estudiantes perdió un familiar cercano por Covid-19, y cómo estas situaciones amargas condicionan su accionar como docente aún más que tan sólo la virtualidad.

Alguien la llama, ella dice que es la directora de la escuela y da a entender que la llama por el caso de esta estudiante en particular. Se levanta y se dirige a su habitación, donde se encierra para contestar la llamada.

Pasadas las 20 horas, sale de la habitación y se prepara un té. Su cuerpo cansado y con la misma ropa cómoda desde la mañana, se tira en la única silla ergonómica de la mesa. Suspira. Retrasa la telenovela y le pone play. Se rasca la frente, intenta prestar atención, su cara denota agotamiento y angustia. Su día todavía no termina.

La computadora abierta y el plato vacío de la cena siguen juntos: son las 22:45 horas. La profesora intenta aprovechar su última gota de energía trabajando. Ya no se entiende si está preparando una clase o corrigiendo, o todo junto. El ambiente se rellena de una sensación densa. El trabajo se torna interminable, eterno. ¿Existe tiempo suficiente para que la profesora termine todas sus tareas laborales? Vuelve a prepararse un té y piensa en voz alta: "Tomo esto y me voy a acostar". Nada más alejado de la realidad.

Hacia la medianoche y todavía un poco más, cuando, dice, siente que su cerebro no puede funcionar más, cierra la computadora. Apaga las luces.

La mesa del living, los dispositivos electrónicos y la profesora, descansan.

# LAS PREGUNTAS ABIERTAS

## SISTEMA MÉDICO Y COVID: ADAPTACIONES

**Por Guadalupe Losada**

Mónica es paciente oncológica, afiliada a la Corporación Médica de General San Martín, en el conurbano bonaerense. Sabe que cuando la categoricen como paciente oncológica la cuota mensual se va a incrementar. Tiene experiencia con obras sociales y cáncer, es la tercera vez que va a pasar por quimioterapia. Advierte que todavía no llegan los resúmenes de las tarjetas o que su pareja se los está ocultando para que no se angustie. Averiguó sobre la ayuda económica que ofrece el Estado para tratamientos de cáncer pero, dice: -Hay que hacer mucho papelerío para todo y los turnos no te los dan más. A la mamá de Sol la están haciendo esperar seis meses para una radiografía -agrega sobre una familiar lejana que también es paciente oncológica y no posee ninguna obra social.

Esta mujer de 48 años, que empezó la cuarentena yendo a reconocer el cuerpo sin vida de su padre al Hospital Argerich, gestionando los permisos correspondientes para poder cruzar la General Paz en medio del caos, hoy entiende ese miedo que su papá tenía de ir al hospital -había pasado una semana sin moverse de su casa comiendo ajo crudo por no ir a la guardia donde "estaba el bicho", antes de fallecer de un paro cardíaco y de dar negativo de Covid-19 en la biopsia-, entiende el pánico que engendra un virus y su relación con la desconfianza que implanta en el sistema de salud. ¿Es el virus lo que colapsa el sistema? Lo que parecía un nuevo tumor, que significaba una nueva biopsia y un nuevo encierro en "la Corporación", fue cancelado por una saturación del centro médico: -Una chica entró embarazada y salió con él bebe mientras yo esperaba -recuerda Mónica.

Su primer contacto con "la Corporación" fue cuando ingresó en terapia intensiva tras presentar un cuadro que le impedía mover el cuerpo a su voluntad. Un tumor entre el cerebro y el cráneo le había provocado una inflamación, causante de la falta de control, a lo que después se agregarían dificultades en la vista, coordinación, equilibrio, habla y otras capacidades que olvidamos o ignoramos hasta que las perdemos. Mónica prefirió quedarse en el piso de terapia intensiva a pesar de los casos de Covid porque el personal pone especial cuidado en su desinfección: -En terapia intensiva estamos los que tenemos el sistema inmune más débil, la gente se cuida más ahí -dice.

La segunda vez de internación, Mónica canceló una intervención quirúrgica. Ya sedada y en la espera del cuerpo médico, escuchó que la enfermera le avisaba al médico que no había camas. Todavía se enoja cuando recuerda: -Me querían dejar haciendo la recuperación en el pasillo. Entonces, una enfermera del piso se acercó a hablarle en tono condescendiente advirtiendo la demora, la falta de camas: -Estás loca si no lo aprovechas ahora - le dijo. Recordando los motivos por los que decidió cancelar la intervención, Mónica asegura que: -La operación no iba a ser como me habían dicho: yo fui para que me abran de un lado y después me dicen que va a ser en otro-.

Su médica "de siempre", que en la actualidad se encuentra jubilada pero igualmente se ofreció a leer los análisis y darle su opinión, es, para Mónica, quien tiene la última palabra. Fue ella la responsable de que finalmente se realizara la biopsia, enfrentando sus temores.

La habitación en la que Mónica pasó su recuperación distaba de la de terapia intensiva, donde las mamparas eran de vidrio: en el piso que le tocó, eran de madera y estaban subdivididas con telas, -Eso debe ser para hacer más lugar-, deduce. Al tercer día le

dieron el alta: -Si vos me prometes que te quedas en tu casa quieta, firmas un papel y te vas -la comprometió el médico. Mónica, ansiosa y temerosa, firmó y se fue.

El papel que Mónica firmó es un documento legal donde el paciente asume la responsabilidad de su recuperación. Ella no lo pensó: -Era todo el piso lleno de Covid, solo éramos dos sin y estábamos juntas, a la chica no le dieron el alta pero la cambiaron de lugar ese día también -recuerda.

Aprovechando que tenía lapicera en mano al salir Mónica anoto algunas palabras en su agenda, esta costumbre la había adquirido en reemplazo del tiempo que los medicxs ahora estaban imposibilitados de dedicarle: actualmente dedican las citas a modificar las dosis de la medicación. Eso no lo podría reemplazar con Google ya que las consecuencias de tal medicación van desde el malestar estomacal hasta irritabilidad. Mónica siente cómo pierde el control sobre su propio cuerpo y que no recibe respuestas.

Frente a incomodidades de la vida diaria producidas por esta sensación de inutilidad, con dos hijas todavía chicas, Mónica se ve "obligada" a moverse, lo que termina en "inquietudes" sobre la cicatriz fresca.

Mónica tiene la suerte de pertenecer a un círculo social que le presta ayuda en todo lo que ella se anima a pedir. Así se pudo desligar de algunas tareas que conformaban su antigua rutina, como llevar y traer a las hijas a la escuela, atender su negocio y la limpieza de su casa; a veces cocina cuando se siente bien, si no "se come delivery" o comida que haya preparado algún familiar que siempre hay algo dando vueltas. Justamente esta ausencia de actividades es la que conduce al sentimiento de inutilidad.

Hoy Mónica no ve del lado izquierdo, no puede conducir y, si se pone nerviosa, pierde el control del lado derecho del cuerpo. Aun así puede tener esperanzas de que mañana todo mejore, porque las puede financiar: puede ser socia de una "Corporación" que le asegure un lugar aunque sea en un pasillo. Si Mónica no estuviera tomando toda esa medicación que toma y tantos médicos que se la administran, no podría ni caminar. Y en estas circunstancias en las que los medicxs parecen estar obligadxs exclusivamente al Covid, tenerlxs esa fracción de tiempo disponible resulta un privilegio.

## SUEÑOS A LA DISTANCIA

**Por Rebeca Crespo Díaz**

Lo nublado del día y la lluvia cayendo le hace rememorar su lugar de origen. El olor de la lluvia es el mismo, pero muy diferente. Atrás quedaron las paredes de colores, las montañas de fondo y la comida recién hecha. El colorido de los percheros llenos de ropa contrasta con las frías paredes blancas, vacías y sin vida, del departamento donde vive y, frente a ella, una pantalla de computadora con la imagen de sus amigas. Están ahí y no están. ¡Cómo han cambiado las cosas! El mate a su derecha, que antes era símbolo de compañía ahora es un ritual en soledad, o a lo sumo mediado por la virtualidad.

La mesa, las sillas, la cama, los libros... todo eso que en un momento parecía encajar a la perfección ahora se vuelve parte de una rutina y una vista constante que hace que las cosas se vean diferentes, con una creciente monotonía en escala de grises que no le deja más remedio que sumergirse en la añoranza de un tiempo pasado.

Aún así, compartir un tiempo a través de una pantalla con sus antiguas compañeras de universidad es un soplo de alivio, una ventana que se abre para escapar de la soledad de vivir sin compañía. No puede evitar pensar que no tiene nada por lo cual quejarse, aunque no se siente satisfecha con su vida. Vive en un departamento amplio y luminoso, tiene trabajo, un plato de comida todos los días en su mesa y un montón de amigos con los que habla a diario. Ya es mucho más de lo que la mitad de la población de la Tierra tiene en este momento. ¿Por qué no se siente completa? ¿Por qué no le satisface esta dinámica de tomar unos "mates virtuales"?

Ella, como tantas otras personas de su generación, se imaginaba estar en otro punto de su vida cuando pasara la barrera de los 30 (que ni siquiera pudo festejar como ella quería debido a las restricciones). No tiene el trabajo de sus sueños, ni pareja estable y tampoco tiene hijos (ni parece que esto vaya a suceder en un futuro próximo). No viajó por todo el mundo ni conoció culturas exóticas ni vivió aventuras extraordinarias. ¿O sí? Hoy mira la pantalla con sus amigas en el meet y se da cuenta de la gran aventura que era salir a caminar por las calles de Palermo, pasar un día por Recoleta o hacerse la turista en Caminito. Mientras se ceba otro mate se da cuenta de lo diferentes que eran las cosas hace no tanto tiempo. Extraña los planes de fin de semana en el Tigre, los viajes relámpago a Rosario a ver a su familia y los viernes de teatro con su mejor amiga.

Hace poco más de un año, el día de hoy habría sido muy distinto: se habría levantado apresurada para ponerse su uniforme, salir corriendo a la oficina y pasar ahí encerrada ocho largas horas. Al salir, se habría apresurado en llegar a casa previo comprar unas medialunas por el camino y habría puesto la pava con agua mientras se cambiaba de ropa y esperaba a que llegaran sus amigas. Muy probablemente habrían sido muchas, amigas de amigas, pues a su grupo siempre le gustó ampliarse y conocer gente nueva.

Cuando se levantó hoy, su ritual diario fue muy diferente. Encendió con parsimonia la computadora, revisó los correos pendientes del trabajo y respondió unos cuantos que le parecieron importantes. Ni siquiera se molestó en sacarse el pijama. El día transcurrió como todos los demás, sin sobresaltos. Desde que comenzó la pandemia y hace home office, el trabajo se volvió monótono y solitario. Nada que ver a lo que hacía de antes en la productora. Se limita a responder e-mails y hacer llamadas a los clientes, todo con una forzada profesionalidad que ya no siente propia. Ese trabajo que tanto disfrutaba cuando estaba "en el campo", con todo el equipo de producción preparando

hasta el mínimo detalle para que la sesión de fotos o la grabación salieran perfectos, se ha vuelto ahora otra fuente más de monotonía que ya no la llena para nada pero que tiene que mantener porque ahora "nunca es el momento para encontrar otro trabajo". Tiene la sensación de que su trabajo no será el de antes aunque vuelva a la oficina y al frenesí diario de correr por todo el edificio coordinando las tareas de su equipo. Ha demostrado que su equipo funciona a la perfección - e incluso más eficientemente que antes - con menos recursos y sin la necesidad de mantener una infraestructura. De hecho, "cuando vuelva la normalidad", su empresa se plantea la idea de alquilar un lugar de coworking únicamente en los meses de mayor trabajo para ahorrarse el alquiler de oficinas. Pero ella no está segura de querer eso. A ella le gusta la dinámica de conocer a sus compañeros, trabajar cara a cara, abrir debates y compartir ideas para enriquecerse mutuamente. Ahora todo eso se limita a un par de e-mails para coordinar proyectos y tareas.

Finalizado su horario de trabajo, calentó el agua en la pava, preparó su mate y entró al link del meet que Emilia le había mandado unas horas antes por WhatsApp. ¡Qué alegría le daba compartir este tiempo con sus amigas! Al fin el constante silencio de su casa se vio interrumpido por la conversación con Emilia y Sofía saliendo del altavoz de su computadora. Sonaba lejana, acompañada de algún que otro ladrido de los perros de los vecinos, cansados ellos también del sofocante encierro al que se ven obligados una vez más y que nos hace vivir en una incertidumbre opresiva que convierte lo que antaño fue un hogar cálido en algo desconocido.

En esta situación de encierro y distancia social, a pesar de hablar por chat a diario con decenas de amigos, la soledad es inevitable. Faltan las juntadas, los contactos nuevos e inesperados, las locuras de fin de semana y los abrazos interminables que quitan el aire. Se hace tan extraño calentar el agua, preparar la yerba, comprar unas medialunas y tomar mate sola frente a una pantalla de computadora que apenas se siente cálido ni cercano ni amistoso. Son tres personas conectadas, que no pierden su cariño y amistad, que tienen sueños y planes de futuro, pero que viven en la incertidumbre de no saber cuándo ni cómo se van a poder realizar. Tres chicas que se extrañan a pesar de hablar todos los días; que no sienten estar juntas aunque se ven a diario.

En esta era de la tecnología y la conectividad es de valorar el poder seguir teniendo este contacto, algo impensado en épocas anteriores. Ayuda a muchas personas a sentir menos pesado ese sentimiento de soledad que arremete muchas veces sin avisar y a continuar cosechando la esperanza de salir adelante y reconstruir esos sueños que se hicieron añicos un marzo de 2020 en el que nadie se imaginaba la burbuja en la que nos iba a tocar vivir.

Emilia volvió a casa de su familia en Tandil cuando comenzó toda la vorágine de la pandemia y está enfocada en su emprendimiento de moda con su prima. Les va bastante bien con su local y la venta online y están planeando abrir una tienda en Palermo cuando la situación lo permita. Sofía hizo lo mismo volviendo a Córdoba y ahora trabaja como asistente para una consultora de imagen. Le toca trabajar innumerables horas, prácticamente sin horarios ni días libres, ya que el límite del horario laboral se volvió difuso con la modalidad home office.

Hace ya un año y medio que no las ve en persona. Precisamente la conversación del día versa sobre lo que extrañan compartir abrazos, mates y viajes. Y otra vez vuelven a hablar de lo que han planeado innumerables veces por WhatsApp: viajar a Europa.

Ya en 2019 habían comenzado a planificar el viaje para Julio de 2020. Pensaban en llegar a Italia y de ahí recorrer Alemania, Austria, Dinamarca, Suecia y Noruega. Tenían

todo el recorrido armado, los pasajes de avión y todos sus sueños en las maletas. Con el cierre de fronteras en marzo de ese año todas sus ilusiones se cayeron estrepitosamente. Para mayo ya no tenían esperanza de viajar durante ese año y cancelaron sus pasajes. Recién ahora están viendo alguna posibilidad de realizar el viaje y por eso la conversación.

- Yo creo que podríamos viajar a fin de año. ¡Celebrar el Año Nuevo en Alemania! - dice entusiasmada Sofía.

- No sé... - duda Emilia - Creo que deberíamos pensar más en el año que viene. Aún no estamos vacunadas. Las nuevas cepas...

- ¡No te hagás la cabeza, Emi! Con el pasaporte italiano podemos viajar sin problema.

La conversación sigue alrededor de todas las variables para poder viajar al viejo continente y recuerdan su anterior viaje a la India. Lo fácil que les había resultado simplemente juntar sus ahorros, comprar el pasaje, buscar alojamiento y planificar lo que querían hacer allí. No habían tenido que pensar en enfermedades, precauciones, posibles limitaciones en las fronteras, quedarse varadas y no poder regresar a casa... ¡Eran tan ricas tan solo un año atrás y no lo habían valorado!

# RITOS, PROTOCOLOS Y COVID

**Por Vanda Hertcert**

Un día después que su abuela, Perla murió entubada luego de 20 días de internación el pasado mes de abril, con un diagnóstico de Covid-19 que compartió además con sus dos hermanos y su madre. Llegaron a estar los cinco entubados simultáneamente; luego, dos de ellos tuvieron el alta, dos murieron y una sigue luchando. El hospital donde Perla murió está en Hurlingham, en la zona oeste de la provincia de Buenos Aires, muy cerca del templo en Morón que ella frecuentaba. Por ser muerte por Covid, fueron accionados los protocolos sanitarios y quedó vedado el acceso a su cuerpo, incluso al sacerdote a cargo de su acompañamiento espiritual.

Perla, de treinta y tres años y madre soltera muy dedicada de una niña de doce y un niño de dos, era una iniciada del Candomblé, una de las religiones afrobrasileñas que se dedican al culto de los Orishas, también llamados Encantados, y que surgió en San Salvador de Bahía.

Esta fe arribó a Brasil en la memoria de los esclavizados y encontró en el sincretismo con el catolicismo y sus santos una guarida para su supervivencia. Cuando el Candomblé surge en el siglo XVII, lo hace a partir de las Hermandades católicas, conformadas en su mayoría por mujeres esclavizadas que estaban dedicadas al trabajo doméstico en las ciudades y que tenían en común, además de creer en los Orishas, la lucha por la libertad. Así que la presencia de las imágenes católicas en los altares de las religiones afrobrasileñas sirvió para legitimar socialmente algo que sería considerado herejía en épocas de esclavitud e Inquisición.

Como religión se diseminó por prácticamente todo el continente, con sus templos funcionando como un territorio de resistencia y memoria para africanos y afrodescendientes. Pero, gracias a su carácter universalista, recibió la adhesión de millones de personas de todas las etnias, como la abuela de Perla, Teresa, una gallega de pura cepa del conurbano bonaerense. A principio de los años ochenta, Teresa encontró paz y apoyo en la fuerza de los Encantados, trayendo a su hija, Soledad, para la fe. Soledad, la madre de Perla, se casó con un legítimo tano, también adepto de los Orishas y, como familia, transmitieron a sus hijos la misma creencia. Así que, a miles de kilómetros de distancia y con cuatro siglos de por medio, la familia de Perla, de origen europea y sin registro de mestizaje, se entregó a estas creencias de origen subsahariano.

El Candomblé es monoteísta y se basa en la existencia de Olorum (u Olodumare), el principio creador de todo y de todos, un dios ocioso y distante como el católico, el judío o el islámico. Olorum, para administrar el Universo, cuenta con la ayuda de los Orishas, que funcionan como intermediarios entre el Aiyé (el mundo físico) y el Orum (cielo), las dos naciones que Mia Couto llama “la de los vivos y la de los muertos”. Los Encantados están asociados a los cuatros elementos -agua, fuego, tierra y aire- cada uno con dominio sobre una determinada etapa de nuestra vida material y espiritual. Perla era la única iniciada de su familia, una Egbomi que estaba sacralizada a muchos años al Orisha Oshun, cuyo elemento es el agua dulce, su dominio la femineidad, estando presente en el momento mismo de nuestra concepción.

Como una iniciada en el Candomblé, Perla pasó por los ritos que establecen una conexión directa con un Orisha, en su caso con Oshun. Este vínculo con Oshun solo hacía más absoluta su dulzura y alegría, y era la fuente de su fuerza para criar sus hijos sola. Además de la iniciación, las sacerdotisas y los sacerdotes del Candomblé pasan

por ritos de pasaje, que llaman obligaciones, que marcan momentos importantes de su vida religiosa. Perla ya había hecho su Odu Ejé, la más significativa de las obligaciones, la de los siete años. Dejó de ser una Iwao, o recién iniciada, para ser una Egbomi, siendo considerada como una hermana mayor por su comunidad religiosa.

El rito funerario, el Axexe, es la última de todas las obligaciones y consiste en la desacralización del cuerpo, o sea, la desconexión entre el cuerpo del iniciado y el Orisha, que queda así liberado. Al fallecer Perla, tenía que ser enterrada, no cremada ni sepultada en un nicho, ya que el iniciado debe retornar al gran útero de la madre naturaleza. Una vez de vuelta en la tierra, su dueño y señor, el Orisha Obaluaye, transforma el cuerpo en nueva materia y entrega el espíritu al Orisha Oya, cuyo dominio es el aire, que lo llevará de vuelta al Orum. Al año del fallecimiento, se hace una ceremonia de despedida con la presencia de toda la comunidad y se determina el destino de sus posesiones relacionadas con la fe, como la indumentaria ritual y los atributos, consultando a los Encantados a través del Merindilogum, el juego de cauris.

En el hospital donde falleció Perla, sola como todos los que mata este virus, metieron su cuerpo en una bolsa de plástico hermética con mucha presteza y lo entregaron con la recomendación de cremarlo lo antes posible. Sin embargo, ese mismo lunes después de su muerte, Perla fue sepultada en tierra, gracias a la intervención de los miembros de su comunidad religiosa que se movilizaron para evitar su cremación. En una despedida trunca y alborotada, luego de vertiginosos trámites, que incluyeron lanzar mano de todos los contactos y la cobranza de muchos favores, recibió el adiós de los pocos acompañantes autorizados por el protocolo, que quedaron con la sensación de deber cumplido. Pero este conflicto entre la tradición y la nueva normalidad no es una exclusividad de los seguidores del Candomblé.

Hace poco fuimos testigos del drama en India, con las orillas del río Ganges pobladas de cuerpos. Lo que vimos en los medios fueran los muertos por Covid-19 que se acumularon por la falta de madera para las piras, utilizadas como parte de su rito funerario que exige la cremación, resultando en imágenes dantescas de cadáveres siendo arrastrados por las aguas del río sagrado. Al contrario de los adeptos del Candomblé como Perla, los hindúes no entierran a sus muertos, los incineran ya que creen que el cuerpo impide al alma continuar su viaje a un nuevo cuerpo, así que hay que dejarlo atrás con prontitud. En una ceremonia en la cual solo participan hombres, el cuerpo es lavado en el Ganges rápidamente, colocado sobre una pira y cremado. Cuando se apaga el fuego, lo que queda del cuerpo es arrojado al río.

Si bien hay numerosas variaciones en el rito funerario judío, la mayoría de los judíos ortodoxos y conservadores son enterrados en un simple ataúd de madera en un lugar de entierro totalmente natural dentro de un cementerio judío. Son sometidos a un ritual de lavado llevado a cabo por cuidadores llamados Chevra Kadisha, que los vestirán en una mortaja funeraria. Este lavado ritual está prohibido por ahora, así como está prohibida la desacralización por la que bregaron los hermanos de fe de Perla y que es parte del rito funerario del Candomblé.

El sacramento de la unción de los enfermos es un acto litúrgico comunitario realizado por parte de distintas Iglesias cristianas (Iglesia católica, Iglesia ortodoxa, Comunión anglicana) por el cual un presbítero signa con óleo sagrado a un fiel por estar enfermo, en peligro de muerte o simplemente por su edad avanzada, concediendo una gracia especial y eficaz para fortalecerlo y reconfortarlo en su enfermedad, y prepararlo para el encuentro con Dios. Este encuentro también está prohibido desde el inicio de la pandemia, como está impedido el axexe comunitario, la gran reunión de despedida.

El de Perla está previsto para abril del año que viene.

De acuerdo con las costumbres funerarias islámicas, los difuntos son bañados por los miembros adultos de la familia—hombres por hombres y mujeres por mujeres. Luego, son envueltos ceremonialmente en tela blanca y enterrados dentro de los tres días siguientes a la hora de la muerte. Es un proceso específico que incluye un número impar de baños y un número de pasos que dictan qué parte del cuerpo se lava en qué orden, algo que hoy es imposible debido a los protocolos, como la ceremonia de desatamiento del Orisha, esa que gracias a la cobranza de favores el cuerpo de Perla pudo transitar.

Pero, hay algo más que une a todas las religiones y que equipara sus rituales mortuorios: el amor por la vida. El rabino Richard Wertenschlag afirmó que lo principal es "salvar la vida humana", anunciando que se acepta renunciar a los ritos funerarios porque es peligroso para todos aquellos que van a transportar el cuerpo hasta su inhumación. El Papa Francisco también se refirió a las personas que están al final de la vida sin capellanes citando el Catecismo y la "contrición" que, acompañada de la intención de confesión, "reconcilia al hombre con Dios". El Imán Mohammed Moussaoui dijo que "lo más importante es la suspensión del baño mortuorio" ya que una persona fallecida por coronavirus puede contaminar a quien la toque, afirmando además que "el Islam considera a los muertos por Covid-19 como mártires". El Babalorisha Rodney de Oxóssi dijo que "impedido el Axexe con toda la comunidad, se ha transformado en un símbolo, con la promesa de ser realizado en el momento oportuno, cuando sea posible la aglomeración, la reunión que el rito demanda. Cuando llegue la hora, será un gran momento de conmemoración", o sea, de oración y memoria.

Esta gran tragedia mundial que está modificando nuestro modo de ver muchos aspectos de nuestras vidas, incluso la manera en que vivimos el duelo, está mudando nuestra sensibilidad. En este doloroso momento de la Humanidad solo nos resta seguir viviendo. Los hermanos de fe de Perla esperan con esperanzas poder participar de su axexe comunitario, soñando con vacunas e inmunidad de rebaño. Ya Soledad, su madre, que quedó huérfana un sábado y perdió a su hija un domingo, tendrá que reponerse pronto de esta orfandad redundante para encargarse de sus nietos. Más allá de todo, Perla y su abuela Teresa ahora están en el Orum.

Escuela IDAES
UNSAM